

A woman in a white wedding dress stands with her back to the camera, looking out a window. The room is dimly lit, with light streaming in from the window, creating a soft glow around her. The curtains are pulled back, and the dress is voluminous and detailed.

STEFANIA GIL

Antes de que
el pasado
nos alcance

*Constance Daniels está dispuesta a
hacer cualquier cosa por cuidar de su ducado,
incluso estando en el más allá.*

Antes de que el pasado nos alcance.

Stefania Gil

«Antes de que el pasado nos alcance»

Copyright © 2020 Stefania Gil

www.stefaniagil.com

All rights reserved.

Los personajes, lugares y eventos descritos en esta novela son ficticios. Cualquier similitud con lugares, situaciones y/o personas reales, vivas o muertas, es coincidencia.

Fotografía Portada: DepositPhoto.com

Diseño de Portada: Stefania Gil

Maquetación: Stefania Gil

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Querido Lector:](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Querido lector:](#)

[Otros títulos de la autora:](#)

[Stefania Gil](#)

Querido Lector:

Gran parte de esta novela ocurre simultáneamente con la historia de *La casa española*, puedes leerla antes si quieres; sin embargo, siempre recomiendo leer mis novelas en el orden en el que las escribí si tienen alguna relación entre ellas.

Este es el enlace a *La casa española* en caso de que aún no la hayas leído y desees hacerlo antes de empezar *Antes de que el pasado nos alcance* [pincha aquí](#)

*«Ama y haz lo que quieras.
Si callas, callarás con amor;
si gritas, gritarás con amor;
si corriges, corregirás con amor;
si perdonas, perdonarás con amor».*

— **San Agustín** —

Prólogo

Elaine dejó la cámara sobre el taburete de apoyo que tenía en el césped para los momentos en los que se tomaba un descanso.

Su teléfono empezó a sonar y supo por el *ringtone*, de quién se trataba.

—Estaba por llamarte, porque...

Un ruido estático, muy fuerte, hizo que Elaine se separara de inmediato el teléfono de la oreja.

No por ello dejó de percibir la voz de Ilona entrecortada y parecía... ¿nerviosa?

—Els.. Necesi... por fav...

—Ilona, cariño, muévete un poco porque no entiendo que es lo que...

Otra interferencia.

—¡Els, por favor, ayúdame! —Ilona lloraba, hablaba en susurro y estaba aterrada—. Viene de nuevo... y no sé cómo...

La comunicación era terrible y estaba haciendo entrar en desesperación a Elaine.

—Ilona, ¿en dónde estás?

—Es Constan... Els, ayúd... Es... ella.

La llamada se cortó al instante en el que a Elaine se le erizaban cada uno de los vellos de la nuca; como cuando tenía que atravesar a oscuras uno de los pasillos de la sección más antigua de Blaston House.

No entendía qué pasaba con su amiga y mucho temía que corría peligro y ella desde allí no sabía cómo diablos ayudarla.

Las manos empezaron a temblarle.

Corrió al interior de la casa en tanto marcaba de nuevo el teléfono de Ilona.

La llamada parecía no activarse.

Colgó. Sacó su portátil y lo abrió.

Marcó una vez más el número, pidiendo en lo más profundo de su ser que Ilona le atendiera y le dijera en dónde estaba; pero no, esta vez respondió la operadora automática de la compañía de teléfonos indicándole que el móvil estaba fuera de cobertura.

¿Qué diablos estaba pasando?

El ordenador se encendió y activó el buscador para buscar un pasaje de inmediato a Inglaterra.

Pierce entró en casa a tiempo.

—¡Hola cariño! —Elaine lo vio a los ojos y su fortaleza flaqueó unos segundos, diciéndole a Pierce, con solo verlo, que algo no iba bien—. ¿Qué ocurre?

—Voy a casa en el primer vuelo que encuentre —Pierce la vio con lógico desconcierto—. Algo ocurrió con Ilona y tengo un mal presentimiento, Pierce.

Ella tomó el móvil de nuevo y marcó el número de la oficina de Ilona en tanto el ordenador arrojaba resultados de vuelos próximos a Londres.

Linette, la asistente de Ilona, respondió la llamada con la formalidad que la empresa requería.

Elaine no estaba para formalismos en ese momento.

—Linette, soy Elaine.

—Elaine, encantada de saludarte. ¿Estás bien? —la chica de inmediato notó que Elaine no era la misma de siempre. Lo usual era que le saludara con cortesía antes de pedirle lo que necesitara.

Elaine no quería alarmar a nadie más hasta no saber qué diablos pasaba.

—Necesito hablar con Ilona y no la encuentro en su móvil, ¿sabrás en dónde estará?

—Mmmm, no. Yo también intenté comunicarme con ella ayer pero no lo logré. Tal vez esté en algún lugar apartado, sabes que ella a veces lo necesita.

Aquello pintaba peor de lo que Elaine pensaba.

—Nunca se va sin avisar, Linette —le habló con fuerza e ironía. Necesitaba que la chica le diera datos sin ella tener que explicar nada.

—Oh, sí lo hizo. Me llamó hace dos días... ¿o tres? —se preguntó a sí misma en voz alta porque obviamente no lo tenía muy claro—. Me indicó que saldría de la ciudad por unos días, que lo necesitaba. Ahora que lo pienso, no la escuché del todo bien.

«¿Lo pensaba ahora?» Elaine sintió exasperarse.

—¿Sabrás qué hacía cuando te llamó? —No era propio de Ilona irse a tomar un respiro con tanta prisa—. En su agenda seguro podemos deducir algo. Es bastante urgente que hable con ella. Un asunto personal que solo ella...

—Ok, no te preocupes, te diré qué está escrito en su agenda de ese día. Ilona siempre me ha dicho que te facilite todo cuanto pidas. Solo déjame aclararme primero si fue el... —se quedó pensando, intentaba deducir cuándo fue que habló con ella—... ¡Ajá! Sí, lo tengo. Estoy segura que la llamada me la hizo antes de ayer porque se fue antes de lo previsto. Ese día estaba ansiosa. Y cuando decidió marcharse, me sorprendió, porque aún no terminábamos la jornada; solo me dijo que había surgido algo importante y que tenía que irse antes de tiempo. De hecho, ahora que lo recuerdo, dijo que era una reunión importante con alguien que no era de su completo agrado pero que no tenía más alternativa... —esta chica era capaz de saberse toda la vida de Ilona y sabrá Dios de cuánta gente más. Ilona la mantenía en su puesto por la eficiencia con la que dirigía todo cuando estaba sola—... Elaine, no sé si su agenda va a ayudarnos, solo tiene dos siglas: BH. Nada de dirección ni...

—Gracias, Linette, eso es suficiente. Adiós.

No le dio tiempo de respuesta a la chica y colgó.

Observó a Pierce inmóvil y con el ceño fruncido. Estaba tratando de poner en orden sus pensamientos.

—¿Y? —Pierce la vio con desespero—; ¿qué te dijo?

Elaine estaba ocupada observando como su cerebro, hilaba algunas cosas de la conversación con Ilona y luego, con su empleada.

—Pierce, esto es demasiado extraño —seguía viendo en su cabeza las coincidencias y así mismo, seguía sin entender—. Cuando Ilona llamó, la llamada tenía muchísima interferencia y ruidos extraños que hacía que la voz de Ilona se alejara y se entrecortara. No llegué a entender nada... me pedía ayuda, Pierce. Nunca la había escuchado tan aterrada.

Pierce la escuchaba a ella con toda la atención del mundo, como solía hacer siempre.

—Linette me dijo que no volvió a saber de ella desde que salió de la oficina con prisas para una cita importante —Pierce no pudo disimular su preocupación—. Y la última cita que tuvo fue antes de ayer. ¿Lo que no entiendo es por qué tenía una cita en su agenda para ir allí?

—¿En dónde era la cita? Dos cabezas piensan más que una, Els

Elaine sacudió la cabeza como si quisiera despejar sus pensamientos con esa acción y atraer a ella a los hilos que estuvo atando hacía unos segundos.

Recordó que antes, entre las interferencias, Ilona mencionó a... ¿Constance?

¿Constance Daniels?

—En Blaston House —Pierce la vio con clara confusión—. Exacto, y eso no es lo más raro.

Cariño, cuando Ilona me llamó, entre lo poco que pude escuchar, me decía que la ayudara porque «Constan...» —usó la palabra exacta que salió de los labios de su amiga—; venía de nuevo. «Es ella» me dijo en un susurro —finalizó Elaine anunciando en voz alta.

Pierce abrió los ojos recordando su encuentro con Constance Daniels cuando tuvo que ayudar a Elaine a buscar algo que les diera una pista con respecto a Alma y August.

Él estaba acostumbrado a ver los fantasmas del castillo, sin embargo, admitía que nunca vio uno como Constance.

Esa mujer, desde el más allá, destilaba maldad.

—Quizá Maxwell podría ayudar a aclarar todo, Els.

—No lo creo —comentó ella; igual, no descartaría ninguna opción, tomó su teléfono para llamar a su hermano—: ¿podrías hacer lo de los boletos?

—En cuanto hables con Max, tomaremos decisiones.

Elaine negó con la cabeza pensando que no quería darle la razón a Pierce aunque admitía que existía la posibilidad de que la cita de Ilona en Blaston House pudiera ser en referencia a Maxwell.

«Me comentó, antes de salir de aquí, que tenía una reunión importante con alguien que no era de su completo agrado pero que debía mantener la cordialidad porque le convenía y...»

No, aquello tenía que ser con otro Daniels.

—Elaine —respondió su hermano en ese tono en el que intentaba mostrarse alegre de recibir su llamada y que a la vez quedaba opacado ante la seriedad y la educación que tenía que demostrarle al mundo al ser un Daniels—. Me alegra que me llamas porque nece..

—Max —lo cortó en seco—; si quieres luego te hago una llamada con más calma. Ahora es urgente y necesito tu ayuda.

Maxwell que no estaba llevando su vida nada bien en esos días, se quedó en silencio, se incorporó en la cama y frunció el ceño.

«No más problemas», pensó en Ilona rezando que no fuera nada malo referente a ella. Seguía sin noticias de la chica y esperaba que solo se debiera a que ella no quería saber nada más de él.

—¿Qué diablos te ocurre?

—No es a mí, Max. Es Ilona...

Max sintió que el corazón se le redujo a una bola. Y salió de la cama con prisa.

—Els, te juro que yo solo... —resopló— yo solo... —no le salían las palabras y empezó a temer lo peor cuando su hermana se echó a llorar.

—¡Els! ¡Con un demonio! ¿Qué le pasó?

—No lo sé, no lo sé, solo me llamó, había interferencia y yo esperaba que estuviera contigo y...

Se metió en la ducha mientras Elaine intentaba coordinar sus pensamientos. Necesitaba espabilar y buscara su chica en donde sea que estuviese metida.

Ni siquiera Fred Davies sabía nada.

El día anterior, Max no aguantó más la angustia y le llamó explicándole todo lo ocurrido, escuchando a Fred preocuparse y enfadarse con él.

«Tal vez es solo que quiere estar sola» «Estoy fuera del país y no me haces ningún favor con esta llamada, me dijiste una vez que serías incapaz de lastimar a mi hija. No lo estás haciendo bien, muchacho, así que arregla todo esto y esperaré atento tu llamada diciéndome que mi niña está bien. ¿Entendido?»

También le dijo que pondría alguien a buscarla antes de dar parte a la policía, cosa que Max quería hacer la misma mañana en la que dejó de vigilar el edificio en el que vivía la chica.

—¿Te estás duchando?

—No es el momento para hablarte de mí estado, Els. ¿Qué fue lo que te dijo Ilona? —Hablaban por el altavoz del móvil que Max lo dejó encima del lavabo—. Cálmate y cuéntame, todo, desde el principio.

Se lo decía a su hermana pero también, era un buen consejo a seguir para él mismo porque con esa angustia que arrastraba no iba a ver las cosas con claridad.

Elaine respiró y empezó a contarle lo poco que escuchó al otro lado de la línea cuando su amiga la llamó.

Max se encontraba fuera de la ducha, estaba a medio secar y le importaba una mierda si se resfriaba al salir así del baño en medio de ese maldito clima que siempre abrazaba a Blaston House cuando las cosas no estaban bien.

Se colocó una camiseta, un *short* y salió de la habitación aun atendiendo la llamada de Elaine.

Max, se preparó para salir a algún lugar de la ciudad o a las afueras o a otro planeta si se lo hubiesen pedido para rescatar a Ilona. Cuando Elaine le contó lo de la cita en Blaston House y que no aparecía desde hacía dos días, más la llamada que le hizo mencionando al fantasma, notó que eran demasiadas coincidencias.

—¿Por qué iba a mencionar a Constance, Max? ¿Y qué hacía ella en casa?

Max corrió por el corredor que conectaba con el ala principal de Blaston House para luego bajar con prisa por la gran escalera y entrar en la biblioteca de la mole.

Abrió la puerta.

—¡Ilona!

No hubo respuestas, no por eso Max no iba a registrarlo todo.

—¿Por qué la buscas en casa y por qué me dijo su asistente que tuvo una cita en Blaston House?

—Ay, Els —sintió su propia voz temblar—. Reconozco que no he hecho las cosas como he debido hacerlas con ella —respiró con una mezcla de miedo y rabia—. He debido seguir tu ejemplo y cortar todo raíz. Esto fue un maldito movimiento de mamá, tomándonos desprevenidos a los dos —recordó cuando entró a la biblioteca y vio los ojos de Ilona conteniendo la confusión porque no entendía lo que su madre decía, si ese mismo día se suponía que ellos tendrían una cita para aclarar todo—... no te imaginas la cara de ella... —Max también recordó la expresión de su madre, esa sonrisa malévola que solo sacaba a la luz cuando conseguía salirse con la suya.

—¿Qué le hizo mamá, Max? ¿Por qué sigues buscándola en la casa?

—Voy a resumirlo, Elaine, porque ahora no tengo tiempo para hablar de eso, ni ganas —Elaine escuchaba con gran atención y sintió temor por lo que ocurriría. Nunca antes escuchó a Max tan alterado por algo—: Mamá, no sé cómo, se enteró de que había citado a Ilona en Blaston House para cenar y fue un paso por delante, diciéndole que quería hablar con ella. No sé cómo la convenció pero Ilona accedió y mamá, una vez estaban juntas, solo clavó un puñal y ahora no sé cuánto daño emocional hizo. Le dijo que yo no tenía la valentía de decirle adiós y hasta mencionó un compromiso que solo está en su imaginación —estaba enfurecido con su familia, cada vez que pensaba en esa escena...—: te juro que se salvan de no estar en casa ahora porque no sé qué sería capaz de hacer y la van a pasar muy mal como a ella le ocurra algo malo

Hubo un silencio en el que Max entendió que su hermana intentaba procesar la información que acababa de recibir.

—¿La amas, Max? Solo respondeme a eso.

—Sí, Els. Por supuesto, solo es que no he sabido cómo manejar todo, pensé que lo mejor era separarnos y fingir que nada ocurría entre nosotros hasta que se calmaran las cosas con lo que

ocurrió del robo y todo lo de la separación del ducado con la descendencia de August...

—Encuétrala, Max, y lucha —Elaine no dejó que Max siguiera dándole excusas—. ¡Lucha! ¿Entendiste?

Max respondió un agitado «Ujum»

Empezaba a sentir que el aire le faltaba porque iba corriendo, entrando y saliendo de las habitaciones mientras hablaba con Elaine.

Intentaba controlar su angustia por no saber en dónde estaba Ilona.

Se le ocurrió ahorrar tiempo yendo al cuarto de seguridad para ver la salida de Ilona y lo que hizo cuando volvió a ingresar.

—Lo que no entiendo es porque volvió a casa si yo mismo la vi salir de la biblioteca.

Elaine dejó escapar el aire, recordando lo mala que era Ilona dentro de Blaston House para ubicarse y la biblioteca no estaba cerca de la puerta principal, sin embargo, habría podido llamar a alguien para que la ayudara.

—Ilona nunca ha sido buena ubicándose en Blaston House. Tal vez no supo cómo salir de ahí... aunque se habría cruzado con alguien a menos que... no haya pasado eso y entonces, ¿por qué no ha gritado? —Els levantó la voz mientras escuchaba a su hermano teclear en el cuarto de seguridad de la mole.

—¡En efecto! —Confirmó Max viendo las imágenes en pantalla sintiéndose un poco aliviado de tener algo ¿cómo no se le ocurrió antes?—; estoy viendo cómo se interna en el corredor que conecta con la parte antigua. Te llamo luego, Els.

Max no le dio tiempo a su hermana de reacción.

Lo único que le importaba era Ilona y nada iba a conseguir hablando con Elaine por teléfono.

Salió del cuarto de seguridad para correr hasta el punto en el que observó que Ilona era absorbida por la oscuridad del antiguo corredor.

Se le puso la piel de gallina al recordar su sensación hacía unos días en ese mismo corredor.

Recordó lo dicho por su hermana que, a su vez, Ilona le dijo a ella: Constan...

No estaba completo pero era posible que estuviera hablando del fantasma de esa mujer.

¿Sería el mismo que él estuvo sintiendo y viendo?

¿Qué quería con ellos?

Le llevaría un buen rato registrar todo. Quizá si ponía a la servidumbre a ayudarlo...

Sacó su móvil para llamar al mayordomo y darle la orden.

—¿Señor?

—Williams, por favor, que todo el personal se ponga a buscar a la señorita Davies en Blaston House y los alrededores. Saca a los perros. Usa todos los recursos, ¿está claro? Que no quede un rincón ni dentro ni fuera de la mole sin revisar.

—De inmediato, señor.

Ese día, el corredor que ahora transitaba se veía más lúgubre y triste que nunca.

Max negó con la cabeza. Sintiendo la presión en el pecho.

—¡Ilona!

Gritó, mas no obtuvo respuesta.

Un frío repentino caló en sus huesos.

Dobló en la esquina del corredor y se quedó en el sitio al ver que, al final del siguiente corredor que tenía que transitar, le pareció ver una sombra que doblaba a la derecha.

—¡Ilona!

El frío empeoró.

Temía por la chica y ese ambiente.

—¡Ilona!

Llamó de nuevo al abrir una de las puertas y al echar un vistazo al interior, sus oídos pudieron percibir un leve sollozo.

Corrió hasta la esquina de la habitación que permanecía oscura y tenebrosa.

Parecía la habitación del horror entre tanta oscuridad y objetos tapados con enormes mantas blancas.

—Max... —fue apenas un susurró, aterrado, ahogado y la guía perfecta para sus oídos que le hicieron llegar a ella.

La había encontrado.

Bañada en lágrimas y temblando de pánico.

Quería decirle tanto, mas no dijo nada, no era el momento y menos, el lugar.

Solo se sintió agradecido de encontrarla bien físicamente aunque no estaba tan seguro de que en lo psicológico, estuviera tan bien.

La tomó entre sus brazos y caminó hasta la puerta para sacarla de ese lugar.

No sin antes darse cuenta de que alguien más estaba con ellos en la habitación.

En otra ocasión, se habría meado encima del miedo al verla allí con tanta nitidez.

Pero no ese día.

El fantasma de Constance Daniels iba a tener que esperar porque primero estaba Ilona; y cuando la chica estuviera sana y a salvo, él mismo le daría caza a esa mujer, fantasma o lo que fuera y la mandaría al infierno en el que debía estar desde hacía muchísimos años.

Capítulo 1

Ilona Davies veía con mortal aburrimiento a su alrededor.

La fiesta estaba bien, era lo que esperó del *Jet Set* inglés; sin embargo, su acompañante de esa noche, no estaba siendo lo que ella esperaba.

Volvió los ojos al cielo cuando Dylan McArthur, el actor del momento, hizo alarde, una vez más, de lo bien que le iba en la vida y lo famoso que estaba siendo.

¿Cómo no detectó antes esa peculiaridad en su forma de ser?

Se preguntó Ilona más analítica que nunca.

Lo cierto era que, después de todo, el hombre sí era un gran actor que logró engañarla al punto de seducirla con sus encantos hasta lograr que se encariñara con él.

Eso era ya mucho decir porque, Ilona Davies, no era de las que iban dando su corazón a la primera.

No.

Porque sabía que podía salir muy lastimada.

Como esa vez que, siendo adolescente, empezó a ver a Maxwell Daniels con ojos que iban mucho más allá del cariño que le tenía por ser el hermano de sangre de su mejor amiga y hermana de vida: Elaine Daniels.

Claro, ella entregó su corazón a ese chico en silencio y no se arrepentía de haberlo hecho así aunque nunca más pudo recuperarlo al completo.

Parecía mentira que, aun sin saberlo, porque nunca le dijo nada a nadie, ni siquiera a Elaine, mucho menos a Max, Ilona sentía que una parte de su corazón le pertenecería a él para siempre.

Era ese chico que la descomponía con su voz seductora, sus ojos brillantes, sus labios tentadores y su sonrisa que la convertía en un zombi de felicidad.

¿Y por qué dolía haber puesto los ojos de esa manera especial sobre Maxwell Daniels?

Por la simple razón de que ella era un cero a la izquierda como mujer para Max. Sin título aristocrático, ella no era nadie para la persona que le dirigía la vida a Max: su madre.

Así como quiso dirigir la de Elaine, pero esta se fue de casa antes de que le arruinaran la vida por completo.

Max siempre sería un amor imposible, el de los sueños. El que, de seguro, tienen miles de chicas cuando ven a Dylan en una película.

Resopló cansada.

Estuvo trabajando la noche anterior hasta entrada la madrugada porque tenía piezas especiales por entregar.

Hacía poco le hizo una visita a Elaine a España, en donde aprovechó a tomar unas fotos estupendas para hacerle caso a su padre con la idea que le dio de ocupar espacio publicitario en las revistas de moda más importantes.

Y sabía que su negocio iba a crecer en grande.

Aquello le emocionaba y le aterraba a partes iguales.

—¿En qué piensas? —Dylan se acercó a ella con esa mirada socarrona que la excitaba; porque no podía negar que el hombre sabía cómo diablos usar todos sus encantos y atributos.

—En que debo irme a casa para seguir trabajando.

Acto seguido, pensó en que debía estar mortalmente aburrida para irse de una fiesta.

Ella, Ilona Davies, que era conocida por ser la última en irse de cualquier fiesta.

—Relájate, cariño. Disfruta hoy, mañana trabajas —le dio un beso en los labios—. Me gustaría tenerte para mí solo todo el fin de semana. Mira, allá están Roxanne y Candice —Ilona reconoció a las chicas, eran las del noticiero de la mañana en uno de los canales más vistos de la TV británica—, puedo enviarles unas de tus prendas y como me deben algunos favores, no tendrán problemas en exhibir tu trabajo en TV. Más impulso que ese, no creo que haya. No tendrá punto de comparación con el supuesto impulso que le dio tu amiga en España. Créeme. Van a lloverte pedidos y tendrás que abrir una compañía de verdad.

Ilona lo observaba perpleja.

¿Cuándo ese hombre fingió tan bien que hasta le dio la impresión de que estaba orgulloso de lo que ella alcanzó por su cuenta como orfebre?

«Por-su-cuenta» Remarcó en su cabeza, porque ni siquiera había recibido ayuda económica de su padre.

¿Cómo se atrevía ese ser, a creerse un dios todopoderoso por la influencia que tenía como el actor del momento?

¿Acaso ella le dio la impresión de necesitar su ayuda?

Repasó, en ese instante, las pocas —muy pocas, la verdad, ahora que lo analizaba— veces que conversaron de su taller y su trabajo. Él siempre conseguía cambiar de tema y ella, al principio estaba iluminada por el halo de la estrella de moda y el hecho de que esa estrella, se fijara en ella.

¡Vaya idiota! Estaba claro que, en su ambiente, rodeado de su gente —aduladores en su mayoría— y varias copas de champaña encima, dejaba salir a su verdadero yo.

Le sonrió con profunda decepción pero él no parecía enterarse de nada.

—Me marchó, Dylan —Entonces su expresión cambió a: confusión; Ilona supuso que estaría pensando que ella no apreciaba lo que él hacía por su trabajo. «¿Cómo fue que dijo hacía unos instantes?» se preguntó buscando las palabras correctas: «¡Ah! Sí!» «Impulso a la marca» que, además, prometía dejar a su mejor amiga sin trabajo. ¡Idiota!—. No me llames más. Creo que ellas —señaló a las mujeres que iban a hacerle «un favor» a ella y a su marca—, están muy interesadas en ti. Adiós.

Y se marchó.

Muy decepcionada, mas no triste.

Agradeció haber herido el ego del hombre al punto de que lo dejó asombrado a su reacción, plantado en el medio de la fiesta y mucha gente a su alrededor observando lo que ocurrió entre ellos, por lo que no le iba a perdonar ese hecho y así no iría tras ella para «entender» qué estaba ocurriendo porque para hombres como Dylan, una negativa como la de ella, se volcaba en un reto; no, mejor dicho, en un trofeo que ellos debían obtener sí o sí.

Así que se libraría de lleno de insistencias y persecuciones; en tanto, superaría todo, porque sí, estaba encariñada con él, mas no era amor.

Todo pasaría en unos días.

Bufó y negó con la cabeza mientras se daba cuenta de que el encariñamiento que tenía tampoco era tan profundo.

Quizá tardaría menos en olvidarse del cretino.

—Una hora, más o menos —susurró, revisando la hora exacta en el reloj en su muñeca, calculando el tiempo que le tomaría en llegar a casa, cambiarse y entregarse a nuevos diseños.

Porque eso era lo que de verdad le llenaba de amor y pasión.

Salió del ascensor distraída y estuvo a punto de ocasionar un accidente por cruzar el

aparcamiento del edificio sin estar plenamente atenta.

Reaccionó cuando las ruedas del coche frente a ella chirriaron con estruendo en el asfalto.

Se llevó un a mano al pecho por el susto y fue cuando se dio cuenta de que el coche estaba tan cerca de ella que por poco la toca.

«¿Centímetros?» pensó y asintió cuando lo vio con sus propios ojos verificando que no había sangre ni tenía nada roto.

El corazón le palpitaba fuerte.

—¿Ilona? —levantó la vista encontrándose con el motivo de sus suspiros secretos dentro del coche, detrás del volante, con cara de espanto. Ella se sintió tan nerviosa como siempre que lo tenía enfrente. Él se bajó con prisa y fue directo hacia ella. La tomó de los hombros—. ¡Dios santo! ¿Estás bien? ¡Discúlpame! Yo... Estaba distraído y...

Ella empezó a reír sin poderse controlar y él la observaba divertido.

—¿Qué te parece tan gracioso?

Ella rio más fuerte porque ¿qué iba a decirle?

¿Que no podía controlarse porque aún estaba loquita de amor por él?

No.

Así que mientras más se riera, mejor, porque ganaría tiempo para dar una explicación.

Maxwell esbozó una sonrisa de esas que la desbarataban y ella sintió sus piernas flaquear.

Estaba guapísimo, con su porte elegante, la camisa impecable.

Y un poco desaliñado, aunque no era que a ella le desagradara a la vista aquella naturalidad en él. Por el contrario, le gustaba más.

Se preguntó qué haría allí y su cerebro ató cabos con rapidez: hombre guapísimo, sin corbata, con los primeros botones de la camisa desabotonados, desaliñado y relajado.

Una cita con sexo, estaba segura.

Y su risa se esfumó de inmediato para dar paso a una cordura que la motivó a salir de allí e irse a casa cuanto antes.

Se recompuso.

—Me reía de mí misma.

Él hizo una mueca divertida y asintió.

—Ajá —Maxwell la conocía de sobra—. ¿Qué hacías aquí?

Ilona resopló abatida.

—Una mala cita.

Fue entonces él quien resopló y negó con la cabeza. Se apoyó del costado del coche con cuidado y ella se mantuvo firme en su posición para acabar con ese encuentro cuanto antes.

—Somos dos entonces. Parece que no es la noche de las citas —ella lo vio con duda, cómo podía ser que no saliera bien su cita si él era P E R F E C T O—. ¿No estabas saliendo con el actor de...?

—Hasta hoy —le sonrió con complicidad a Max—, ya sabes, lo de siempre, quieren ser mis héroes y yo no necesito uno porque mi papá ya lo es. Lo que necesito es un compañero de aventuras y... —«¡callate niña!» Se reprochó en su interior. Qué podía importarle a él su vida. Para Max, Ilona siempre iba a ser la chica sin un título importante en el cual fijarse.

Él la observaba con intensidad.

—Y ahora llego yo y casi te atropello.

—No era el día para eso, Max.

—No, parece que no para eso —ella se sintió confusa al instante porque el tono de Max era insinuante y...— ¿Sabes algo de mi hermanita?

—Por supuesto, está muy bien, estuve con ella hace unas semanas.

Sonrió con ilusión y diversión.

—¿España estaba preparada para aguantarlas a ustedes dos juntas?

—Pues sí que lo estaba y la pasamos muy bien.

Sintieron un coche aproximándose a ellos. El vehículo de Max bloqueaba la vía.

Era el momento de despedirse y seguir cada uno su camino.

—Me dio gusto verte, Max.

Él asintió con media sonrisa y pesar en la mirada.

¿Pesar?

¿No quería despedirse?

Las piernas de Ilona temblaron más y ella, muy digna, caminó al frente alejándose de él.

Apenas dio dos pasos cuando la llamó de nuevo:

—¡Ilona! Es temprano. ¿Tienes hambre?

¿Hambre? No, no tenía pero podía darle hambre en: 1, 2... 3...

—Un poco —respondió sonriendo. ¿Sería evidente la ilusión en todo su ser?

El hombre detrás del coche de Max, sonó la bocina porque empezaba a impacientarse y Max se levantó con prisa para abrir la puerta de su coche.

—Te sigo a casa. Espero que aun te gusten las pizzas, es lo que más me apetece.

Ilona solo fue capaz de asentir.

Pidiendo a gritos en su interior que no le fuera a dar un infarto porque ella iba a disfrutarse esa noche como nunca antes en su vida disfrutó de algo.

Iba a tener a Maxwell Daniels solo para ella, en la privacidad de su hogar.

Parte de un sueño hecho realidad.

Ilona tenía un apartamento elegante en las afueras de la ciudad. Max conocía la dirección porque llevó a Elaine múltiples veces allí.

Sin embargo, nunca estuvo en el interior de la propiedad.

Ilona lo veía aparcar frente al edificio, mientras repasaba, nerviosa, en su mente, el estado en el que dejó su casa antes de salir de allí.

Según recordaba, estaba todo en orden y tenía la cocina bien abastecida para recibir a las visitas.

No era que necesitarían grandes cosas, porque Max le dejó en claro que lo que le apetecía eran pizzas. Así que eso comerían, pero una pizza sin Coca-Cola, no sabía igual. Por lo que agradeció ser una mujer previsiva y tener todas las clases de Coca-Cola que existían en el mercado. Nunca se sabía cuál iba a pedir un invitado y ella no era capaz de negarle algo a un invitado.

¿Le pediría Max un beso?

Porque tendría que aplicar la misma ley anterior. ¡Y con tanto gusto que lo haría!

Sonrió con picardía cuando Max se acercaba a ella.

—Me da un poco de miedo preguntar por lo que piensas.

—Debería darte mucho miedo, por ello no te voy a responder.

Max soltó una carcajada que despertó las mariposas en la panza de Ilona y con ellas la ansiedad por la emoción que estaba experimentando.

Entraron al ascensor en silencio.

Ilona sacó el juego de llaves y caminó con Max siguiendo sus pasos.

Abrió la puerta de casa, entraron.

—Estás en tu casa.

Él estudió el espacio.

—Gracias. Me gusta —Ilona se sintió orgullosa de tener todo en orden y bien decorado. Max se metió las manos en los bolsillos y caminó hacia el ventanal que no daba una gran vista en ese momento porque la noche lo único que ofrecía era un juego de luces y sombras—. Es tal como lo había imaginado.

Ilona, que estaba en la cocina lavándose las manos, sintió un vuelco en el corazón.

¿Max se imaginó el interior de su casa?

—¿Te habías imaginado este espacio? —preguntó sin filtros.

Lo sintió caminar mientras ella se secaba las manos en el trapo que tenía para tal fin en la cocina.

Cuando se dio la vuelta, lo encontró apoyado de la isla que separaba el salón de la cocina.

Observándola.

—Sí, lo había imaginado. Nunca tuviste la cortesía de invitarme —su tono era irónico y divertido—. No creas que voy a perdonártelo tan fácilmente. Todas esas invitaciones para Els y ni una para mí —exageró el gesto colocando una mano en su pecho y ojos de cordero.

Ay dios, era tan adorable cuando hacía eso.

—Bueno, es que Els es como mi hermana.

—¿Y yo no?

«Ay, Max, no y deja de hacer esas preguntas», suplicó en su interior la chica.

—¿Te sientes bien hoy? Porque te estás comportando extraño —necesitaba evadir esa respuesta de alguna manera ya que no iba a confesarle todo lo que le gustaba y lo imposible que era verlo como a un hermano.

—Tengo hambre, aunque no estoy diciendo nada que no sea cierto —la observó con mirada retadora mientras sacaba su móvil para ordenar la comida.

Ilona decidió mantenerse entretenida y rebuscó en la alacena algunas cosas para picar en tanto les llegaba la comida, que tardaría al menos una hora.

Buscó también una botella de vino que trajo de España y que la guardaba para una ocasión especial.

¿Qué más especial que tener a su amor imposible en su casa?

Max hizo el pedido, colgó y luego se movió por la cocina como si se sintiera en su propio espacio.

Se remangó las mangas de la elegante camisa y se lavó las manos con dedicación.

Se secó, dejando todo en orden de nuevo.

Costumbre de los Daniels, sin duda.

Recordó Ilona a Elaine que todo lo dejaba en un lugar exacto.

Le parecía una manía de personas obsesivas pero sabía que no se debía a eso. Ella Daniels se portaba igual y ahora veía a Max y hacía las mismas cosas que el estatus de ellos requería.

Tener todo controlado, en su sitio.

Se sentó frente a ella, tomó un palillo de madera para pinchar la aceituna que luego se llevó a la boca.

—Están deliciosas.

—Sí, son españolas, al igual que el vino.

Señaló la botella y él la tomó entre sus manos para estudiar la etiqueta.

—Vamos a probarlo —anunció mientras tomaba el saca corcho.

Descorchó la botella, la sirvió en la copa, hizo la cata que Ilona sabía que haría y la vio a ella.

—Está muy bueno —Max olfateó la copa y probó de nuevo—. Dulce, afrutado, con mucho cuerpo.

Le sirvió a ella.

Ilona ya conocía la estructura de ese vino, por eso tenía las botellas en casa, porque le había encantado y era tal como lo describía Max.

—Desde que lo probé, me encantó.

—¿Qué otras maravillas hay en dónde vive Els ahora?

Ilona recordó los momentos junto a Elaine y las conversaciones que tuvieron, cosas que no iba a contarle a Max.

Por lo que se limitó a hablar de todo lo que vio en la Costa de Sol.

Lo mucho que disfrutó de ese rincón del mundo, el sol que le acarició la piel día a día, todos los helados que probó, decidiendo que los de turrón eran los mejores para ella aunque el de Ferrero le hacía una competencia fuerte.

Le contó de la visita a las Cuevas de Nerja.

La vista del mar desde el balcón de Europa y todos los bocadillos de jamón serrano que se comió, volviéndose adicta a ellos.

Revivió cada día de esa semana deseando volver cuanto antes porque se sintió a gusto, feliz, cerca de su amiga.

La única que tenía y que extrañaba a morir.

—¿Está viviendo en un buen lugar?

—Un apartamento divino. Pequeño pero perfecto para ella. Le ayudé a decorarlo diciéndole lo que tenía que comprar porque la pobre no sabía ni por dónde empezar.

—No nos han enseñado nada que tenga que ver con el mantenimiento de una casa —Ilona lo sabía, era lo normal entre esa clase social. Y le gustó ver que él se preocupaba por Els, aunque no lo demostrara a menudo.

La vio con una mirada que delató su siguiente pregunta, la cual le pareció normal también a Ilona.

—No le hace falta nada, Max. Está perfectamente. Tiene suficiente dinero para vivir con libertad.

—Me alegra saberlo porque sé que no nos pediría nada.

—Correcto. Su llegada a Nerja fue bastante sorprendente y resultó un reto para ella que enfrentó como una campeona —Max frunció el ceño porque no sabía a qué se refería ella.

Ilona le contó la llegada de Els al lugar y la noche que tuvo que dormir en la playa.

—Por dios, Ilona, ¿cuánto tiempo pasó así, como una indigente?

—No mucho. Hay gente buena en el mundo y Els siempre tiene suerte, así que puedes estar tranquilo que su aventura fue solo por un día.

—Pudo haberle pasado cualquier cosa.

—Es verdad, mas no fue así. Ahora tiene una buena anécdota para contar —lo veía molesto consigo mismo—. No te atormentes pensando en lo que pudiste hacer para ayudarla. Esa noche iba a dormir en la playa sí o sí porque ella es cabezona y así lo decidió. Le dije que se quedara en la ciudad a penas llegar pero...

—No te hizo caso.

—Ni un poco.

—Además, le ocurrió lo de la grabación de la novia de Pierce Gordon saliendo de la iglesia, dándose a la fuga.

«Y si supieras quien ayudó a Els después», pensó la chica en su interior guardándose el secreto

porque conocía la historia de odio que mantenían desde hacía siglos los Daniels hacia los Gordon.

—Por eso te digo que fue una llegada un poco sorpresiva. Tal como yo la llamo: una aventura.

—Le prometí que la visitaría cuando me envíe su dirección.

—Y me parece una buena idea —el timbre sonó e Ilona se sorprendió al ver que el tiempo pasó de prisa—. Llegaron las pizzas.

Bebió lo que le quedaba en la copa y se levantó para atender el llamado de la puerta.

—Yo las pagaré, así que no te atrevas a poner un centavo.

—No esperaba menos, Max. Son costumbres de un caballero —dijo desde el intercomunicador mientras apretaba el botón que dejaba al repartidor acceder al edificio.

Max sonrió y se levantó de su asiento, caminó hacia la puerta y abrió.

Cuando volvió a cerrar la puerta con pizzas en mano, vio a Ilona con los ojos abiertos y le dijo:

—Esto huele de muerte, dime por favor que tienes Coca-Cola normal porque es lo mejor para comer con una pizza. Seguimos luego con el vino.

Ilona sonrió divertida asintiendo y agradeciendo a su sentido común en las compras que hacía.

Varias horas más tarde, Maxwell observaba a Ilona que dormía con una ligera sonrisa en el sofá.

Se había reído tanto que Max se sentía eufórico y con energía suficiente para no dormir en todo lo que quedaba de semana.

Tomó la cobija que estaba en el respaldo del sofá y, con mucho cuidado, lo puso encima de las piernas de Ilona para que durmiera algo más confortable. Aunque ella no parecía incómoda en lo absoluto.

Se tomó la libertad de explorar un poco el espacio de la chica.

Le daba curiosidad.

Negó con la cabeza resoplando, porque la verdad era que Ilona siempre, desde que la vio por primera vez en su casa, le activaba la curiosidad.

Su naturalidad, alegría, brillo.

Era una pequeña —y hermosa— hada que iba por ahí danzando, dejando una onda positiva a su paso.

Ella despertaba tal curiosidad en él, que llevaba años preguntándose, ¿cómo besaría?

Se lo preguntaba desde que ella era una inexperta en esos temas y él un recién iniciado.

Sonrió divertido entrando a la habitación de ella.

Olía a ella.

Esa fragancia que siempre usaba desde adolescente y que le iba tan bien a su piel y su personalidad.

La cama estaba sin hacer, la peinadora parecía un bazar de productos de bellezas y de collares bohemios que colgaban en cada esquina del gran espejo bordeado de bombillas que a él le dejaban ciego. Pero que sabía que para una mujer, eran indispensables.

Caminó hasta la terraza que estaba en la habitación y corrió un poco la cortina.

El sol empezaría a salir pronto y él tenía que marcharse porque le esperaba un día agotador en la oficina junto a su padre y Lawrence.

Entonces dejó de reír.

Un día más.

Un día más siendo de la aristocracia, jugando a seguir las normas que imponía su madre, escuchándole decir que iba siendo hora de encontrar mujer y asegurarse un prospero compromiso.

Max llevaba una temporada de malas citas, lo que impedía encontrar a una candidata como la que quería su madre.

La cita de la noche anterior la arregló ella misma y en cuanto Max accedió al restaurante, supo que aquello no iba a acabar bien porque la chica en cuestión, hija de un conde, parecía tener un recipiente hueco en la cabeza que solo podía rellenarse con objetos.

Caprichos.

Como lo hacía su madre, aunque su madre no tenía nada hueco en la cabeza.

Era una mujer astuta y hasta cruel, no le quedaba duda de eso después de todo lo que pasó con Elaine cuando se marchó a España después de la muerte de Ella Daniels.

Él no ansiaba una mujer como su madre en su vida.

Quería algo más...

Más...

¿Qué quería?

Ese era el problema, que no tenía ni idea de lo que quería pero su balanza se inclinaba hacia el punto en el que quería algo real, natural, tranquilo.

Algo como la cena informal de pizzas y Coca-Cola sentado en la alfombra del salón que tuvo esa misma noche junto a Ilona.

Agradecía tanto esa brisa fresca en su vida llena de formalidades y normas.

Salió de nuevo al salón y encontró un bloc de post-its en la isla de la cocina.

Escribió una disculpa en uno de los papeles, lo despegó y luego lo pegó en la pantalla del TV que se encontraba apagada.

Vio de nuevo a Ilona.

Sonrió con pesar porque la vida con ella sería tan fácil.

Suspiró sintiendo esa emoción extraña que ella siempre conseguía activar en él.

Y con mucho silencio, salió de la propiedad...

Del edificio...

Se subió a su coche y condujo viendo cómo el sol iba aclarando poco a poco el cielo.

Alargando sus rayos sobre la tierra. Anunciando una nueva oportunidad para vivir.

El pasado lo invadió de nuevo para recordar la risa de Ilona de ese tiempo y compararla con la de ahora.

Era más madura y más espontánea.

Pensaba en esas cosas mientras descendía del coche, sin percatarse de que se estacionó frente a la entrada principal de la propiedad.

Lo que lo hizo un blanco fácil para el resto de la familia en cuanto cruzó la puerta y se dio cuenta de su descuido.

—Maxwell. ¿Debo anunciar un compromiso? Porque imagino que la velada estuvo fenomenal si estás llegando a...

—No, madre —la interrumpió observándola con hastío al percatarse cómo la boca de ella se fruncía por la molestia—. No pasé la noche con ella. Me fui de su casa en cuanto pude. No tenemos nada en común y no pienso volver...

—Organizaré una fiesta para que conozcas a nuevas chicas.

Max estaba cansado y no se atrevió a contradecir a su madre.

Empezó a subir las escaleras que lo llevarían, en algún punto, a su habitación.

Recordó las palabras de su madre:

«Organizaré una fiesta para que conozcas a nuevas chicas»

Como si estuvieran en la época de August Daniels.

«Elaine»

Pensó en su hermana.

Nunca tuvo su valentía para hacer valer lo que le importaba y le llenaba de felicidad, tal como lo hizo la más pequeña de los Daniels, quien ahora disfrutaba de la vida en «libertad»

Lo peor de todo era que él no se creía capaz de empezar a seguir los pasos de su hermana.

No.

Y estaba convencido de que no ocurriría ni en ese momento ni en cualquier otro.

Era demasiado cobarde para hacer todo lo que hizo Elaine.

Lo mejor era dejar de pensar en lo que no haría y seguir adelante.

Se daría un baño, se pondría un traje limpio y como en cualquier otro día, se comportaría como lo que era.

El presunto heredero, es decir, el segundo en la línea de sucesión del Ducado de Lanhill.

Capítulo 2

Ilona llevaba días sumergida en el trabajo y tenía la creatividad al máximo.

Tal como le pasaba cuando se iba de viaje.

Parecía que, en vez de agotarse, el trabajo excesivo la llenaba de energía y emoción.

Como cuando regresó de España de visitar a Elaine, pensó y deseó poder ir de nuevo.

Sobre todo después de hablar con ella recientemente y que le contara esa aventura estupenda que estaba viviendo junto a Gordon.

Es que ella llegó a darse cuenta cuando estuvo en España de que Elaine estaba enamorada de Pierce.

Su amiga no paraba de hablar del próximo duque de Bulwick y de todas sus cualidades positivas.

Lo divertido que era, lo bien que la trataba, y un largo etcétera que Ilona pilló pronto como enamoramiento absoluto; incluso cuando la misma Els se negaba a creerlo.

Resultaba que ahora parecía no solo estar viviendo dentro de la mejor relación amorosa que había tenido en su vida sino que, además, la vida de ambos se estaba viendo envuelta en un asunto de secretos entre las familias Daniels y Gordon que ellos estaban investigando.

Cosas tan inverosímiles le llegó a contar su amiga, que Ilona se sintió tentada a escribir un libro con todo ese material porque le parecía que todo era de novela.

Impresionante y de novela.

Por supuesto, no le comentó nada a su amiga del encuentro con su hermano Max y de la velada tan deliciosa que pasaron en casa la noche de las pizzas.

Volvió al presente cuando escuchó la puerta del estudio cerrarse y los pasos de su padre transitar el corredor hasta el salón.

Habría podido ir hasta el estudio, mas sabía que su padre prefería no ser interrumpido cuando se encontraba allí dentro a menos de que fuera una emergencia.

Por lo que se quedó en el salón, perdida en sus pensamientos.

Quedó con su padre para cenar, tenían algunos meses sin verse porque el hombre estuvo en viajes constantes por asuntos de negocio.

Fred Davies era un hombre entregado a sus empresas, sobre todo desde que ella creció, se hizo mayor de edad y se independizó.

Fred encontró un refugio en el trabajo, ocupando gran parte de su tiempo en los negocios. Fundando compañías nuevas al rededor del mundo, asesorando a otros empresarios que le respetaban como un hombre honesto pero audaz a la hora de hablar de empresas y economía.

Fred era capaz de saber si un proyecto rendiría grandes dividendos o no con solo estudiar un boceto de dicho proyecto.

Ilona lo admiraba, y no solo por eso.

Para ella, Fred fue padre y madre.

Y se sentía agradecida con la vida de que él hubiese sido su padre porque no podía pensar en alguien mejor que él para tan importante misión de criar una hija en soledad.

Ilona sintió la nostalgia llegar a ella en cuanto recordó a su madre, tal como siempre le ocurría.

No la conoció porque su madre respiró por última vez después del alumbramiento de Ilona,

«una complicación inusual» solía decirle su padre y ella evitaba volver a preguntar porque sabía que era un tema que lo sumergía en una profunda tristeza.

Incluso estando cerca de su prometida, la que parecía hacerle feliz y con la que Ilona se llevaba bastante bien a pesar de que solo tenía diez años más que ella.

Su padre y Anastasia se conocieron en alguna cena de caridad y desde entonces, no se separaron.

Estaba convencida de que su padre sentía agradecimiento por la compañía de Anastasia y ella, sentía agradecimiento por el dinero que él tenía.

No era mala mujer y respetaba a Fred, sin dudarlo, sin embargo, si Ilona debía colocar ingredientes en la mesa para describir la relación de ellos dos, de seguro, no estaría el amor.

Le gustaba recordar la época en la que su padre, aun siendo ella una niña, le decía que sus únicos amores en la vida siempre serían ella y su difunta madre.

Ilona muchas veces se preguntó cómo sería la relación con ella.

Si se dejaba guiar por lo que su padre le contaba, se llevarían muy bien y su madre sería la mejor consejera para las cosas del corazón.

«Cosas de chicas» solía decir Ella Daniels, también convertida en ángel desde hacía unos meses y la extrañaba a morir porque Ella, abuela de Elaine, llegó a ser la madre que le faltó a ella.

Bueno, a ambas, porque Lady Lanhill, madre de Elaine, era un personaje digno de la aristocracia y no de la maternidad.

—¡Hija!

—¡Papi! —se sonrieron y se abrazaron con fuerza. Los abrazos de su padre siempre serían los más reconfortantes del mundo.

Después de los abrazos y los besos cariñosos, pasaron a un salón más acogedor y pequeño en comparación con otros espacios de la gran mansión que tenía el hombre, porque su prometida no concebía vivir en algún sitio más modesto como le habría gustado a él.

Fred era un hombre sencillo, con mucho dinero para vivir como quisiera aunque sin ganas de enseñarle al resto del mundo cuánto tenía.

Y así le crio a Ilona. Por lo que verle en ese entorno rimbombante de servidumbres y escaleras inmensas, se le hacía fuera de lugar.

Como siempre, Ilona le preguntó cómo le fue en sus viajes de negocios pero él le dijo que le contaría más tarde porque era momento de hablar de ella y todo lo que hizo en ese tiempo en el que las vídeo llamadas entre ellos fueron el medio de mantenerlos comunicados.

Fred sirvió aperitivos para ambos mientras terminaban de servir la comida en el gran comedor.

—¿Qué tal el negocio?

—No me estoy dando abasto, papá.

—Y eso te aterra.

—Por supuesto —Elaine también se lo mencionó—. Soy muy perfeccionista con mi trabajo y no soy capaz de entregarlo en manos de otras personas porque...

—Hasta donde sé, Carolina Herrera lo hace. Dior, lo hace. Y el resto de marcas lo hacen. Así que si ellos han conseguido un equipo impecable para mantener la calidad de sus productos, tú también podrás hacerlo.

—Papá, es que siento que es demasiado.

—¿Ya tienes asistente?

—Sí, empezó esta semana. Es chismosa, aunque muy eficaz.

—Eso es lo que nos importa ahora —le sonrió orgulloso. Ilona lo conocía bien y sabía que se

sentía orgulloso de cada paso que ella daba—. He visto las publicidades en las revistas tal como te lo aconsejé y me gusta el resultado visual.

—Quedaron impresionantes.

—Un viaje productivo, por lo que veo.

—Y me dio mucha pena volver, papá. Dejé a Elaine allá otra vez. Creo que me iré a pasar una temporada con ella porque ese lugar de España, Nerja, es precioso y relajante.

—Hazlo cuando tu equipo de trabajo aquí ya esté asegurado —Le sonrió divertida. Le encantaba ver como el hombre siempre se adelantaba a sus pasos y pensamientos—. Dicen que el clima en la Costa del Sol es cálido todo el año.

Ilona rio porque su padre odiaba el calor a pesar de que le gustaban los días soleados.

—Allí te asarías como un pollo al horno.

Su padre dejó ver una mueca de asco absoluto.

—Iré en invierno.

—Mejor

La vio con complicidad

—Te traje unas cuantas cosas de los viajes. Te van a encantar.

—Lo supuse —lo abrazó para agradecerle los regalos—. Charles me quitó las llaves del coche en cuanto me bajé de él.

—El buen Charles —comentó divertido Fred pensando en el mayordomo de la casa y luego Ilona captó la mirada previa a la clásica pregunta de su padre para cerciorarse de que ella estaba bien—. ¿Dinero?

—No hace falta, papi, estoy perfecta.

—Ay, cariño —le dio unas palmaditas sobre la rodilla y la vio con ojos soñadores—, estoy tan orgulloso de ti. Era una chica valiosísima. El que se lleve tu corazón se habrá llevado un gran tesoro porque eres una mujer al completo.

—Gracias, papá. Eso es porque aprendí del mejor —chocaron sus vasos y bebieron orgullosos.

—Tengo entendido que ya no sales más con el actor.

Ilona recordó lo ocurrido la noche de la fiesta y el intento de Dylan por «impulsar» su trabajo. Se lo contó a su padre.

—¡Vaya idiota! —negó con la cabeza, indignado.

—Lo mismo pensé yo.

—¿Ibas en serio con él?

—No —Ilona se quedó pensativa y añadió—: no iba en serio pero pude haber ido.

—Bueno, a veces no entiendo por qué Dios obra de cierta manera —Ilona sabía que su padre se refería a la muerte de su madre—, siempre confío en que, cuando algo pasa, es porque así debe ser.

Con ese comentario, Ilona no pudo evitar pensar en la casualidad de encontrarse a Max ese mismo día al salir de la fiesta de Dylan y vivir junto a él una velada maravillosa; en la que se quedó dormida y se moría de la vergüenza por ello.

No podía dejar de pensar en llamarle para disculparse pero la vergüenza no le permitía dar el paso.

Quizá pudieron haber llegado a...

¿Besarse?

¿Algo más?

Y su padre dijo de nuevo:

—Sí, Dios sabe porque hace las cosas.

Otro comentario que le pareció apropiado a sus pensamientos porque si lo pensaba con cabeza fría, fue mejor que se quedara dormida a pesar de que la vergüenza no la dejara ni razonar.

De haber dado otros pasos, los que ella deseaba y quizá él habría permitido porque ese día no parecía el Maxwell Daniels que ella conocía de siempre, tal vez su vida fuese un infierno y estaría sumida en el alcohol llorando en el hombro de Elaine para calmar las penas.

Su padre la observó con gran curiosidad.

—Y por esa mirada rarita que te veo, asumo que piensas en alguien que no es el idiota del que me hablaste unos minutos antes.

Ella negó avergonzada con la cabeza y sonrió con timidez.

—Es solo una ilusión.

—Otro idiota más.

Ella soltó una carcajada.

—No, no, papá. Él ni siquiera sabe que me gusta.

—¡Ah! —Ahora la veía con asombro—. ¿Qué te impide acercarte a él y conquistarlo? En caso de que ya no esté conquistado por tus encantos y piense igual que tú en este momento.

Ilona sonrió con burla pero en su interior, retuvo la suposición de su padre de que Max estaría pensando lo mismo que ella.

—Las cosas podrían ser complicadas, papá.

—¿Y qué cosas no son complicadas en la vida? —la pregunta clásica de Fred Davies seguida de la respuesta que Ilona se conocía de memoria, que repitió en voz baja mientras su padre sonreía alegre por haber hecho que ella recibiera el mensaje que quería transmitirle—: Nada es fácil en la vida y por eso es que luchamos por lo que realmente queremos.

Ilona entró en casa animada.

Tuvo una cena deliciosa con su padre y conversaron como solían hacerlo siempre. Mezclando recuerdos con lo que ocurría en el presente.

La economía mundial, los problemas futuros en los negocios, los tratos que cerraría su padre pronto y que eran de suma importancia para los proyectos que tenía en mente.

Ese hombre era una máquina, pensaba divertida y orgullosa, porque su padre hablaba con tanta pasión sobre lo que quería hacer o lo que estaba haciendo para expandirse, que ella lo único que pedía era siempre tener ese gen especial en su interior que le guiara por el buen camino y así tomar las mejores decisiones a nivel profesional porque, aunque soñaba que Fred le duraría miles de años, sabía que eso no iba a ocurrir.

Esperaba que llegara a los noventa al menos y que todos esos ejercicios que hacía le sirvieran para llegar allí.

En ese aspecto se sentía tranquila porque Anastasia cuidaba bien de su padre.

Alimentación, estrés, ejercicios, se preocupaba por alargarle la vida y era algo que ella estimaba de la mujer.

Se sirvió una copa de vino y vio la nota del post-it que le dejó Maxwell la noche de la pizza, cuando ella decidió rendirse en los brazos de Morfeo mientras Max aún estaba allí con ella.

Por más que lo pensaba, no sabía cuándo se dejó vencer por el cansancio de ese día.

Ni siquiera recordaba qué cosas le contaba Max.

Despegó la nota de la nevera, sonriendo con picardía y vergüenza.

“Me habría gustado hacer algo por ti para que, al despertar, encontraras los platos limpios pero no sé ni cómo meterlos al lavavajillas. Lo siento. La pasé muy bien hoy, Ilona. Gracias.

Maxwell Daniels.

P.D: Ojalá pueda casi atropellarte en otra ocasión. Podríamos tener una excusa para que esta velada, se repita.”

No sabía cuántas veces vio la estúpida nota en todos esos días, pero fueron muchas, se la sabía de memoria; incluso el trazo de las letras se las sabía de memoria.

Pegó la nota en la encimera de la cocina mientras tomaba un sorbo de su copa e iba por su móvil para ver la foto que le tomó a Max en silencio esa noche mientras comían sentados en el suelo frente a la mesa de apoyo del salón.

Ese día, no se podía creer la suerte que tenía de estar con Max en su casa.

Su casa.

Toda una ilusión parecía.

Ordenaron pizzas y comieron como si al día siguiente el mundo fuese a acabarse.

Quizá por eso se quedó dormida.

No solía comer de esa manera porque era como los bebés que, después de tener la barriga muy llena, necesitaba ponerse en posición horizontal y echar mucho más que una simple siesta para ayudar a su digestión.

Eso le había encantado en España.

La forma tan seria en la que todos los españoles dejan todo lo que estén haciendo para comer y luego descansar.

Y lo cierto era que no lo hacía mucho porque si no, sentía que perdía demasiado tiempo útil del día, por ello prefería comer poco en cada comida y así seguir activa para poder trabajar con más comodidad.

Nunca se sabía cuándo las musas atacaban y ella quería siempre estar dispuesta para recibir las.

Max...

La foto de él sentado en el suelo, frente a ella, mientras le contaba todo lo que pasó con Elaine desde su punto de vista y lo molesto que estaba con su familia por tratarla de la manera en la que lo hicieron, creyendo que eso la animaría a recapacitar y seguir las normas del ducado pero como bien dijo él justo después de que ella disparara la foto.

«Es Elaine»

Exacto, esa frase no podía ir mejor para describir a Elaine.

Única, desenfadada, espontánea, maravillosa y divertida.

Pensó de nuevo en su amiga junto a Gordon y la felicidad que le daba a la chica. En ese instante, pensó también en las cosas negativas que traería para Els esa unión.

Sacudió la cabeza despojándose de esos malos pensamientos.

Y ahí estaba ella pensando en los demás, cuando debía estar ejecutando su plan a ver cómo le salía.

El plan que no dejó de organizar desde que su padre le dijera que por qué no se atrevía ella a conquistar al chico que la ilusionaba.

Claro, no le explicó a su padre nada más, porque lo cierto era que Ilona tenía miedo de atreverse, podía llegar a salir con las tablas en la cabeza.

Si Max la rechazaba...

Suspiró.

Vio la botella de vino y sonrió pensando que siempre le quedaría esa botella —y otras más— para ahogarse en ellas y así olvidarse de los hombres.

De Max, específicamente.

—Dios Santo, Ilona Davies, deja el drama que ni siquiera lo has llamado.

Respiró profundo y buscó el teléfono en su lista de contactos.

Al segundo tono, Max respondió.

—Hola, Max.

—¿Cómo estás? —la voz de él sonaba ronca y deliciosa. Ilona se percató de la hora en el reloj del microondas y deseó que se abriera un maldito hueco en la tierra, la tragara y la escupiera en casa de Elaine.

Era casi medianoche.

—¿Ilona?

—Lo siento, no vi la hora y de seguro estabas...

—Leyendo.

Ilona se calmó.

—Ah, de verdad —respiró profundo para calmarse—. Lo siento.

Max se sacudió la pereza, Ilona volvió a llamarse idiota por despertarlo.

La vergüenza de haberse quedado ella dormida en el salón, teniéndolo a él de invitado, quedaba opacada ante llamarle a la media noche... ¿Para qué?

—No me has dicho, ¿cómo estás? —ahora sonaba divertido.

—Bien, bien —pretendía hacerle una llamada casual. Y no planificó qué iba a decir. El silencio se extendió. Al momento, una ola de valentía la animó a ser simplemente ella y atreverse a todo con Max—. Estaba pensando en que ya que no sabes usar el lavavajillas, podría enseñarte. Nunca se sabe lo que puede ocurrir en el futuro. Mira Elaine, está hecha toda un ama de casa.

Él soltó una carcajada que la relajó.

—Me vendría bien una lección aunque no creo que sea tan valiente de dejar Blaston House como lo hizo ella —Ilona esquivó la indirecta, no le interesaba escuchar pensamientos negativos de nadie en ese instante.

—Els está hecha de una valentía que le falta a muchos, eso es cierto.

Max suspiró.

—Sigues siendo la misma chica sincera que no calla nada, ni siquiera por formalismos. Lo noté la otra noche cuando estuvimos conversando.

Ambos rieron.

—Soy como soy.

Silencio.

—Entonces —ella se atrevió a interrumpir ese silencio que se hizo entre ambos—, ¿tengo que vigilar tu salida de Blaston House para atravesarme, sin aviso, en tu camino y fingir que casi me atropellas o vendrás a recibir una lección para aprender a usar el lavavajillas? El curso incluye varias copas de un maravilloso vino español.

—¿Quién dictará el curso? —le gustó que Max estuviera dispuesto a seguirle la corriente.

—Yo misma. No te dejaría en manos de nadie más.

Silencio.

La voz de él sonó ronca de nuevo.

—No me lo perdería por nada —consiguiendo erizar a la chica que lo escuchaba con gran expectación—. ¿Te parece bien el viernes?

Ilona bailaba de felicidad en la cocina observando el calendario y recordó que tenía una cita el viernes en la noche con su padre y Anastasia en una cena de caridad.

—No, el viernes no puedo. Tengo una cita que no puedo cancelar. ¿El sábado?

Maxwell, frunció el ceño en la oscuridad de su habitación pensando en esa cita que la chica no podía cancelar y se dijo a sí mismo que no podía preguntarle nada más porque no era asunto suyo.

Ella tenía el libre derecho de salir con quien quisiera y...

—¿Max?

—Sí, sí, claro. El sábado será perfecto.

—Nos vemos entonces. Buenas noches.

—Igual para ti.

Colgaron.

Max dejó caer el brazo a un lado para deshacerse del móvil y cerrar los ojos a ver si conseguía dormirse.

Estuvo teniendo problemas de sueño desde el día que salió de casa de Ilona.

Y esa noche, se reventó en el gimnasio de la mansión porque pensaba que caería rendido.

En efecto lo hizo, y se vio interrumpido por la llamada de Ilona.

Se dio la vuelta en la cama para quedar acostado sobre su costado derecho.

La habitación estaba a oscuras. Tan oscuro como cuando cerraba los ojos.

Recordó a Ilona cuando le hizo la proposición que no esperaba.

«¿Tengo que vigilar tu salida de Blaston House para atravesarme, sin aviso, en tu camino y fingir que casi me atropellas o vendrás a recibir una lección para aprender a usar el lavavajillas? El curso incluye varias copas de un maravilloso vino español.»

Sonrió negando con la cabeza.

—Ella es más atrevida que tú. ¡Idiota!

Se dijo en un susurro, sintiendo esa mezcla extraña de emociones que sentía cada vez que pensaba en Ilona Davies.

Esa mezcla que lo llevaba de la emoción a la angustia en un instante y sabía muy bien que era porque ella, Ilona Davies era la única mujer que lograba despertar esas cosas en él.

Y también, era la única a la que jamás se atrevería a lastimar.

Capítulo 3

Max llegó a casa agotado.

Seguía sin dormir bien y estaba trabajando de más porque pensaba que con eso, acabaría cayendo rendido en algún momento.

Sin embargo, todo apuntaba al lado contrario y se estaba convirtiendo en un adicto al trabajo, adicto a los ejercicios y adicto a no dormir.

Al menos estaba consiguiendo no pensar tanto en Ilona.

Hacía dos noches que hablaron y que acordaron verse el sábado en casa de la chica.

¿Era una cita?

«Claro que lo es» se respondió a sí mismo con gran ironía porque, una parte de él estaba encantado con la idea de tener una cita con ella; y otra parte de él, le decía que estaba de psiquiatra por querer salir con la mejor amiga de Elaine con quien sabía que las cosas no podían llegar a nada porque ella...

Bueno, ella no tenía ningún título valioso para Lady Lanhill y, de nuevo, él no era tan atrevido como su hermana para dejar todo lo que tenía allí en Blaston House.

El amparo económico de los Daniels era grande y le daba pánico pensar que podía verse un día sin ese respaldo.

Tenía que dejar de pensar en eso cada vez que pensaba en Ilona porque ya se estaba volviendo aburrido el tema.

Además, si tenía tan claro que no podía estar con ella de ninguna manera, lo lógico era que no se sintiera incómodo con la idea de tener una cita tranquila.

Sin compromisos, sin hablar del futuro.

Ilona parecía ser capaz de estar de acuerdo con él en ese aspecto. Era una mujer madura y libre.

Últimamente no se enteraba de los recorridos que hacía dentro de Blaston House porque siempre iba en modo automático; ese día, hasta la gran biblioteca en donde siempre estaba su padre resolviendo las últimas cosas del día.

Estaba también su madre con él.

Saludó a ambos:

—Madre, padre.

Estos apenas despegaron los ojos de sus ocupaciones; su padre leía la prensa con gran interés y su madre tenía entre manos un ejemplar de la revista más famosa del mundo que contaba todo lo que se podía de los famosos y aristócratas al rededor del globo terráqueo.

Le gustaba estar al tanto de todo lo que ocurría en la realeza británica para que, en las conversaciones con sus amigas más ilustres, no la dejaran a un lado por no saber, por ejemplo, que era un hecho que el nieto menor de la reina se iría con la actriz americana.

Seguro estaba leyendo sobre eso porque estaba muy entretenida en su lectura.

En otra familia, las cosas serían diferentes.

De seguro, él llegaría a casa y encontraría a sus padres allí o en el salón familiar hablando sobre las novedades del día, los problemas del mundo, la forma en la que ayudarían ese mes a la gente necesitada; y cuando él entrara por la puerta, ambos le recibirían con atención y quien sabía

si hasta con un abrazo.

¿Habría familias así o eso ocurría solo en las películas?

Se metió las manos en los bolsillos y caminó hasta uno de los sillones que estaban frente a la chimenea encendida, generando una calidez agradable a la estancia.

Como siempre que se sentaba en ese sillón, lo primero que hizo fue levantar la vista y observar el retrato de Constance Daniels quien fuera la esposa del Duque August Daniels y que, de seguro, fue una mujer muy poco agradable.

La mirada del cuadro era aterradora.

El cuadro en general lo era. Por ello, Max siempre lo observaba, porque lo tenía grabado todo en su mente e inspeccionaba cada detalle en cada observación que le hacía ya que, a veces, pensaba que el cuadro estaba embrujado y que la mirada de Constance era real y malévol.

Así que esperaba lo absurdo: que un día, pudiera declarar que el cuadro cobraba vida.

Sonrió resoplando divertido ante tal locura de pensamiento.

Su familia lo enviaría al psiquiátrico de inmediato o le harían firmar un documento en el que declarara y jurara ante todos los poderes que jamás diría algo así en público o lo desterrarían del ducado por la vergüenza que les haría pasar.

Eso le llevó a pensar en Elaine.

Recordó entonces cuando entraban allí de niños, sin nadie cerca que les vigilara y Lawrence se dedicaba a asustar a Elaine con el cuadro de Constance. Su pobre hermanita acababa llorando aterrada y paralizada porque le daba mucho miedo la mujer.

Lawrence reía con marcada malicia y él se dedicaba a enseñarle a Elaine que no tenía nada por lo que temer y que si algo ocurría, él la defendería.

¿Alguna vez la defendió? Porque lo correcto en aquel momento, hubiera sido plantarse frente a Lawrence y enseñarle a respetar a los demás.

Pero no fue capaz antes y tampoco de adultos cuando su hermano mayor y su padre, decidieron manipular a Elaine de una forma muy vil para que ella se viera obligada a hacer lo que ellos exigían.

Por fortuna, ella estaba hecha de otra materia y decidió irse lejos de allí. Donde nadie pudiera manipularle.

—Maxwell —volvió el rostro hacia su madre que se ponía en pie y se acercaba a él con un sobre en las manos—. El viernes a las 8 debes recoger a Lady Margaret Byrne porque será tu pareja en la cena de caridad que tenemos agendada. Todos tenemos algo pautado ese día, tú eres el único que está libre de compromisos.

—¿Cómo sabes que lo estoy?

—Me da igual si no lo estabas —algo muy típico de su madre—. Ahora lo estás porque yo lo digo. Y porque le debes tu tiempo al ducado te guste o no. Además, Lady Margaret es una candidata maravillosa para establecer lazos. Haz que valga la pena, por favor, y sé puntual. Buenas noches —con eso marcó el punto y final de la conversación.

Su padre se levantó y le siguió.

—Te veo mañana en la oficina.

Max asintió y vio a su padre salir.

Negó con la cabeza observando el sobre que tenía en las manos.

Se levantó, se sirvió un trago de escocés y se lo tomó de un sorbo.

La bebida le hizo arder la tráquea, no le importó.

Lo demostró sirviéndose otro, porque aquello era un recordatorio de que estaba vivo y de que existía algo que él podía dominar en su maldita vida sin que su madre marcara los pasos a seguir.

Caminó hasta el sillón levantando la vista para contemplar a Constance.

Seguía tan inmóvil como siempre aunque, en ese instante, la mirada de la mujer parecía declarar una airosa victoria.

—¡Qué sabia fuiste en marcharte, hermanita! Quizá deba llamarte para pedirte asesoría.

Protestó Max entre murmullos, bebiéndose lo que le quedaba en el vaso.

Después, con la garganta ardiente, recogió el sobre y se fue directo al gimnasio.

El resto de la semana estuvo bastante normal para Max quien se tomó la vida con más calma, evadiendo los pensamientos esos que no dejaban de acompañarle desde que su madre empezara con el asunto del compromiso para él.

No entendía por qué la presión para él y a Lawrence, que era el primero que debía casarse, no lo estaban atormentando de la misma manera.

Así era de caprichosa su madre. Y sabía que, tarde o temprano, acabaría cediendo a sus caprichos. Por eso necesitaba relajarse y sobre todo, no predisponerse a las citas a ciegas que le organizaba Lady Lanhill.

Agradecía haber estado muy ocupado para no pensar en anda.

Aunque la imagen de Ilona y las ganas de verla, no podía sacársela de la cabeza.

Y eso no estaba bien, bajo ningún punto de vista.

Max era la persona que, dentro del ducado, mediaba en los negocios, en las visitas legales asegurando el bienestar de todos.

A su cargo estaban la mayoría de las ONG que eran parte del patrimonio y que les liberaban de muchos impuestos al año.

Su trabajo, muchas veces, consistía en almuerzos, cacerías, actos públicos en los que regresaba a casa con los bolsillos llenos de buenas donaciones y de inversión en nuevos proyectos.

También asesoraba a algunas compañías a modo independiente, dándole ingresos que nada tenían que ver con el ducado y que, muchas veces, debía dejar de lado y negarse a hacerlo porque su deber estaba en el ducado de Lanhill y para todo lo que tuviera relación con el patrimonio.

Se bajó del elegante coche que conducía uno de los chóferes del duque para abrirle la puerta a su acompañante de esa noche que era insoportablemente seria.

Estaría divirtiéndose más si estuviera con la reina de Inglaterra a pesar de todo el protocolo que debía seguir quien estuviera ante ella.

Extendió la mano para que Lady Margaret apenas apoyara la suya en lo dedos de él y se ayudara a salir del vehículo con el ridículo traje que llevaba puesto para la ocasión.

Parecía salida de la época de Constance Daniels.

Bueno, o al menos a él le parecía de esa época. De seguro Elaine le diría que estaba equivocado.

¿Por qué era tan malo recordando las fechas del pasado?

Su hermana siempre era la que le aclaraba el siglo de vida de Constance porque él no se sabía ni ese ni muchos otros a pesar de ser importantes para la familia.

Lady Margaret salió del coche, le regaló una media sonrisa avergonzada como si le estuviera regalando una noche de pasión y se subió la falda del vestido con ambas manos para subir la escalinata que conducía a la entrada del lugar en el que se celebraba la condenada cena de caridad a la que su madre «amablemente» le apuntó con su victoriana acompañante.

¿Sería de la época victoriana ese traje?

Maldición, necesitaba un condenado escocés.

«Ardiente» se dijo, para que le incendiara la garganta.

Porque esa noche era lo único que parecía que le iba a arder.

—Tendremos que dar algunas vueltas para saludar antes de sentarnos a la mesa que nos corresponde.

Lady Margaret asintió, como buena mujer del pasado.

De seguro que no iba casarse con ella y su aburrimiento.

Si así eran los vestidos, no quería imaginarse la lencería de cama.

«¡Escocés!» gritó su cabeza para sacarse la imagen horrible de la cabeza.

Un mesonero pasó junto a él con su impecable uniforme, tal como siempre iban uniformados en esas fiestas de alta sociedad, llevando una bandeja de copas de champaña.

Lamentó que no era lo que quería pero no le importó. Tomó dos copas de lo que el hombre le ofrecía y le dio una a su acompañante.

—Gracias.

Respondió en un susurro la mujer; él le sonrió por compromiso, bebiéndose después todo el contenido de la copa dejando a su acompañante asombrada, porque lo consideraría de mala educación.

No le importaba y cuando el asunto llegara a oídos de su madre...

Bueno... ya vería entonces qué haría.

Tomó otra copa llena y dejó la vacía en la bandeja del siguiente mesero que encontró mientras seguían en la vuelta inicial de reconocimiento, lo clásico que se hacía en ese tipo de eventos para saber quiénes estaban y qué temas debía abordar con esas personas.

Vio a John Padmore, se acercaría a saludarle y a agradecerle haber aceptado invertir en el negocio que le propuso el mes anterior.

Movió un poco más la cabeza y encontró que también estaba Rosalie Crawley, viuda de Charles Crawley, quien prometía algunas cosas buenas para dos de las propiedades del ducado. Mejoras que beneficiarían a todos tanto en economía como en calidad de vida para los trabajadores.

A Max le gustaba entablar conversaciones con esa mujer que no se dejaba amedrentar por ningún hombre y que sabía negociar mejor que su difunto marido de quien aprendió mucho para poder llevar en conjunto la fortuna que amasaban.

Ya sabía de qué hablaría con ella.

Bebió otro sorbo de la champaña intentando no zamparse esa copa como la primera para no espantar por completo a su acompañante que ya se veía muy disgustada por su poca educación para ser hijo de Lord Lanhill.

—¡Max! —esa voz le produjo algo que en su vida sintió y que lo sacudió como si un terremoto estuviera ocurriendo en ese preciso instante.

Se dio la vuelta y la vio.

En realidad, lo que veía era una sonrisa deslumbrante y una mirada intensa, brillante y alegre; sumado a unas curvas que no tuvo la sensatez de detallar antes y que el condenado vestido que llevaba puesto Ilona dejaba a la vista de cualquier hombre.

Y de cualquier mujer, porque Lady Margaret la vio como si Ilona fuera una mujer... cualquiera.

Ilona llegó a él y le saludó como siempre lo hacía cuando se encontraban: un beso en la mejilla y un abrazo.

La única vez que no lo hicieron así fue aquella noche del «casi atropello» en el que no hubo tiempo para saludos familiares.

No había pensado en eso y le alegró que, esa noche, ella retomara viejas costumbres.

En el acto, Maxwell Daniels fue incapaz de bloquear su olfato así que percibió la agradable

brisa dulce del perfume de la mujer colocado en los sitios adecuados.

¡Y olía de maravilla!

Sus manos reaccionaron de manera poco apropiada, lo sabía; pero ya lo hecho, hecho estaba, así que no le quedaba más remedio que seguir adelante y acariciar —con muchísima delicadeza— la piel de ella justo en la baja espalda; en donde, deliberadamente, aterrizaron sus manos dándose cuenta entonces de que el escote del vestido de Ilona era arrasador.

Como el escocés que le hacía arder la garganta.

Le gustó la comparación que apareció en su cabeza porque de inmediato entendió que era la forma de su cerebro de advertirle que, ambas cosas, le daban vida.

El licor, el ardor, sus manos en la espalda de Ilona y...

Lady Margaret carraspeó la garganta para hacerse notar.

Ese día, Max estaba rompiendo el record del hombre más mal educado de la historia.

—Lo siento, Margaret —se encontró entre ambas mujeres teniendo muy claro con cual se quedaría si se lo proponían—: ella es Ilona Davies, hija de Fred Davies y...

—No me suena el apellido de tu padre en nuestro círculo. ¿Cuál es su título?

Max la miró con total asombro, reprobación y luego vio a Ilona con vergüenza.

Ilona, cortó la sonrisa que le hacía ver radiante y luego de un par de segundos, colocó lo que él llamaría «la sonrisa diplomática que precede a enviar a alguien a la mierda».

Cosa que tenía todo el derecho de hacer si lo deseaba y él, la apoyaría, porque el comentario de Lady Margaret —y su maldito vestido victoriano— estuvo muy mal.

Ese comportamiento le recordó a su madre y se dijo a sí mismo que era una razón más para huir de ella cuanto antes porque no quería casarse con una mujer como su madre.

—Mi padre y yo tenemos una vida propia que no podría llevar un título, por fortuna. Y para ironías de la vida, es posible que tengamos mucho más dinero que muchos de los de tú «círculo» y sus grandes títulos —vio de nuevo a Max—. Si me disculpas...

—Claro —asintió con seriedad sin dejar de mostrarle a ella lo avergonzado que se sentía.

—Te veo mañana —Ilona se puso en puntillas y le dio un beso rápido y travieso en la mejilla que revolucionó a Max por completo.

Sonrió a medias, se dio la vuelta para verla alejarse.

—Esto ha sido una falta intolerable —la voz de su acompañante lo sacó del momento extraño y agradable en el que Ilona lo dejó—. ¿Por qué no le exigiste una disculpa con todo lo que me dijo?

Max respiró profundo.

Muy profundo, porque la noche iba a ser muy larga.

La vio a los ojos con firmeza, dándose cuenta de que el gesto de Ilona hacía él llegó a cambiar algo en su interior.

¿Qué era?

Parecía sentirse... ¿Decidido?

—Tú la ofendiste primero. Así que si le exijo a ella una disculpa, deberé pedírtela a ti primero. ¿Estarías dispuesta a disculparte ante ella? —La mujer frunció el ceño dejándole ver la mirada llena de molestia, rabia y altivez—. Exacto, eso pensé —conocía a esas chicas—. Así que no ofendas a nadie más para no tener que exigirme una disculpa públicamente, ¿está claro?

Y respiró profundo de nuevo; porque sí, esa noche iba a ser muy larga.

Capítulo 4

—No le dije nada más por ti y porque no quería montar una escena en la cena de caridad — Ilona hablaba con emoción, recordando el momento en el que encontró a Maxwell con esa ridícula mujer colgada de su brazo.

¿Celos? Sí, claro que los sintió y aun podía sentir cierto escozor a pesar de haberse pasado todo el día repitiéndose que esa no era mujer para Max y que, de seguro, la dejó en casa tan pronto como salieron de la fiesta.

Cosa que ocurrió en cuanto se acabaron los formalismos.

Si eso no era querer librarse de alguien...

Sin embargo, Ilona seguía incómoda con la idea de ellos dos.

—Hice todo lo humanamente posible por evitar a mi madre hoy, no creo que tenga tanta suerte mañana.

Ilona sonrió con notoria diversión.

—Eso quiere decir que no supiste cómo quitarle el vestido de antaño a tu aristocrática acompañante.

Ambos rieron a carcajadas.

Max negó con la cabeza viéndole a los ojos con un brillo, tan irracional, que enloquecía todo el sistema nervioso de Ilona aun estando separados por la mesa.

—No tenía intenciones de hacerlo tampoco. Ninguna de las candidatas de mi madre ha sido buena para mí.

Ilona recordó la noche en la que casi la atropella. Esa chica con la que estuvo esa noche, tampoco fue de su agrado.

Eso le dejaba a ella la oportunidad que tanto buscaba, ¿no?

—Y... ¿cuál es tu candidata ideal? —empleó una mirada suspicaz—. Quizá entre mis amigas haya alguna que...

—¿Tiene título? Porque si no lo tiene, mi madre no la va a recibir de buen agrado.

Ilona torció la boca para sí misma porque eso le ponía a ella las cosas muy complicadas.

—¿Y tú, qué quieres, Max? Elaine luchó por lo que quería.

—No soy tan valiente como ella, y lo sabes.

—Me lo comentaste el otro día. Pero no me has dicho el por qué no eres valiente. ¿A qué le temes?

Max resopló agobiado. Ella notó de inmediato que la pregunta lo descolocaba.

Parecía que ni él mismo sabía con exactitud qué quería o a qué le temía.

—Supongo que, en gran parte, es lo que me dijo una vez Els antes de partir a España, conversábamos de esto y me dijo que, en nuestro círculo social, nos crían para ser el soporte de la familia. No solo en la parte económica. En todo lo que representa el ducado. Y por supuesto, tenemos que tener el presupuesto necesario para darle la comodidad y seguridad financiera a la mujer que se case con nosotros y con la que decidamos formar familia.

Ilona bebió un sorbo de su vino. Recién terminaban de comer la cena que ella misma preparó para dos esa noche: *Spaghettis* con una salsa básica bien aromatizada con hojas de albahaca frescas que compró ese mismo día en el supermercado.

Y todo le quedó delicioso.

Esperaría un poco más para sacar el postre.

—Te da miedo no tener el respaldo económico del ducado.

—Y tener una esposa como mi madre.

—¿Por los gastos que hace o por lo agradable que es? —Ilona vio un fugaz rechazo en sus palabras y era lógico, se había excedido—; lo siento, es tu madre, no he debido decir nada de eso aunque no sea persona de mi agrado.

—No te disculpes. No estoy acostumbrado a escuchar la verdad en los labios de otra mujer que no sea mi hermana.

—Y es por eso que yo no debo decir nada más —sentenció avergonzada.

Él sirvió más vino en las copas para ambos y se relajó.

La observaba con fascinación.

—¿Cómo es ser un humano normal y corriente, Ilona?

Ella respiró profundo y después lo vio a los ojos:

—No hay forma de explicarlo porque todo lo que yo pueda decirte, no vas a poder entenderlo. Tendrías que vivirlo. La vida está llena de altos y bajos. Con o sin dinero, Max —Ilona pensó en su madre—. Mi padre tiene mucho dinero, es un hombre importante y sin embargo, perdimos a mamá el mismo día en el que nació. Papá no siempre ha tenido buena suerte en los negocios y muchas veces tuvimos que cuidar los ahorros muy bien, aunque no creo que llegáramos alguna vez a estar muy mal económicamente.

Hizo una pausa mientras veía al exterior por el ventanal que estaba detrás de Max.

—Nunca me faltó su amor, apoyo, respeto —continuó—. Y a él jamás le faltó nada de mi parte. Lo admiro, ¿sabes? Ha sido mi maestro, cómplice, amigo. Un hombre bueno, que no es tonto y es justo —Ilona observaba el interés de Max por saber más—. La libertad que yo tengo como ser humano normal y corriente, no podrías entenderla jamás a menos de que la vivas. Tal como hizo Els, quien es una de las mujeres más valientes y asombrosas que he conocido en la vida.

Max asintió sonriendo.

—Es verdad. Es de las mujeres más valientes que también conozco yo. La otra, o quizá la primera mujer valiente que admiré en mi vida fue mi abuela.

—Ella Daniels era todo un personaje. Yo la adoraba.

—Y ella a ti también, me lo dijo alguna vez. Le encantaba que Elaine tuviera una amiga como tú —Max hizo una pausa sumergido en sus recuerdos—. El día que le plantó cara a mamá y se armó una buena dentro de Blaston House, haciendo que mi padre no supiera en dónde meterse, es día, mi abuela se ganó mi admiración.

—Elaine me ha contado algo de eso —Ilona tenía mil cosas más por decir y ninguna le lanzaba flores a Lady Lanhill. Así que, en silencio, se veía mejor.

—Al final, la abuela obtuvo la victoria.

—¿Eso crees?

—¿Tu no?

Ilona negó con la cabeza.

—Tu abuela era como Els, aunque bastante más aristocrática que mi amiga, sin duda —ambos rieron—; pero cuando hablaba de ustedes, de Lawrence, tu padre y de ti, lo hacía con tantísima añoranza que dejaba en claro cuánto le dolía ese distanciamiento que tuvo con la familia —Ilona percibió la tristeza llegar a la mirada de Max y decidió cambiar un poco el tono de la conversación porque no era de extrañar que él se arrepintiera de no pasar más tiempo con su abuela—. Si tú no fueses Maxwell Daniels, ¿Quién serías?

Le preguntó y se levantó para sacar la torta *Sacher* que compró en una de las pastelerías más respetadas de la ciudad.

Max seguía pensativo.

Ilona se tomó su tiempo. Sacó los platos de postre, cucharillas y la espátula.

Dejó todo en la mesa, vio a Max a los ojos; se moría de la curiosidad por saber lo que pensaba.

Y por primera vez, notó que la observaba de una forma que no era común en él.

Max tomó un sorbo del vino, le agradeció por la tarta que le daba y después de probar un trozo, dejó la cucharilla en el plato.

Suspiró.

—¿Sería feliz? —lanzó la pregunta al aire, parecía que se la hacía a sí mismo en voz alta.

Ilona sintió lástima por él porque estaba declarando algo que ella suponía. Max estaba muy lejos de sentirse —si quiera— un poco feliz dentro de la vida que tenía.

Probó el trozo de tarta que se sirvió y se alegró de la elección porque estaba deliciosa.

Después, levantó la vista encontrándose con la de él que analizaba cada uno de sus movimientos.

—¿Cómo podrías ser feliz?

—No lo sé. Supongo que tendría la libertad de hacer lo que quisiera, vivir en dónde quisiera —hizo una pausa—, la verdad es que lamentaría no estar más en Blaston House. Es mi casa. Con todas sus historias, sus cosas fascinantes, cada espacio de esa mole, es maravillosa para mí.

—A mí me parece aterradora y siempre conseguía perderme dentro de ella.

—¿En serio?

—Una vez Elaine se pasó más de un cuarto de hora buscándome porque yo tomé el corredor equivocado al llegar.

Ambos rieron.

—Es que la parte vieja, en la que Els y la abuela vivían, ha sido menos tocada por mi madre, es por ello que conserva más pasillos y entresijos.

—¿En qué trabajarías?

Max comió otro poco de su tarta.

—Creo que en lo mismo que hago ahora.

—No, Max, tienes que hacer algo que sea tu pasión y que puedas conseguir vivir de eso.

Max rio a carcajadas.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque mi pasión son los comics y soy terrible dibujando.

Ilona encontró el punto.

—Estás imaginando, continúa —lo animó—. Imagina que no los dibujas, tienes el dinero suficiente y una idea muy buena para que un ilustrador de comics la desarrolle.

Max sonrió de nuevo y suspiró contento.

A Ilona le dio gusto hacerle ver que la vida podía ser fácil si no fuera parte del ducado.

Claro, era más fácil allí sentados a la mesa imaginando, que llevándolo a la práctica en la vida real.

—¿Puedo tomar otro pedazo?

Ilona le sirvió encantada, le gustaba ver la forma en la que él disfrutaba del postre.

Después de relamerse la cucharilla en una actitud poco aristocrática pero terriblemente seductora para ella, la vio con picardía.

—Bueno, ya que estamos imaginando —Ilona notó el brillo travieso en su mirada—, tendría un estudio de creación de comics, ya tendría un buen camino recorrido y sería el jefe, el creador de las historias. Desde pequeño me he imaginado un súper héroe adolescente, que es capaz de tele transportarse a cualquier lado con solo imaginar el lugar al que quiere ir, en este planeta o cualquier otro —la emoción de Max al hablar le pareció encantadora a Ilona, nunca lo había visto tan... ¿feliz?—. No es un superhéroe muy especial, como verás. Quizá yo sería un gran creativo y lograría algo impresionante.

Ilona lo observaba atenta a cada palabra y las emociones que se reflejaban en su mirada. Sería un Maxwell Daniels muy diferente si viviera la vida que se imaginaba.

—Viviría en esta zona —continuó, Ilona deseó que aquello se hiciera realidad para tenerlo más cerca—. En un piso como el tuyo y tendría amigos bohemios como yo.

—¿Serías bohemio?

Levantó lo hombros.

—¿Estamos imaginando, no?

Ilona sonrió.

—Tú no eres bohemio ni en la más creativa de las imaginaciones.

Él frunció el ceño.

—Max, serías un creativo ejecutivo aunque, por supuesto, no vestirías tan formal como ahora.

—No estoy formal.

—Por supuesto que lo estás, llevas puesto un traje, por dios. ¿Has visto lo que yo llevo puesto?

Él la observó y asintió.

—Me pareció poco a apropiado, la verdad.

Ella soltó una carcajada.

—Maxwell Daniels, estás en mi casa, estamos solos, has podido venir en *shorts* si te da la gana.

Él frunció más el ceño escuchándola.

—Es una cena, cierto —sin darse cuenta, Ilona extendió su mano y la colocó encima de la de él y al sentir su piel debajo, recordó lo bien que se sintieron las de él en la parte baja de su espalda la noche anterior.

Se dio cuenta de que cometió un acto espontáneo pero ya estaba hecho, así que debía continuar y por supuesto, no quitó la mano de donde la tenía.

Al contrario, le dio un apretón que hizo que él le respondiera de la misma manera.

Fue entonces cuando su corazón palpité con absurda rapidez y el silencio entre ellos fue ensordecedor.

Respiró.

—Te decía, que sí, es una cena. Informal. ¿O es que acaso te envié alguna invitación en donde especificaba el traje a llevar para la ocasión?

Él negó.

—Exacto, entonces. Serías un creativo ejecutivo que vive en un piso como el mío, ¿qué más?

Las manos seguían unidas y ella estaba empezando a preguntarse qué significaría eso.

—¿Te incomoda esto? —preguntó, observándola con absoluta seriedad a los ojos.

Ella negó con la cabeza y fue cuando vivió, en carne propia, lo que describían en las novelas de romance que tanto leía; cuando la protagonista contaba que las piernas se le volvían una gelatina cuando el héroe del romance la tocaba o se le acercaba.

Las piernas de ella, en ese momento, estaban así.

Dudaba poder soportar su propio peso.

Max le mostró una sonrisa dulce que desconocía en él.

Ilona pensaba que conocía a Maxwell Daniels a la perfección y estaba muy lejos de eso.

Por lo que se le hacía fascinante descubrir más cosas de él.

—Bien —tomó su copa con la mano libre y bebió un sorbo de vino—. Y sería un *geek* del vídeo juego.

Ella sonrió de nuevo.

—¿Juegas vídeo juegos?

Él asintió.

—Por favor no se lo digas a mi madre o a la prensa.

Ella hizo el gesto de pasarse una cremallera en los labios y echar la llave al vacío.

—Tendría una asistente del hogar porque no se ni encender el lavaplatos, por lo cual vine esta noche y no me has enseñado.

Ella se sonrojó ante el comentario porque parecía inocente pero estaba cargado de una segunda intención.

¿Maxwell le estaba proponiendo algo?

«No te apresures»

—Necesitábamos platos sucios y todavía no se ha terminado la velada.

La mirada de él se volvió intensa y traviesa.

—Ok, será para el final de la noche, entonces. Como te decía, también tendría una mascota.

—No te veo con perros.

—Ni yo, por lo que tendría un Conejillo de Indias o algo así.

Ilona no pudo evitar soltar una enorme carcajada de nuevo y su impulso casi ocasiona que las manos de ambos se separaran, él lo impidió aferrándose a la suya para no dejarla escapar.

Eso le gusto.

Mucho.

—¿Un Conejillo de Indias?

—Son adorables. Recuerdo que me encantaba ir con Elaine a perseguir conejos y ardillas cuando éramos más pequeños —se quedó pensativo y ella no se atrevió a interrumpirle hasta que, finalmente, continuó—: Estaría soltero. O no, todavía no lo decido.

—Imagina que no lo estás.

—Bien, entonces tendría a mi lado a una mujer cariñosa y divertida. Espontánea. Que no le diera miedo romper los formalismos. Que me hiciera sentir especial. Vivo. Y supongo que todo eso me haría feliz.

Ella lo percibió en su mirada.

Se refería a ella.

Sus nervios le traicionaron de la manera más cruel soltándose de inmediato del agarre de Max dejándolo desconcertado.

Ninguno de los dos dijo nada más.

Ella se levantó y empezó a recoger los platos.

—¿Dije algo indebido? Pensé que los gestos que estábamos teniendo nos estaban acercando.

Ella recuperó el aliento y lo vio con incertidumbre.

—Y eso es lo que me temo que está pasando, Max —Él se levantó para acercarse a ella. Muy cerca, tanto que Ilona empezó a sentirse mareada—. Porque hace unos minutos, me asegurabas que no podrías salir del ducado nunca y está claro que yo no voy a entrar a esa vida.

—No te gustaría.

Ella negó con firmeza, sintiendo que estaba alcanzando su meta de conquistar a Max muy

pronto, sin entender cómo pasó eso porque no estaba saliendo de la forma en la que ella se lo imaginó.

—Bien —sentenció sin alejarse de ella. Al contrario, la acercó por completo a sí mismo y la abrazó como nunca antes lo hizo. Ella se sintió extraña y feliz—, empecemos por las cosas básicas y vayamos poco a poco. ¿Qué me dices?

Ilona asintió sin apartarse de él y su mágico aroma que la tenía embobada.

Se sentía tan bien estando allí.

Parecía que el mundo iba más lento.

Sintió el pecho de él tomar una gran bocanada de aire, como si estuviese experimentando las mismas emociones de ella.

—Entonces, entre las cosas básicas, está lo del lavavajillas y es lo primero que me vas a enseñar hoy, ¿no? —Ella soltó un bufido gracioso, mientras él se tomaba una pausa en la que aprovechó para darle a ella un beso delicado en la coronilla, convirtiéndolo en el gesto más tierno que alguien había tenido hacia ella alguna vez. Y después, en un susurro, él le dijo—: y estoy seguro de que me enseñarás muchas cosas más.

Capítulo 5

El domingo, Lady Lanhill salió de su habitación con la elegancia que tanto le caracterizaba.

Tal como el resto de los días del año, se levantó temprano, tomó el desayuno en la cama; algo ligero, para luego poder enfrentar la rutina de Pilates que le tenía preparada la entrenadora personal que le esperaba, también, como cada día, en el gimnasio de Blaston House.

Era una rutina que no se saltaba ni estando de viaje porque el hotel en el que se hospedaba o la casa aristocrática que la recibía, siempre estaba dispuesta a servirle el desayuno donde la mujer prefiriese y, luego, usaba la conexión WiFi para hacer la rutina de Pilates a distancia con su entrenadora.

Estos eran dos pasos muy importantes en la vida de una mujer que necesitaba estar enfocada en mantener en orden muchas cosas en un mismo día.

Y verse radiante, era parte fundamental de esa rutina porque tenía un marido que era admirador de la belleza, de unas buenas piernas y ella no era estúpida.

Además, sabía de la historia de los Daniels y de que, en su mayoría, los duques, le hacían honor a los desprecios a sus mujeres, a la infidelidad y a la bebida.

Por fortuna, Lawrence no tenía todos esos puntos negativos aunque con el de ver para los lados, tenía más que suficiente.

Así que si su marido, el duque Lawrence VII tenía ganas de ver unas buenas piernas, un buen trasero o una piel tersa en el rostro, solo tenía que mirarla a ella.

Vio el reloj que llevaba en la muñeca. Su marido y su hijo Lawrence estarían en el estudio, discutiendo algunas cosas sobre los próximos pasos a dar con respecto a Elaine, la menor de sus hijos.

La más rebelde y la que más dolores de cabeza le había dado desde que nació.

Esa niña...

Negó con la cabeza pensando en toda la amargura que le hizo pasar desde que aprendiera a caminar y valerse por sí misma, peor aun cuando la decrépita de su suegra decidió ayudarle en todas las locuras que se le metían en la cabeza a la criatura.

Agradeció el momento en el que ambas decidieron mudarse a la parte más antigua de la mole y poco se cruzaba con ellas.

No podía dejar de sentir cierta envidia cuando veía a sus queridas amigas presumir, ante ella, la maravilla de hijas que tenían. Merecedoras de pertenecer a la familia en la que nacieron. Llevando con orgullo y educación, el título al que pertenecían.

Ella dejó de hablar de Elaine como su hija. Se limitaba a responder que se encontraba bien cuando le preguntaban qué tal estaba la chica y cuando la gente empezaba a indagar más, Lady Lanhill hacía uso de sus habilidades de persuasión y cambiaba de tema sin que la gente se diera cuenta.

Bueno, tal vez si se daban cuenta pero disimulaban bien lo contrario y agradecía que no dejaran ver la lástima que le tenían por lo mal que se sentía como madre, cuando le hablaban de esa hija que no se parecía en nada a ellos.

¿Quién diablos estaba tan mal de la cabeza como para querer dejar todo lo que tenían allí y largarse a vivir en otro lugar?

¿Quién quería ser un don nadie?

Elaine había cruzado una línea muy grande que no tenía retorno y ahora debería asumir las consecuencias de sus actos tal como lo ordenaba las leyes del ducado.

Ella, como era de esperar, apoyaría a su marido y a su primogénito Lawrence en las decisiones que tomarían al respecto ese día.

De sus tres hijos, del único que se sentía orgullosa, porque era un Daniels en todo, era de su primogénito Lawrence, heredero al ducado y quien tenía más pantalones que su propio marido.

Lawrence no daba motivo de preocupación alguno, más bien, era la mente maestra que siempre tenía un plan estupendo para arreglar todo de la mejor manera para el ducado.

Era astuto y sabía cómo manejar a la gente para que hicieran lo que él quisiera.

Lo que le faltaba a Lawrence era una mujer que estuviera a su altura, pero en las diferentes conversaciones que tuvieron al respecto, Lawrence le dio a conocer a Lady Lanhill alguna de las candidatas que tenía a la vista; y según lo que ella apreciaba, todas eran fabulosas pero sobre todo dignas representantes del ducado al cual pertenecerían.

Era cuestión de tiempo antes de que Lawrence anunciara un compromiso con alguna de esas chicas que ella le agradeció el haberle dado a conocer para no ponerlas como carnada para Maxwell, su segundo hijo y quien siempre se mostró como el más débil e indeciso de los tres.

A ese debía asignarle pronto una mujer que lo dirigiera con energía, tal como lo hacía ella porque siempre notaba que Maxwell no era capaz de tomar decisiones por su cuenta y, según le parecía a ella, menos mal que no lo hacía, porque usualmente, sus decisiones podían ser nefastas para la familia y el ducado en general.

Tenía demasiada consciencia y ganas de justicia. Tal como ocurrió cuando su decrepita suegra murió y decidieron las acciones a tomar para que Elaine espabilara y se diera cuenta de que su lugar estaba allí, con su familia. Le debía su vida al ducado. Punto.

Max no estuvo de acuerdo con eso y desde entonces, estaba teniendo un comportamiento extraño.

Lo que hizo que Lady Lanhill acelerara el proceso de encontrar una mujer para él y que se casara.

Feliz o no, a ella le daba igual mientras el orden en el ducado siguiera siendo el mismo de siempre.

Como tenía que ser.

Al llegar a la escalera que la llevaba al piso inferior en donde estaba la biblioteca, vio a Maxwell salir de casa con una cesta de picnic en las manos.

Por un momento sintió que crecía la angustia en su interior porque con quién diablos iba a tomar un picnic si Lady Margaret le había llamado a ella el día antes para indicarle su malestar por el absurdo comportamiento de su hijo en la cena de beneficencia a la que ella los envió juntos.

No era la primera con la que Maxwell le dejaba muy mal parada.

Le hizo lo mismo con otras dos de las mejores candidatas que tenía.

Y ahora con Lady Margaret.

A ese ritmo, tendría que buscar candidatas en otros países.

Sintió la punzada en la cabeza que auguraba una buena jaqueca a causa de que las cosas con Maxwell no estaban bajo control.

Y no soportaba tener fuera de control a otro hijo.

Decidió seguir su camino hacia la cocina porque necesitaba saber a dónde había ido Maxwell Daniels con una cesta de picnic.

Lady Lanhill era amante de las reformas, pero le gustaba mantener algunas cosas de la

antigüedad en ellas. Así que cuando llegó a la cocina, agradeció que esta tuviera una sala de espera fuera de las miradas curiosas de todo el personal.

Se sentó en un mueble simple y llamó por el intercomunicador al Ama de llaves.

Costumbres que se negaba a romper.

Mayordomo, Ama de llaves, mucamas, sirvientas, cocineras, ayudantes.

Había cosas en un importante ducado como el suyo, que no debían cambiarse.

Mary Rose, el Ama de llaves, atendió al llamado de inmediato.

—Buenos días, Lady Lanhill.

—Buenos días, Mary Rose —la mujer esperó con atención a la petición de su jefa—. ¿Quién preparó la cesta que llevaba Maxwell ahora al salir de casa? Era una cesta de picnic —especificó porque se estaba dando cuenta de que hablaba desde la rabia y con prisas.

El Ama de llaves frunció el ceño.

—Señora, no tengo ni idea porque no había escuchado nada —el mayordomo irrumpió con respeto en la sala atrayendo la mirada de ambas mujeres—. Williams, la señora quiere saber por la cesta que llevaba el joven Maxwell esta mañana.

—Buenos días, señora —el mayordomo saludó—. No tengo idea de lo que me hablan.

—Alguien debe saberlo así que empiecen a preguntar de inmediato. ¿Está claro?

Ambos empleados asintieron con la cabeza y bajaron la mirada en silencio.

Sabían que no quedaba nada más que decir porque Lady Lanhill estaba a punto de sufrir una de sus crisis en la que arrasaba con todo lo que se interpusiera a su paso.

Cosa que ocurría cuando uno de sus deseos no se satisfacía de inmediato.

—Estaré en el estudio con mi marido y el único hijo sensato que tengo, quiero una respuesta en menos de una hora —sentenció Lady Lanhill antes de salir de allí.

¡Vaya manera de empezar un domingo con semejante disgusto!

Sacó su móvil y llamó a Maxwell pero este, como era de esperar, no respondió.

Tenía días evitándola.

No se lo iba a tolerar.

Cuando entró en el estudio, Lawrence se servía un vaso de zumo de naranja de una jarra clásica de cristal francés que reposaba en una bandeja de plata que databa quien sabía de qué fecha.

—Buenos días, madre. ¿Zumo?

—Buenos días —respondió con mala gana la mujer atrayendo la mirada de su marido que dejó lo que escribía para prestarle atención porque si no, sabía que las cosas irían a peor—. Café, negro.

Cuando Lady Lanhill tomaba café negro era porque el día de todos iba a terminar de ese color si no se buscaba una solución rápida a sus necesidades.

—¿Qué ocurre? —preguntó el duque con preocupación.

—Es inaudito esto que nos pasa —la duquesa se movía de un lado al otro de la imponente estancia, con los brazos en posiciones que iba variando según la intensidad de la impotencia que iba sintiendo.

Lawrence le dejó el café en una mesa, sin acercarse mucho a ella, sabía cuándo debía mantenerse alejado de su madre.

Ella bebió un sorbo de su bebida amarga y caliente agradeciendo que algo estuviera en su punto ese día.

Y tras un suspiro, continuó:

—No es posible que de tres hijos, dos hayan salido torcidos. ¿Qué diablos hemos hecho mal para semejante castigo?

Lawrence resopló con hastío. Estaba harto de las estupideces de Elaine como para que, ahora, Maxwell se sumara al club de la niña mimada.

—Cariño —el duque hablaba con calma y amor desde su asiento detrás del escritorio de madera maciza tan antiguo como la casa—, nada puede ser peor que lo que nos hizo Elaine. Así que lo de Max, no debe ser gran cosa.

—No consigo emparentarlo con nadie, Lawrence, y eso es un problema porque he visto cómo su actitud ha cambiado considerablemente desde que la necia de tu hija se fue. ¿O se te olvida que Max le estuvo ayudando en todo? Que la llevó a casa de su amiga Ilona y...

Unos toques en la puerta irrumpieron a la duquesa.

—Buenos días, señores.

El duque y su primogénito, saludaron con cortesía a Williams.

—Lady Lanhill, ya le tengo una respuesta —La mujer se cruzó de brazos, para escuchar con atención mientras el Mayordomo invitaba a pasar a una de las criadas—. Serena sabe de dónde salió la cesta.

—¿Y bien? —preguntó con impaciencia Lady Lanhill.

—Buenos Días, señora —la criada esperó por respuesta y al no haberla se apresuró a continuar—: El joven Maxwell, esta mañana, entró en su habitación mientras yo la arreglaba según mis deberes matutinos y me preguntó si podía conseguirle una cesta de picnic con todo lo necesario.

—¿Y no te pareció imprudente que te lo pidiera a ti en vez de pedirlo a Williams o a Mary Rose?

—No estoy para cuestionar las peticiones de los señores de la casa.

—Exacto, por eso espero que no se te olvide esta experiencia y que la misma, te llevó a quedarte sin trabajo.

Todos los hombres y la empleada abrieron los ojos con sorpresa y desconcierto.

—Pero, señora...

—Williams, encárgate o que se encargue Mary Rose y que quede muy claro que nada de lo que pida mi hijo se le concede sin antes consultarme. ¿Entendido?

—Sí, señora —respondió el mayordomo con cautela y le indicó a la sirvienta que salieran de ahí de inmediato dejando a los señores de la casa, solos de nuevo.

—¿No crees que te excediste? —El duque vio con diversión a su mujer—. Haz podido esperar un par de días y echarla luego.

—Las humillaciones a veces ayudan a no repetir ciertas cosas, me parece bien lo que hiciste, madre —le sonrió a la duquesa.

—Ya lo dije antes, gracias a dios que tenemos un hijo sensato.

—Bueno, seamos tres personas con cabeza dentro de este ducado y pensemos en las consecuencias que deberá pagar Elaine por sus actos, quizá si le damos un buen susto, o una humillación como dice Lawrence, podríamos hacer que recapacite y vuelva.

—Podríamos usar la mención del destierro. Sería legal incluso si decidimos tomarlo en serio.

El duque se quedó pensando unos segundos.

—No es mala idea, hijo.

—Vamos a ocuparnos de Elaine primero, y luego, discutiremos sobre Max —Lawrence anunció viendo a su madre—; si se fue de picnic, no volverá hasta esta noche.

—O hasta mañana —el duque le puso un poco de sarcasmo para hacer arder la ya incendiada rabia de su mujer que lo fulminó con la mirada—. Todo lo arreglaremos, cueste lo que cueste, como siempre hacemos en esta familia.

La duquesa se sintió más tranquila y allí, mientras escuchaba a su esposo e hijo discutir las cláusulas del ducado y el asunto del destierro, la forma en la que podía asustar o humillar a Elaine; la mente de la duquesa quedó en silencio, disponible para armar las piezas de algunas casualidades que no había notado antes.

Y que todas, llevaban a una persona.

Ilona Davies.

Se lo mencionó Margaret cuando le llamó para quejarse de la mala noche que le hizo pasar Maxwell al encontrarse con esa mujer.

Ahora, un picnic misterioso.

La evasiva de Max a enfrentarla y darle una clara explicación por su comportamiento con Lady Margaret.

Si Maxwell se estaba viendo con Ilona, era el momento de poner un gran plan en marcha para quitarla de en medio porque no iba a permitir que una mujer cualquiera, entrara a formar parte de su prestigiosa familia y del ducado que, con tanto celo, debían cuidar.

Capítulo 6

Max llegó antes de lo previsto a la cita de ese día.

Se sentía tan nervioso como la primera vez que estuvo frente a la Reina.

Aunque admitía que, aquella vez, los nervios solo eran a causa de la presión por el protocolo a seguir para no dejar en ridículo a nadie de la familia.

Esa mañana en la que el sol le estaba haciendo todo más fácil, porque una cita como esa sin sol no habría tenido sentido, los nervios eran a causa de la mujer a la que citó allí.

Ilona.

Es que nada más nombrarla sentía una especie de vértigo que lo dejaba en un estado poco común en él.

Algo que parecía como... ¿alegría?

¿Emoción?

Era tan rara la sensación y tan adictiva que Max quería seguir experimentándola.

Quería descubrir qué otras emociones despertaba ella en él porque la noche anterior tuvo que hacer un esfuerzo inmenso por no besarla y llevarla a la cama al minuto dos de besarla.

La proximidad de ella cuando estuvieron en la cocina, las ganas de abrazarla, el aroma de esa mujer enloquecía a su sistema nervioso.

Y le gustaba.

No había podido dormir, de nuevo, porque tenía el aroma de ella impregnado en su piel, la dulzura de su voz grabada en los pensamientos que se dedicaron a repasar cada minuto de la cena que vivió con ella.

Se dedicó a estudiar su comportamiento una vez más y no podía negar que quería seguir avanzando, porque Dios sabía que Ilona se estaba enraizando con fuerza en su interior y él no estaba poniendo de su parte por mantener las cosas de forma casual con ella.

Parecía que todos esos años en los que en silencio se sintió atraído por ella, estaban tomando el control y no le dejaban razonar con claridad en cuanto al futuro de ambos se trataba.

Solo quería sentir, reír, disfrutar a su lado.

Lo demás, lo iría solucionando en el camino.

Quizá le seguiría la corriente a su madre con un par de citas más y luego le diría que no más. Que él estaba viendo a alguien y que no quería salir con nadie más que esa chica.

No le diría de quién se trataba para ganar tiempo.

Sí, eso haría porque se negaba a pensar en dejar de ver a Ilona. En volver a sentirse infeliz y miserable como hacía unos días.

Buscaría la forma de que su madre y su padre aceptaran a Ilona y le dejaran a él tranquilo dentro del ducado.

Tenía esperanza de que esa idea pudiera llevarse a cabo.

Vio a Blaston House pequeña en la distancia, la magnanimidad de esa casa era motivo de orgullo para él.

Aunque fuese malo con las fechas, se sabía la historia que habitaba en esas paredes, le gustaba sentir que pertenecía a ese lugar y que un día, su descendencia hablaría de él a las nuevas generaciones tal como lo hicieron sus abuelos a su padre y este a ellos.

Extendió la manta de cuadros sobre la hierba y se sentó. Todavía tenía tiempo para meditar acerca de todo lo que ocurría con ellos, con Ilona y él.

Tampoco iba a darle mucha vuelta al asunto porque no quería caer en el absurdo arrepentimiento y miedo al fracaso dentro del ducado.

Cada vez que llegaba a ese pensamiento, hacía tambalear todo lo que planeaba con Ilona.

Sonrió como un niño que planea una travesura.

Porque en cierto modo, lo estaba planeando así.

Una aventura con ella que sería la mejor travesura de su vida.

Ilona era una brisa fresca, natural y maravillosa que le daba más color y definición a todo a su alrededor.

La conversación que mantuvo con ella la noche anterior le inyectó fuerzas para continuar con todo lo que sentía en su interior hacia ella; la chica usó palabras que nadie le había dicho antes.

Le importaba lo que él quería y ese interés nadie se lo demostró en su familia. O alguna otra chica con la que hubiera salido.

Ellas solo se interesaban en el dinero, el status o el sexo casual.

Ahora entendía a Elaine cuando hablaba de sentir que importaba para una sola persona en el mundo y que esa persona ya no estaba para su hermana.

Bueno, no estaba para ninguno de ellos.

Su abuela Ella.

¿Habría sido igual con él si hubiese tenido más contacto con ella?

De seguro que sí porque Ella Daniels tenía un corazón inmenso y una sencillez maravillosa.

Siempre le pareció tonto ese pensar por parte de su hermana. Creía que sus padres eran estrictos pero que entendían bien a sus hijos y cuidaban sus intereses.

Eso era todo.

Un poco inocente, la verdad.

Ahora, que lo experimentaba en carne propia, entendía bien el significado de todo lo que Elaine siempre mencionaba.

Tampoco él se detuvo a preguntarle alguna vez qué quería ser, quién quería ser.

Si era feliz.

Quizá porque tenía asumido el futuro de todos dentro del ducado con la responsabilidad endosada al nacer en la familia Daniels. Y también, porque creía que Elaine lo único que deseaba era llevarle la contraria a sus padres como hacían todas las chicas.

Cuando Ilona le pidió que se imaginara una vida como un ser humano normal y corriente, su imaginación dio para tanto.

Algunas cosas parecían locas y absurdas; otras se sintieron tan bien con solo imaginarles que, aun mientras intentaba conciliar el sueño después de tan intensa velada con Ilona, si dio cuenta de que esas «locuras imaginarias» no serían tan difíciles de llevar a cabo por muy locas que le parecieran a él.

Entonces llegó a darse cuenta de algo aún más importante, dentro de esa vida imaginaria que le pareció perfecta, entendió que la quería a ella a su lado.

A Ilona.

No importaba el cómo ni el cuándo, pero que ella estuviera.

Que existiera tan real y alegre como era en la vida real.

Recordó el momento entre ambos cuando él tomó la mano de ella y la misma Ilona le confirmó que, para ella, ese gesto estaba bien.

Fue un gran paso para él porque hasta ahí fue que pensó en todo el asunto casual que iba a

proponerle y más bien, apostó por hacerle caso a sus sentimientos dejando que le guiaran.

No se equivocó y esperaba que no se equivocaran porque no se perdonaría a sí mismo si llegaba a lastimarla.

Un pájaro se detuvo frente a él y dio pequeños brincos como si quisiera hacerse notar.

Max sonrió con alegría, y no pudo concentrarse mucho más en el ave porque Ilona capturó sus pensamientos de nuevo.

Le encantó verla explicándole el funcionamiento del lavavajillas.

Era una mujer auténtica y divertida.

Inteligente. Arriesgada.

Decidida.

Después del abrazo en el que ambos se fundieron, ella intentó poner distancia con el asunto del aparato y el supuesto curso que le debía, que por cierto, debía inventarse más cursos de esos porque la verdad era que le encantaba verla hablar y sobre todo, ver cómo los nervios en ella afloraban haciéndole sentir que todo va en el camino correcto.

Que ambos están en sintonía.

A pesar de que una parte de él pensaba aun que debían ir por lo casual.

A esa parte de él debía ser exterminada definitivamente porque no quería ser racional.

Se sintió bien siguiendo a sus emociones la noche anterior, entonces por qué no iba a seguir ese mismo camino.

Por eso le envió a ella un mensaje temprano, aun no salía el sol, para citarla en ese picnic que se le ocurrió de pronto como excusa para seguir manteniéndola a su lado.

Además, necesitaba besarla.

Le urgía.

Quería saber si sus besos tenían esa energía tan característica en ella.

Quería saberlo todo de ella.

Y tendrían todo el día para averiguarlo. Pensaba pasar todo el día junto a ella.

Escuchó un coche acercarse.

Se levantó y esperó a que Ilona se detuviera.

Caminó hacia la puerta y la abrió. Ella le sonrió y debía confesar que lo desarmó con esa simple acción.

¿Cómo una sonrisa podía hacer tanto?

Extendió la mano para ayudarle a salir.

Ilona lo abrazó y él, no iba a perderse la oportunidad que ella misma le daba.

La rodeó con sus brazos y se sintió bastante atrevido como para dar otro paso importante y apenas cuando lo pensaba, ella se elevó un poco más en la punta de sus pies rozándole los labios.

Max sintió un estallido en su interior y quiso protestar porque se había perdido de ese instante arrebatado que ella guio dejándole descolocado.

Ahora se preguntaba ¿cómo era que un roce de labios podía hacer tanto?

Eso no fue lo que coronó el momento.

La mezcla de timidez y osadía que se marcó en el rostro de Ilona fue tan, tan, perfecto, que Max no pudo encontrar comparación con algo previo que hubiese visto en su vida.

No había.

Nada se comparaba a esa mirada atrevida y avergonzada que ahora, a causa de los nervios y de su sorpresa, querían ver hacia mil sitios diferentes al mismo tiempo.

«¡Reacciona, idiota!» se dijo a sí mismo pero ella, otra vez, fue más decidida y se separó de él con rapidez caminando hacia la manta.

Se colocó las manos en la cintura.

Tenía puesto los vaqueros que no parecía quitarse y una camiseta blanca que parecía haber sido usada por años.

Dejaba ver la lencería que sujetaba sus senos.

Fue la primera vez que Max dejó que sus ojos vagaran por la zona y le gustó lo que vio. Lencería provocativa y unos senos que le hicieron la boca agua.

Se acercó a ella y metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

Ella lo vio de reojo.

A los pies de ambos, se alzaba Blaston House.

—Veo que no entendiste el concepto de picnic —ella rio divertida mientras le daba un tirón a los pantalones de él—. Max, vas a morir de calor con esto. Al menos te pusiste un polo.

—Bueno, mejor eso que tus vaqueros. ¿Son los mismos que los de anoche?

Ella lo vio divertida.

—Y los mismos que he usado los últimos cuatro días porque son mis favoritos.

Max no pudo evitar sonreír de lado.

—La próxima vez vendré en pantalón corto.

—La próxima vez, llevarás un bañador y muchas ganas de comer carne porque haremos una barbacoa en casa de mi padre y tu vendrás conmigo para vivir una vida normal.

Max frunció el ceño aunque la idea de vivir una vida normal le sonó bastante atractiva.

Ella volvió a tomarlo por sorpresa pasando su brazo alrededor de la cintura de él y recostando su cabeza del hombro de Max.

Ni corto ni perezoso, le respondió de la manera apropiada y su brazo acabó al rededor del cuello de la chica.

—Esta vista es maravillosa. Nunca había estado aquí —la sorprendió, podía escucharlo en su voz—. Pero vas a divertirte más con mi padre.

Se puso en puntillas y le dio un beso en la mejilla.

¿Cómo podía ser tan rápida?

Parecía un hada de cuentos infantiles. De esas que revolotean de aquí a allá y tu nunca la ves en tiempo.

Caminó hacia su coche, abrió el maletero y sacó un sombrero que se colocó de inmediato.

Un alta voz y una neverita portátil.

—Te dije que no necesitábamos nada.

—No veo nada que mantenga fresca el agua y pronto lo necesitaremos —sonrió con diversión observando a su alrededor—. Cuando necesitemos ir al baño, tu irás por allá —señaló algunos arbustos alejados—; y yo, allá —señaló otra sección parecida en un extremo opuesto.

Él la vio con confusión.

—¿No pensaste en lo de los baños, cariño? Hay que pensar en todo cuando vas de picnic a un lugar como este. ¿O es que vamos a ir a Blaston House cuando nos cansemos de estar aquí o cuando necesitemos del baño?

Max entendió el mensaje.

Ella no era estúpida. Solo que no esperaba que abordara el tema tan pronto.

—Ilona, si para ti esto es...

—¿Qué es esto, Max?

Ella se cruzó de brazos frente a él observándolo con gran seriedad.

—No lo sé, todo esto —movió los brazos sin control dejando salir los nervios acumulados y escuchaba a su voz salir como si fuera un pato que lo están persiguiendo para darle caza y está

pidiendo ayuda—: es nuevo para mí y lo peor es que...

—¿Qué?

—Que me gusta, Ilona, me gusta. Tú, me gustas —Eso. Lo había dicho en voz alta y se sentía tan bien. Tan liberador.

Ella le sonrió traviesa.

—Eso ya lo había notado —Se veía tan segura. ¿Sería eso bueno? Considero que sí—. El problema desde ayer, y la razón por la cual no pude dormir y estuve toda la noche trabajando en el taller perdiendo material porque no tenía cabeza para concentrarme en lo que hacía, es que quiero saber en dónde estoy parada y a qué voy a tener que enfrentarme.

—Totalmente lógico —admitió.

—Es por eso que sí, me gusta que me propongas que vayamos despacio tal como lo mencionaste anoche y quiero que entiendas que vaya despacio o con prisas, hace mucho años que tengo sentimientos por ti —estaba descubriendo que le abrumaba un poco lo directa que era pero a la vez, le gustaba—; y a estas alturas, me muero porque me beses y me digas si esto solo va a ser para pasar el rato o vamos a ir contra viento y marea porque si es lo segundo, Max, tu madre...

Max dio un paso al frente respondiendo a todas esas emociones que se aglomeraron en su interior y le dio un tirón por un brazo sorprendiéndola, prometiéndose a sí mismo darle más sorpresas de esas porque le encantaba su expresión.

La atrajo por completo a él colocándole la otra mano detrás del cuello.

Esa mirada de ella podía descomponerlo en la mejor de las formas.

No se cansaría de verla tan cerca porque sentía que podía escudriñar en lo profundo de sus ojos descubriendo tanto de ella.

Tanto.

Su pulgar acarició la mejilla de la chica y el aliento de ella salió como una ligera exhalación que lo avivó más.

Se acercó haciendo que sus labios rozaran los de ella, levantando chispas entre ambos estando conscientes de todo lo que ocurría y no como cuando ella lo sorprendió al llegar.

Dios, si ya estaban así y apenas empezaba el día, no quería saber cómo diablos iba a hacer para mantener a raya las ganas de comerse el uno al otro el resto del día.

«Tal vez no hay que aguantarse, no necesitas de tus formalismos con ella»

Sería un proceso duro para Max entender que la vida junto a Ilona era espontánea.

Ella colocó las manos sobre el pecho de él y Max sintió su corazón responder al amparo de esa mano con latidos rápidos.

Ella seguía esperando por su respuesta.

«Respondele, ahora», se ordenó.

—¿Llevas a casa de tu padre a tus encuentros casuales? —La mirada de ella se iluminó. Estaba esperando la respuesta que él iba a darle de haber hecho caso a su lado racional, pero no era eso lo que quería y ahora lo sabía con certeza. Siguió hablándole en susurros, rozando sus labios, despertando cosquillas que no tenía idea de que pudieran existir—. A mi madre tendremos que introducirle la idea poco a poco —se acercó más a ella, si aquello era posible sin estamparle un gran beso—. Y yo también me muero por probarte —ambos sonrieron.

La besó.

Ella no esperó por permisos previos, simplemente se entregó a él dándole acceso total a cada rincón del interior de su boca que Max la notó dulce, húmeda y decidida.

Su lengua conocía el ritual y estaba seguro que él tendría un hechizo único para hacerla bailar de ahí en adelante, porque ambos quedarían unidos por sentimientos que siempre estuvieron ahí y

que solo en ese momento, estaban siendo capaces de despertar y sentir.

Capítulo 7

—Finalmente te dejas ver por aquí —sentenció el duque de Lanhill en cuanto Max entró en el estudio.

Estaba solo y lo agradeció porque no tenía ganas de responder al interrogatorio de su madre, a la que estuvo evitando desde el día que regresó del picnic.

—Estuve ocupado con algunas de las obras benéficas del ducado y he llegado tarde a casa.

El duque lo voy por encima de las gafas y su mirada no era buena.

Max lo ignoró y fue directo al grano, para decirle lo que tenía que decirle sobre la fiesta que estaban próximos a llevar a cabo y que era uno de los eventos de caridad más importantes que organizaban dentro de Blaston House.

Después de que Max puso al tanto de todo al duque y antes de que tuviera la rapidez de levantarse para irse, su padre, que lo seguía observando con reprobación le dijo:

—Tu madre está algo preocupada.

—¿Qué le ocurre? —Max no iba a ser tan tonto de delatarse de esa manera.

—Tu debes saberlo. Eres el que ha estado comportándose extraño desde el mismo instante en el que decidimos cómo tratar a tu hermana para darle un escarmiento...

—Que no ha funcionado, por si no lo notaste —respondió a la defensiva porque le disgustó sobremanera que le tocaran ese tema.

—De tu hermana hablaremos en un momento junto a tu hermano y tu madre —Max trató de protestar, su padre lo impidió—. No quiero peros ni excusas de faldas. Y menos, si esa falda no merece que te fijas en ella.

Max sintió que la sangre se le subía a la cabeza.

Sin embargo, le faltó fuerza para enfrentarse a su padre.

—Supongo que te enteraste de que tu madre despidió a la criada que te preparó la cesta para tu misterioso picnic —Ahora Max se sentía como un completo idiota porque pensó que solo había sido rotación de personal como solían hacer cada cierto tiempo—. ¿A dónde fuiste y con quién?

—No voy a discutir eso, padre. No tengo por qué hacerlo.

—Tienes y debes, porque parece no tener buen juicio para elegir mujeres.

Max respiró profundo.

—Padre no voy a permitir que...

La duquesa y Lawrence interrumpieron con su entrada al estudio.

Ambos le ignoraron, por lo que su padre dijo las palabras finales:

—Tú vas a permitir lo que yo decida porque si no, va a ocurrirte lo mismo que a Elaine; con la diferencia de que no voy a amenazarte, te saco de una maldita vez del ducado porque te estás convirtiendo en un problema como tu hermana y no voy a permitirlo.

Su madre, airosa, se cruzó de brazos observándole retadora.

—¿Cómo está Iona? —Max se sintió nervioso.

¿Cómo era que podía pasar de la valentía de querer arrasarse con el mundo entero a ese estado que parecía un perfecto blandengue?

Respiró profundo buscando esa valentía en su interior. La misma que se le escabullía de vez en cuando, haciéndole pensar que era una perfecta locura desear irse del ducado.

Notó entonces que si no aparecía pronto la valentía, podía valerse de más detalles para convertirse en un ser humano racional que se da cuenta de que su familia, esa de la que le daba miedo desligarse, no era buena.

Y él no quería ser como ellos.

—Bien, madre, gracias —su voz salió segura y tajante de su garganta. Su madre hizo ese gesto irónico con la mirada y la ceja que elevaba al cielo cuando se decía a sí misma de que sus sospechas eran ciertas.

Todos negaron con la cabeza, mas nadie dijo nada más. Lo que le produjo incomodidad a Max porque ese silencio, a futuro no iba a traer nada bueno.

No quería hablar más del tema, no tan pronto.

—En fin —Lawrence rompió en tenso silencio que se creó en la sala—, yo confío en que mi hermanito tomará la decisión correcta. Ahora nos interesa Elaine. ¿Padre?

—Sí, hemos convocado a esta reunión familiar porque he tomado una decisión con respecto a Elaine: me pasé toda la tarde hablando con los abogados y puedo perfectamente sacarla del ducado porque ha estado teniendo contacto con Gordon.

—Padre, no te atreverás... —Max quedó en silencio después de ver la mirada crítica y perversa de su padre.

—Empezaré con una amenaza y si no, pues enviaré un comunicado oficial, llevando a cabo, por supuesto, la medida que estoy tomando.

Max negó con la cabeza. No podía creerse que fueran a ser capaces de tanto.

Frunció el ceño.

—Madre, ¿no te da pena hacerle eso a tu hija?

—¿A ella le dio pena aceptar ayuda, de la familia que más odiamos, como una condenada indigente? Creo que le estamos pagando de la misma manera. Es algo justo.

Lawrence sonrió con malicia.

Maxwell pensó en que esa gente que tenía ante él, no estaba bien de ninguna manera.

Se sentía en una de esas películas en las que de pronto se revelan cosas que no podías haber imaginado.

¿Cuándo se volvieron tan crueles?

¿O cuándo estuvo tan ciego para no darse cuenta de que siempre habían sido así?

Y nada podía hacer para cambiarlos.

El duque y quien firmaba las decisiones que se tomaban era su padre no él.

—Por favor —insistió haciendo lo único que estaba a su alcance que era ser la voz de alarma para que reaccionaran y se dieran cuenta de que el odio en contra de los Gordon, iba a arrasarse con una Daniels. Con su propia hija, pensó viendo a los ojos de sus padres y hermano con suplica—: reconsideren...

—Votos a favor —interrumpió su padre; y Lawrence, su madre y el duque levantaron la mano. Luego el duque lo vio con mirada incrédula—. Supongo que tu voto es en contra.

—¿Y tu que crees? No sería capaz de hacerle algo así a Els. Es mi hermana y esta, es su casa.

—Es una traidora —mencionó con asco Lawrence.

Max negó con la cabeza sin dar crédito a lo que escuchaba y veía ese día.

Era una vergüenza ser parte de algo así.

Los vio a todos con asco, el mismo que Lawrence le dedicó minutos antes; se levantó del asiento y se encaminó a la salida.

—Maxwell —llamó su padre y se detuvo; manteniendo su posición, dándole la espalda—. Que no se te olvide que lo que se decide en estas sesiones, es bajo absoluta confidencialidad y que tu

nueva amante no puede enterarse porque estarías quebrantando nuestra ley.

Max apretó los puños con fuerza. Necesitaba estrellarlos contra algo.

No dijo nada.

No había más que decir por lo visto, así que en cuanto su padre reanudó la conversación con sus cómplices, Max siguió su camino y salió de ahí directo al gimnasio porque iba a moler a golpes a la bolsa de boxeo.

—Es cuestión de tiempo de que la prensa los vea juntos y levanten algún tipo de historia con ellos —Lady Lanhill, conocedora de los chismes de la aristocracia, sabía cómo funcionaban los reporteros que merodeaban a la gente de su círculo a la espera de una de esas noticias que daba de qué hablar.

—Y cuando eso ocurra será el momento oportuno de una misiva oficial, padre.

—No me hace falta la nota de presa porque el detective que envié a investigar ya los ha visto juntos en situaciones comprometedoras y con eso me basta. Me da igual si Elaine se revuelca con mil hombres, no soy un hombre chapado a la antigua, pero no con un maldito Gordon. Eso no lo voy a permitir.

—¿Qué haremos con Max? —Lady Lanhill tenía ganas de reconducir la vida de su hijo antes de que fuera demasiado tarde y se quedaran sin control como ocurría con Elaine.

—Nada —Lawrence la vio con sinceridad—. Madre, vete a jugar Bridge con tus amigas, a un spa o manda a traer algo asombroso para la fiesta de caridad que tendremos así tus amigas dirán que eres la mejor en cuanto a la organización de fiestas; con Maxwell, no hagas nada. Mientras más te empecines, peor será su actitud.

—Opino lo mismo que Lawrence, vas a ser un buen sucesor, hijo —el heredero se hinchó de orgullo y se le afilaron los dientes al pensar en tener el poder de todo que eso era lo que quería en ese mismo momento de su vida.

La duquesa negó con la cabeza.

—Es un error, insisto. Seguirle la corriente lo que hará es empeorar las cosas entre ellos. Maxwell no es el mismo títere de siempre. Parece resistirse a nuestros movimientos.

—Como te lo dije hace unos días, cielo —el duque la vio con severidad—: un hijo a la vez. Primero, Elaine, que es la que en peor posición nos tiene; luego, veremos qué haremos con Maxwell y la hija de Fred Davies.

Maxwell llegó a su habitación con un dolor insoportable en la mano.

Insoportable.

La tenía hinchada y estaba seguro de que llegó a lastimarse golpeando a la bolsa de boxeo.

Se metió en la ducha para darse un baño reconfortante aunque no se le quitó la rabia y la agonía que tenía en su interior por querer mandarlo todo a la mierda.

Esa noche, su familia se había excedido con creces y después de lastimarse decidió que no iba a intervenir más en las votaciones fueran o no para Elaine.

Porque sería el único que iría en contra de todos los demás.

No había caído en la cuenta de que en cada consenso familiar a lo largo de su vida, cedía ante la presión del resto de los participantes de la casa.

No quería que se le tratara como trataban a Elaine que participaba poco en esos consensos porque iba en contra de ellos, por lo que dejaron de hacerle partícipe, al igual que a su abuela.

Vio la cama arreglada esperándole y pensó en la criada que su madre echó por su culpa.

Pensaba él que lo hizo todo como debía y resultaba que su madre siempre estaba un paso por

delante.

Le habría visto salir y por eso investigó.

Quizá si le hubiese dicho que iba a un picnic, la chica habría conservado su trabajo.

Pobre, sentía gran culpa.

Por fortuna, conocía los datos de ella porque tenía acceso a los archivos del personal del ducado por lo que podría enviarle un cheque de compensación y agradecimiento por todo lo que hizo y aguantó por él.

Incluso redactaría una referencia de trabajo impecable para que pudiera conseguir un buen trabajo en otra casa importante.

Aunque de seguro su madre se había encargado de hacerle una carta deplorable que manchaba el trabajo de la chica.

Él vería cómo arreglarlo en los próximos días.

Movió la mano de nuevo y no pudo evitar quejarse.

Tendría que ir al hospital.

No estaba seguro de poder aguantar hasta el día siguiente.

Se vistió con lo primero que encontró, tomó las llaves de su coche y salió de la casa como alma que llevaba el diablo.

Parecía que la bolsa de boxeo no surtió efecto en lo más mínimo.

Condujo hasta el hospital más cercano.

Antes de bajarse, su móvil sonó.

Respondió sin ver quién llamaba.

—¡Hola! —Varias emociones se arremolinaron en el interior de Max tras escuchar la voz de Ilona—. ¿Max?

Se mantuvo en silencio un par de segundos más porque el remordimiento de consciencia no iba a dejarlo en paz los siguientes días con respecto a lo de Elaine y todo lo que su padre le dijo sobre Ilona.

—¿Max?

—Hey

No sabía cómo afrontar todo aquello pero de seguro encontraría la manera porque después de esa noche no quería seguir perteneciendo a un ducado que estaba lleno de víboras que atentaban contra sí mismas si alguna no estaba de acuerdo con las demás.

Eso no era una familia.

Definitivamente su felicidad, no estaba allí.

—¿Max, qué ocurre?

No podía decirle.

—Nada grave, estoy en el hospital.

—¡¿Qué te pasó?!

—No te alarmes, estoy bien —sonrió con dulzura porque se le hacía adorable saber que ella se preocupaba de verdad por él—. Estaba en el gimnasio y golpee de más la bolsa de box. Creo que tengo una fisura.

—¿En qué hospital estás?

—No hace falta...

—Max —Ilona no iba a dejar de insistir, así que Maxwell respiró profundo y cedió a su petición—. Estaré ahí tan pronto como pueda. Estoy saliendo de casa.

Colgó y Max no se bajó del coche.

Se quedó allí pensando.

Sus pensamientos se intensificaron tanto que el dolor de su mano se hizo casi imperceptible.

¿Cómo era que seguía siendo tan fiel a una familia de desquiciados?

No podía negar que el asunto del respaldo del patrimonio era muy importante para él, tanto como poder tener libre acceso a la mole en la que viva y que tanto le gustaba.

Le habría gustado tener un área de la casa para él y su futura familia.

Por cómo iban dándose las cosas, eso no iba a ocurrir.

Le dejarían tranquilo por un tiempo, sabía los pasos a seguir de Lawrence quien tenía una mente retorcida la gran mayoría de las veces, sobre todo cuando se trataba del puesto que heredaría.

Después de esa noche no le quedaba duda de que su hermano era capaz de cualquier cosa por tener el poder que tanto anhelaba.

Si él fuera su padre, el actual duque, tendría cuidado de Lawrence porque...

Negó con la cabeza.

Sentía que exageraba y a la vez, sentía que pensaba lo justo con respecto a ellos.

Los caprichos de su madre, las conveniencias sociales, las imposiciones de su padre. La estúpida lucha casi a muerte que tenían con los Gordon desde hacía no sabía cuánto y las ansias de poder de Lawrence.

Se le pusieron los pelos de punta al darse cuenta de que si se quedaba con ellos, cumpliendo los deseos de ellos, nunca sería tan feliz como lo era con Ilona y la verdad era que no iba a necesitar de un respaldo económico enorme porque Ilona no pertenecía a su clase social y no era una mujer como su madre.

No necesitarían vivir en una casa enorme, ni tener grandes lujos.

Le parecía que las cosas se estaban dando a una velocidad que le asustaba pero quizá todo lo que ocurría era para que espabilara de una vez y empezara a tomar las riendas de su vida.

Tal como hizo su hermana.

Su pobre hermana que no podría entrar nunca más a ningún lugar que perteneciera al patrimonio del ducado.

Aquello le parecía demasiado. Le negaban el acceso a sus raíces, a su historia, a su familia.

«Por dios, Max, quien quiere visitar a una familia así» pensó «¿Acaso necesitas más de lo que te demostraron esta noche para cerciorarte y no sentirte tan mal hijo?»

Tenía que pensar bien cómo iba a disimular el asunto de la confidencialidad con Ilona.

Aunque no le importaba ya nada de los Daniels y el patrimonio, no se atrevía a ser expulsado tan pronto. Mientras más tiempo ganara para arreglar su vida fuera del ducado, mejor y más preparado estaría para afrontar todo lo que iba de la mano a esa nueva vida que quería tener.

Tenía que estar bien preparado porque tenía que demostrarle a Fred Davies que era un hombre responsable y que a Ilona nunca iba a faltarle nada a su lado.

Negó con la cabeza de nuevo.

—¡Por dios, Max, la besaste hace tres días y ya piensas en casarte con ella. Estás peor de lo que crees! —murmuró entre divertido y asustado al bajarse del coche.

Capítulo 8

—Ponte cómodo —Ilona ayudó a Max a acomodarse en la cama.

Después, la chica caminó hasta la ventana y cerró las persianas para evitar que, al amanecer, la claridad del día interrumpiera su descanso.

Estaba nerviosa, no podía creerse que tenía a Max en su casa y que dormirían juntos. No era así como se imaginó ese momento entre ellos.

Desde el día del picnic, no pudieron verse de nuevo.

E Ilona temía que Max se debatía en su interior por saber cómo actuar de la manera apropiada en cuanto a ellos.

Era demasiado correcto.

Cosa que adoraba en él pero que, a su vez, le ocasionaba preocupación porque ese temor que llevaba en su interior desde que Max le dejó ver lo que sentía por ella, no se iba y estaba muy relacionado a lo correcto que podía llegar a ser él.

Temía que, si su familia lo ponía en una posición comprometida, acabaría cediendo a ellos y dejándola a un lado.

En cierto modo, Ilona no dejaba de estar preparada para cuando llegara ese día.

A pesar de todo, se dijo que iba a disfrutar de cada beso, palabra y mirada cariñosa que Max le dedicara.

Lo iba a disfrutar, todo lo que durara y después, pues ya vería qué haría después.

Se sentó en la cama a su lado y lo vio sonriente.

La mano vendada. No había llegado a ser una fractura, por lo que la médico de urgencias que le atendió, le inmovilizó el brazo por unos días y dio medidas específicas para que sanara pronto.

Ella se encargaría de cuidarlo.

—Traeré los calmantes y un vaso de agua.

Cuando iba a levantarse, Max tiró de ella con la mano sana y se dio la vuelta.

—No vayas a ningún lado, ven —se acomodó para que ella se acurrucara a su lado.

Los nervios de la chica se dispararon como si aquella fuese la primera vez que estaba con un hombre.

Hizo una inspiración fuerte y él la abrazó con más fuerza.

—Gracias por ir al hospital. Por no hacerme caso.

Ella sonrió divertida.

—No podía dejarte solo —Levantó la cabeza para verlo directo a sus ojos que tenían una mezcla impresionante de colores. Ilona recordó aquel viaje con su padre por la sabana africana, en donde predominaba el amarillo y los tonos tierra. Así eran los ojos de ese hombre que la veía como nadie antes la vio.

Eran extraños, cautivadores y se dio cuenta de que hablaban por sí solos.

Si se fijaba bien, podía deducir lo que estaba pensando Max. Notó como pasaba de la ternura a la pasión en segundos.

Sonrió entre nerviosa y divertida.

Le dio un beso en los labios que él aprovechó para acentuar, explorar y despertar la lujuria entre ambos.

—Deberías descansar.

—Lo estoy haciendo —la vio divertido—. Esto es muy terapéutico.

Ella sonrió avergonzada.

Definitivamente se sentía como una adolescente inexperta a punto de perder la virginidad.

Estaba con Maxwell Daniels, el hombre con el que fantaseó tantas veces, a quien quería con ilusión, y en secreto, desde que empezó a verlo con ojos de mujer.

Y sus fantasías se estaban haciendo realidad a una velocidad que le producía vértigo porque no entendía cómo era que estaba pasando todo eso entre ellos.

Max le acarició el rostro.

—¿Te preocupa algo? —Ella negó con la cabeza—. Entonces, ¿qué piensas?

—En que esto no se parece en nada a lo que me imaginé contigo desde que era una adolescente.

Él abrió los ojos sorprendido e Ilona vio fascinación en su mirada.

—¿Y qué imaginabas?

Ella se acostó sobre su espalda, observando la lámpara sencilla y moderna que colgaba del techo.

—Algo más elaborado y por supuesto, todo el mundo con sus manos sanas.

Maxwell rio por lo alto.

—Estoy en perfectas condiciones y mi mano sana puede trabajar por la otra también —volvió la cabeza para verla y ella, al sentir el movimiento, lo imitó—. ¿Cómo es que desde adolescentes hemos podido guardar esto que nos atrae?

Ella levantó los hombros como si le diera a entender a él que no tenía ni idea pero claro que la tenía.

Y su propia espontaneidad la traicionó.

—Quizá ambos estábamos más claros antes entendiendo que yo no tengo cabida en tu mundo.

—No «tenías» cabida, porque ahora estás y nadie va a sacarte de ahí.

Ella asintió pidiendo en su interior porque así fuera, ya que si ocurría lo contrario iba a tener que comprarse litros de pegamento para poder recomponer las fracturas en su corazón.

Le dolería como el infierno.

«Basta» pensó.

Le sonrió a Max que colocó la mano sana encima de su abdomen, debajo de la camisa de ella.

El contacto de la mano de Max en su vientre fue electrizante y su cuerpo reaccionó a aquella caricia al instante.

No dejaron de verse mientras él avanzaba por el torso hacia el norte.

Hacia donde los senos de la chica reclamaban atención.

Y para cuando llegó allí, ella ya estaba al tope de las revoluciones, dispuesta a entregarse en cuerpo y alma al hombre que le había arrancado suspiros desde hacía tantos años.

En el juego previo de la seducción, Ilona entendió que Maxwell Daniels siempre sería el dueño de sus suspiros, sus ilusiones de amor... el dueño de su corazón.

Max despertó sonriente.

¿Alguna vez despertó de esa manera?

Sin sentir la presión de tener que estar listo y presentable antes de la hora impuesta por su madre para sentarse a desayunar con la familia como correspondía hacer según las normas de la aristocracia.

Se vio la mano.

Dolía pero un poco, nada más.

Se dio cuenta de que no solo despertó con una sonrisa, sino que, además, durmió como tenía muchísimo tiempo que no lo hacía.

Se sentía renovado.

Energizado.

Oh sí que estaba energizado.

Sonrió al sentir la erección matutina y la urgencia de repetir lo que estuvieron haciendo Ilona y él hasta altas horas de la madrugada.

Era definitivo, ella lo seducía en todos los sentidos y él no tenía ningún problema con eso.

Se dio la vuelta en la cama, Ilona no estaba.

Frunció el ceño porque no iba a poder satisfacer sus necesidades eróticas matutinas.

Resopló y se levantó para ir al baño y asearse como era debido.

Tuvo cuidado con la mano afectada mientras se duchaba y vestía con la ropa que traía la noche anterior.

Eso le llevó a pensar en que debería volver a casa ese mismo día.

Aunque odiaba pensar en eso.

No quería volver.

Sacudió los pensamientos negativos de su cabeza, no era el momento.

Sonrió al ver que Ilona le dejó un cepillo de dientes nuevo encima del lavabo.

Cuando estuvo listo, se vio al espejo.

Y notó la tranquilidad de su mirada.

Estaba relajado a un punto que desconocía y que no quería dejar de experimentar.

Se dio la vuelta, salió de la habitación encontrándose con una cama revuelta, sábanas arrugadas, las persianas aun cerradas.

Así era la vida real, sus pensamientos llegaron junto al sentido común que le decía que era el tiempo adecuado de empezar a hacer cosas por cuenta propia.

Abrió las cortinas y apareció la luz natural invadiendo la habitación.

Lamentó que las vistas no fuesen como las de Blaston House.

«Las vistas al exterior» rectificó; porque al interior, era la mejor vista que había tenido: Ilona se reflejaba en el cristal.

Se dio la vuelta afirmando que sí, era la mejor vista que había tenido en su vida.

Ella con una camiseta blanca que apenas tapaba su entrepierna cubierta por unas bragas de encaje blanco que estimuló la imaginación de Max.

Recordó los gemidos de ella bajo sus caricias la noche anterior en esa cama que aún permanecía desordenada y que Ilona no parecía tener intención de arreglar.

Se acercó a él y le dio un beso delicado.

—Buenos días —Max sonrió con dulzura encontrando ese escena: perfecta—. Te traje café, si prefieres té...

—Te prefiero a ti —la dejó con ambas tazas en las manos y la acercó a sí por la cintura con la mano sana. La besó con algo más que un beso delicado y luego le dio besos ligeros en las mejillas.

Ella se mantenía con los ojos cerrados, disfrutando.

Era una mañana mágica.

De nuevo: perfecta.

Cuando quiso continuar con lo que ordenaba el manual de seducción, ella se separó un poco de él y lo vio traviesa.

—Tengo varias cosas que hacer hoy y no puedo suspenderlas —le tendió de nuevo la taza de

café—. Veo que te sientes mejor.

Max agarró el café, tomó un sorbo.

No sabía si era el efecto mágico de esa extraña mañana que vivía o si era una marca de café que nunca antes había probado pero podía asegurar que no sabía a ninguna café que hubiera probado antes.

Junto a Ilona parecía que todo lo que él conocía, era soso, aburrido, monótono, formal.

Y esas cosas que descubría a su lado, de las que quería seguir descubriendo, eran intensas, rebeldes, libres, divertidas.

—Preparé *porridge* con frutas —él podía comer piedras esa mañana y le iban a saber a algodón de azúcar, estaba seguro de eso. Así que le daba igual lo que ella preparara, estaba dispuesto a comer todo lo que ella le ofreciera.

Se dio cuenta entonces.

Estaba dispuesto a vivir diferente.

Sí, era eso. Ella lo llevaba cada vez más a esa senda en la que la vida parecía ser tan diferente.

Tan sencilla y placentera.

Tan libre.

—¿Estás bien?

Asintió con una sonrisa tonta.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Ella lo observó a los ojos, escudriñando en su interior.

—Porque estás muy raro esta mañana.

Ilona tenía el cabello aun húmedo de la ducha que tomó al levantarse y que él lamentó no estar con ella para ayudarle a... no sé... quizá... ¿lavarle la espalda?

¡Ah, sí, su espalda!

Tenía buenos recuerdos de la noche anterior también con respecto a esa parte del cuerpo de ella.

La chica se desvistió y Max se apoyó en la cómoda de la habitación deleitándose con cada movimiento de ella que, para Ilona, era cotidiano, no para él.

La vio al completo, la braga impedía ver la piel lisa que recordaba haber tocado en la noche.

Recordó también la humedad de esa zona y no pudo evitar las palpitaciones de su miembro en señal de advertencia de que, si continuaba, no iba a parar.

Ella estaba concentrada buscando la ropa que se pondría.

Su pecho, delicado y firme, se le hizo apetecible. Como todo lo demás.

Palpitación.

«Ya para» se ordenó.

Ella lo vio divertida mientras se colocaba un sujetador que no iba a juego con sus bragas y eso llamó la atención de Max.

—Pensaba que era una regla lo de llevar al ropa interior a juego.

—En mi vida no hay reglas, Max. Solo comodidad y libertad —se acercó para besarlo.

Él respondió con gusto a su petición.

«Besos con sabor a café, a amanecer», pensó.

Delicioso.

Ella se alejó de nuevo de él caminando hacia el armario que no era tan grande como el que él tenía dentro de Blaston House.

Sacó dos prendas casuales, diría ella, para Max era más deportiva y se vistió.

La siguió estudiando en cada movimiento: se peinó el pelo con los dedos, y luego se aplicó

algunas cosas en el rostro que le dieron brillo a sus mejillas, labios; y le hicieron la mirada más seductora de lo que ya la tenía.

Cuando estuvo lista, se dio la vuelta y puso las manos en la cintura.

—Me espera un día intenso, vamos a desayunar ya que tengo que irme.

Max la siguió, se sentó a la mesa mientras ella servía la comida.

Observó cada movimiento allí también, porque esperaba repetirlos él la siguiente vez.

«Porque habrá más amaneceres así» se dijo. Y tendría que colaborar en todo.

Se le hacía extraño no tener a las criadas a su alrededor sirviendo esto o aquello. Recogiendo su desorden, dejando todo impecable.

Se le hacía aún más raro no tener a Williams o a Mary Rose supervisando que las criadas hicieran todo de la manera correcta.

Aunque era extraño, le gustaba no tenerlos.

Le gustaba la privacidad, la quietud. El silencio.

La sonrisa de ella que ahora lo veía analítica.

—Daría un millón de libras por tus pensamientos.

No dijo nada pero dejó ver una sonrisa de medio lado indicándole a Ilona que sus pensamientos sí que podían valer eso porque nunca antes pensó en todo lo que le pasaba por la cabeza desde que estaba junto a ella.

Probó el *porridge*.

Estaba delicioso.

La vio a los ojos y se sintió libre de decirle lo que realmente pensaba.

—Estaba pensando en que es extraño no tener a alguien detrás de ti ordenando, limpiando, sirviendo. Pensaba en que aunque se me hace extraño, me gusta todo lo que siento y veo. Esta privacidad vale oro y es algo que es imposible tener en una mole como Blaston House —ella lo escuchaba con atención sin dejar de probar bocado—. Pensaba en que es una mañana mágica que nunca había vivido y que quiero repetir. La próxima vez, cocino yo. Tendré que aprender a cocinar, supongo.

Ella sonrió con alegría. Max supo que ella respondía a las mismas emociones de él.

Cuando le confesó que desde la adolescencia estuvo soñando con momentos como los que estaban viviendo, Max pensó en la casualidad de la vida en la que él experimentó lo mismo sin ser capaz, al igual de ella, de dejar salir sus emociones porque no pertenecían al mismo mundo.

Y no le molestaba no haberlo hecho antes porque quizá entonces no habría tenido la madurez que ahora tenía para enfrentarse a quien sea por lo que sentía por Ilona.

—Tengo a una persona que viene a casa tres veces por semana para hacer la limpieza. No me gusta tenerla todo el tiempo conmigo. No es necesario y es una buena mujer con familia que le necesita en casa —Ilona era tan considerada, justa, era todo lo contrario a lo que veía en su madre. Entendía a Elaine por haberla adoptado como su hermana de vida y comprendía las palabras de Ella Daniels cuando decía que Ilona Davies era una chica maravillosa y bondadosa—. Esto no es mi día a día, suelo salir con mas calma de casa o internarme «en pijama» en el taller, cuando tengo un golpe de inspiración suprema.

—O no dormir creando.

—Exacto —ella le hizo un guiño que Max encontró encantador.

Hubo unos silenciosos segundos entre ambos en el que siguieron comiendo y en el que, sin darse cuenta, crearon una extraña tensión.

Ella pronto dejó el cubierto en la mesa, se limpió las comisuras de la boca.

Lo vio con tal intensidad que Max se sintió desnudo ante ella.

Y al estar desnudo, se dio cuenta de que la tensión que se creó entre ambos se debía a sus inmensas ganas por no irse de ahí y que no le pareció apropiado mencionarlo.

Sin embargo, Ilona parecía leerlo tan bien...

—Max, no quiero que te detengas en lo que sientes o quieres porque estás criado de una u otra forma —no dejaba de verlo directo a los ojos. Era tan segura y decidida. La admiraba—. ¿Qué quieres? Porque tu inquietud y fascinación no me van a dejar trabajar en paz.

Ilona le tomó la mano sana.

—No quiero irme.

Con ella todo era tan simple. Sin rodeos, ni protocolos.

—Entonces no te vayas —Ilona lo asumió con tal naturalidad que lo envalentonó a seguir diciendo lo que quería.

—No quiero irme ni hoy ni mañana...

Ella se puso de pie y Max iba a levantarse también tal como ordenaban las normas del protocolo a la mesa entre hombres y mujeres dentro de la aristocracia; y se recordó que no era necesario allí, entre ellos todo era diferente.

La chica rebuscó en un cajón.

Se acercó tomándolo por sorpresa al sentarse en su regazo, y dejando ante él, sobre la mesa, un juego de llaves.

—No voy a engañarte al decirte que no siento ni una pizca de temor en que esto sea un sueño y que luego me convierta en víctima de mi propia imprudencia, convirtiendo mi vida en una pesadilla que va a doler como el infierno —no la culpaba por mantener dudas, todo iba muy deprisa entre ellos y solo con el tiempo le demostraría que no iba a lastimarla. Max ya tenía planes para hacerla feliz—. Y a pesar de que esa sensación no va a desaparecer de aquí a un buen tiempo, he pensado seriamente en que este es mi sueño; que por fin se hace realidad y de la manera más inesperada. No voy a dejar de vivirlo por el miedo a que acabe.

Le dio un beso.

Y otro.

Maxwell la abrazó.

—Esto es real —mencionarlo en voz alta le dio la seguridad que él necesitaba para seguir adelante con todo lo que le hiciera bien a él mismo y a ellos como pareja.

Lo demás, lo iría dejando a un lado o sacándolo de su vida si se hacía completamente necesario.

—Lo sé —respondió ella con dulzura e ilusión—; por eso quiero vivirlo con todo, Max. Y si quieres vivir conmigo una temporada o venir aquí cuando quieras, hazlo. No te detengas por formalidades o por lo que la gente pueda decir. Este es mi sueño y voy a vivirlo sin que me importen los demás. Solo tu y yo.

Max sonrió con ternura.

Esa mujer despertaba cosas tan extrañas en él.

La besó de nuevo.

—Es nuestro sueño, Ilona. Porque siento que también yo estoy sumergido en uno. Uno del que no quiero despertar jamás.

Capítulo 9

Maxwell Daniels no había conocido la felicidad hasta que, por accidente, casi atropella a Ilona Davies.

Llevaba unas semanas instalado en casa de Ilona, viviendo una vida que le costaría dejar porque, en cualquier momento, tenía que volver a casa para poner las cosas en orden y así dejar el ducado.

No dejaba de sentir temor de solo pensarlo, ese temor que siempre le acompañaba y sabía que ese temor absurdo se iría cuando, después de un tiempo de dar el paso, se diera cuenta de que no necesitaría nada del ducado para poder sobrevivir.

Para ser feliz.

Quizá el temor que sentía ya no se debía al peso económico que estaba manejando muy bien para ser cuidadoso y poder vivir tranquilamente de lo que él mismo era capaz de producir.

Quizá, ese temor, se debía a que sabía —y de sobra— todas las consecuencias legales, morales y sentimentales a las que tenía que enfrentarse con su salida de Blaston House.

No podría volver ni queriendo, porque sus padres y hermano se encargarían de que no volviera a pisar la casa que también era suya aunque a ellos poco les importara este hecho.

Desde aquella noche que salió enfurecido de la biblioteca, tras saber lo que harían con Elaine y que encima le atacaron y amenazaron con respecto a su relación con Ilona; desde ese día en el que se lastimó la mano, que por fortuna se recuperaba muy bien; desde ese instante, supo que su vida ya no estaba más en Blaston House y empezó a entender mejor a su hermana cuando esta, en el pasado, le confesaba que no se sentía parte de ese mundo.

Él se sentía igual.

Y a medida que avanzaba en la cotidianidad del día a día, del querer aprender cosas tan mundanas como lavar la ropa en la lavadora o hacer la cama si te apetecía y si tenías tiempo en la mañana; la libertad que le daba lo simple, lo ligero que sentía desde que no asumía la vida como un aristócrata; desde que todas esas emociones se mezclaban con la mirada dulce de Ilona, su risa traviesa, su desbordada creatividad y la capacidad que tenía para hacer sus sueños realidad, en cada minuto que avanzaba en esa vida tan maravillosa, quería regresar menos a lo que él vivió y experimentó dentro de Blaston House siendo el «Presunto heredero» el segundo en la línea de sucesión al ducado, el hijo del medio que era como un muñeco que cada quien movía a su antojo porque no tenía la codicia y el veneno de Lawrence ni la osadía y rebeldía de Elaine.

Desde que vivía esa otra vida, se daba cuenta de que él siempre fue eso: una marioneta. El hijo de los segundos puestos para todo. El que se dejaba guiar para poder destacar y ser tomado en cuenta por quien era.

Así que en esos días junto a Ilona, en donde no existía nadie más que ellos dos y lo que querían hacer o no, los sueños que compartían y las cosas que anhelaban llevar a cabo mientras estuviesen juntos; fue capaz de entender que sí, amaba a Ilona y se dio cuenta de todo lo que estaba dispuesto a hacer por ella.

Por ambos.

Curiosamente, o se atrevía a decírselo en voz alta, quizá porque era tanto lo que conversaban y lo que se confesaban que no había necesidad de palabras para nombrar sentimientos.

Estaba creciendo la necesidad en él de ponerle nombre a las cosas, a lo que sentía y empezar a decirle en voz alta y fuerte, a Ilona, lo que sentía por ella.

Que la amaba.

Sonrió con la ilusión en la mirada porque esa mujer con sus detalles le llenaba la vida de alegría.

Se sentía tan bien amarla.

Adorarla.

Fundirse con ella.

Besarla.

Acariciarla.

Comprenderla.

Apoyarla.

Eso, asintió para sí mismo, amarla.

En todos esos días, estaba muy orgulloso de sus avances no solo los que aseguraban una completa independencia económica del ducado, si no también, esos pequeños pasos que lo acercaban a un ser humano normal y corriente.

Había aprendido hasta usar la bayeta de la cocina tal como a ella le gustaba para que todo quedara limpio. Porque, se había grabado bien las palabras de su chica cuando le explicó que quizá un día la cama podía quedarse sin hacer pero la cocina nunca podía quedar sucia.

Le gustaba que ella le enseñara, que lo aconsejara.

Cada día a su lado era una experiencia nueva y estupenda.

—Por fin, te veo —los pensamientos felices de Max se hicieron añicos como cuando una piedra se estrella en una pared de cristal en cuanto la voz de su madre alcanzó sus oídos.

Parpadeó y la vio frente a él en su oficina.

—Madre —se levantó para saludarle y ella le hizo un gesto de hastío para que se sentara de nuevo, obedeciendo Max, y se sintió irritado por eso.

La mujer, que llevaba un traje de taller color crema y unos tacones clásicos, se sentó en los sillones frente a Max, con toda educación de la que tanto alarde hacía.

Quiso empezar a ser un rebelde sin causa desde ese instante, mas era mejor llevar la fiesta en paz.

Necesitaba un poco más de tiempo para declarar la guerra a su propia familia.

—Vengo por el asunto de la fiesta de Blaston House —lo vio como si nada y Max pensó en que escondía algo porque actuaba muy raro—. ¿Podrías darme el estatus de las donaciones de estas empresas? —Le tendió un papel que llevaba en las manos. Max lo tomó revisando la lista.

—Sí, podría tenerlo para mañana.

—Perfecto —la mujer lo analizó con la mirada—. ¿Cómo se encuentra Ilona?

Max entrecerró los ojos.

Su madre tramaba algo grande.

—Bien.

—¿Podrías decirme en qué hotel te estás quedando? Porque sé que tienes días sin ir a casa.

Max se quedó en silencio un segundo porque pensó en mentir.

No tenía sentido hacerlo ni siquiera para ganar tiempo.

—No me he estado quedando en un hotel, madre.

—¿Compraste una propiedad?

Negó con la cabeza.

Su madre levantó las cejas en una expresión de claro descontento tocándose el cabello con ese

gesto que le hacía ver como una mujer refinada pero que sus hijos y marido reconocían bien como la confirmación del gran disgusto que se estaba llevando.

Max entrecerró de nuevo los ojos como si eso le diera algún poder para descifrar qué se traía entre manos su madre.

Porque algo había.

—En fin —la duquesa se puso de pie—, supongo que tendré que aguantar la presencia de ella en la fiesta.

—Supones bien —Max todavía no le contaba a Ilona que esa sería la última de las fiestas a la que asistiría en representación del ducado y quería hacerlo con ella.

Vio la expresión de su madre lista para saltarle encima y exigirle que dejara lo que ella creía era un capricho con Ilona.

No lo hizo y eso fue lo que más le dejó desconcertado.

¿Estaría aceptando que Ilona iba a quedarse en su vida?

O estaría ella y todos los Daniels maquiavélicos planeando algo como lo que le harían pronto a Elaine pero en su contra.

—¿Rectificaron en cuanto a lo de Elaine?

—No tenemos nada que rectificar y todos los documentos oficiales están redactados, listos para enviar en el momento apropiado.

—¡Madre, por favor!

—No pienso hablar más de esto contigo. No eres digno de nuestra confianza. Quiero que sepas que aguantaré a Ilona porque su padre ha aportado una gran cantidad de dinero a nuestra causa, pero en cuanto pase esa fiesta, haré todo lo que sea necesario por separarlos.

Se dio media vuelta y salió, dejando a Max preocupado, molesto.

Su teléfono sonó.

—Estoy abajo.

Sonrió a medias porque no quería arruinar la sorpresa que le tenía preparada Ilona desde hacía un par de días y que estuvieron postergando por trabajo de ambos.

No iba a poner la nota amarga.

—¿Max?

—Estoy bajando, cariño.

Colgaron y salió de la oficina respirando profundo porque no iba a decirle a ella nada de sus planes de abandonar el ducado, ni de la fiesta y mucho menos de la visita de su madre.

No ese día.

Ese día, disfrutaría de lo que a ella le hacía ilusión obsequiarle.

Sonrió sin fingir cuando salía del edificio.

Esa era la magia de Ilona.

No importaba que tan mal hubiese sido su día, su chica siempre le hacía sonreír.

—Póntelo —Ilona le tendió un antifaz negro que le hizo observarla como si ella fuera un bocadillo y se vio en la necesidad de aclarar el destino—. No te ilusiones. No vamos a tener sexo. Pero no quiero que sepas a dónde vamos hasta que estemos dentro.

Max sonrió divertido y ella lo imitó.

Puso en marcha el coche y condujo hacia el lugar en el que iba a darle una gran sorpresa a Max.

Llevaba días planificándolo junto a su asistente porque se enteró, gracias a otro cliente, que el ilustrador estrella del país, estaba en la búsqueda de un nuevo impresionista para su empresa.

Y no le fue fácil coordinar una cita con Inder Reddy, no solo por su fama, sino porque el tiempo libre de ella y Max, por esos días, fue difícil de hacer coincidir.

Ilona conocía a Inder desde que este la contrató para diseñar y elaborar el anillo de compromiso de su prometida, quien desde entonces se convirtió en una cliente asidua de Ilona.

La orfebre nunca fue amante de los comics, mas entendía el proceso de crear e ilustrar y con eso le bastaba para sentir afinidad con Inder que, además, era una persona educada y simpática.

Cuando lo contactó para pedirle una cita exclusiva, en donde pudiera aconsejar a Maxwell, Ilona no se imaginó que el ilustrador iba mostrarse tan receptivo.

Era un hombre al que su trabajo lo había llevado a ser *best seller*, trabajaba en conjunto con marcas importantes.

Así que debía tener la agenda a tope, sin embargo, cuando Ilona le planteó la situación, Inder le pidió esperar cinco minutos en línea y al regresar le dijo que estaría encantado de recibirlos indicándole qué días y horas era mejor para él.

Y toda esa sorpresa le hacía gran ilusión porque desde que Max estaba prácticamente viviendo con ella, lo veía tan diferente, enfocado a trabajar por un futuro juntos.

Comprometido a ser cada día más libre del ducado.

Y ella quería enseñarle que lo que él quería en la vida esa que fantaseó tener una vez junto a ella confesándole que era amante de los comics, las ilustraciones a pesar de que se le daba fatal dibujar.

Ilona era de las mujeres que estaban convencidas de que los sueños podían alcanzarse desde diferentes ángulos.

Y eso era lo que iba a demostrarle a Max.

Quería demostrarle tanto de lo que era vivir fuera del ducado que a veces se recordaba de que debía tomarlo con calma porque si no, podía abrumarlo y espantarlo, haciéndole retroceder a esa zona de la que poco a poco salía.

Max era hombre de planes y sabía que alguno tendría pero todavía no lo conversaba con ella, y ella tampoco iba a presionarlo.

Ella tenía sus propios planes para mantenerlo a su lado, por lo que se concentraría en ellos y le dejaría a él con los propios.

Estaba segura de que llegaría el momento adecuado para tener esa conversación profunda de planes futuros y ella le daría todo el apoyo que necesitara.

Ilona sabía que se iba a desatar una tormenta cuando la duquesa se enterara de la relación de ellos dos. No sabía qué tan profunda podía ser, y si las cosas iban como con Els, no iban a ser nada fáciles.

Lo estuvieron llevando bastante bien y estaban siendo discretos para no levantar miradas de la prensa o del círculo aristocrático de él que pudiera ocasionarles problemas sociales a los Daniels.

De esa familia, la única que los apoyaría sería Elaine, y a pesar de eso, aun no conversaban de nada de eso entre ellas y prefería seguir manteniendo todo en las sombras hasta que él le explicara que eso que le tiene tan pensativo y tan metódico es el plan que se está ideando para salir del ducado.

Ilona no era tonta y tenía un padre con el que aprendió a descifrar todo tipo de miradas: sentimentales, administrativas, económicas, estratégicas.

Así que engañarla en cuanto a eso era un poco difícil. Además, la conexión entre ellos era perfecta e Ilona no dejaba de sorprenderse de eso cada día que pasaba junto a él.

Los días junto a él...

Le tomó la mano mientras con la otra, sujetaba el volante del coche y conducía en silencio.

Él llevaba la boca arrugada por lo que ella suponía que no había tenido buen día, pero esa sorpresa le iba a quitar de la mente todo lo que pudiera afectarlo ahora y después de ahí, irían a casa y conversarían sobre cualquier cosa durante la cena.

Luego se amarían y al final, dormirían profundamente uno junto al otro hasta el día siguiente que tendrían que ir a casa de Fred para pasar todo el día allí.

Si las cosas con Max iban tan en serio como ella podía sentirlo, debía llevarlo a casa.

Fred era el filtro que haría que Ilona dejara de hacerle caso —o no—, a esa vocecilla que no paraba de decir que todo podía terminar en cualquier momento.

Rogaba porque le dijera lo que ella quería escuchar: que le tuviera paciencia y que lo ayudara a enfrentarse a todo. La mujer en su interior, la que estaba llena de ilusiones y esperanzas, solo amarlo con locura sin preocuparse por nada y ser correspondida de la misma manera.

Sabía que más allá de los formalismos, de las normas, Max la amaba aun sin decirlo en voz alta.

Lo veía en su mirada, en la forma en la que le hablaba, le apoyaba en cada una de sus locuras.

En la forma en la que reía cuando ella lo observaba llevando a cabo todas las cosas «mundanas», como él las llamaba, que aprendía a hacer.

Parecía algo ridículo pero para una persona nacida en el círculo de Max, era todo un reto lavar su propia ropa o cocinarse algo tan simple como un huevo.

Elaine, recién llegada a España, se enfrentó a lo mismo e Ilona se divirtió con sus experiencias, que ahora eran propias de Max.

Adoraba sus manías, que todas giraban en torno a lo que era correcto o no.

Sabía que no le gustaba estar con ella de la forma en la que estaban, sabía que él quería formalizar todo y ella no le temía al compromiso aunque sí le temía a lo que vendría de parte de los Daniels.

Claro, mientras Max estuviera con ella, le daba lo mismo enfrentarse a los Daniels o al mundo entero si era necesario.

Aparcó el coche en el sótano del edificio y ayudó a Max a salir del mismo.

—Coloca tus manos en mis hombros y yo iré guiándote.

Max hizo lo que se le pedía y poco a poco llegaron a la entrada de Inder & co.

Le quitó el antifaz.

—¡Sorpresa! —usó una voz alegre pero sin llegar a levantar el tono porque no quería llamar la atención de las personas que salían y entraban.

Max se acostumbró a la luz blanca del lugar y luego la observó confundido.

—¿Qué hacemos aquí?

—Soñar —respondió Ilona tirando de la mano de Max para hacerle entrar en las oficinas en donde se anunció con la recepcionista y esta, dos segundos después, les guiaba a una oficina moderna con una vista impresionante de la ciudad.

—Inder vendrá de inmediato.

—Gracias.

Cuando la recepcionista salió, Max negó con la cabeza.

—Te expliqué que soy malísimo dibujando, ¿cierto?

Ella asintió con la cabeza y sonrió divertida.

—No vas a dibujar, vas a conocer a quien hace los dibujos, tu solo disfruta de la visita guiada y personalizada.

Max le sonrió como un niño feliz y ella se sintió complacida.

Al poco tiempo, entró Inder mostrándose tan amable y sencillo como siempre.

Se saludaron como era debido.

—Ilona —Inder se sentó detrás de su escritorio, frente a ellos—, mi suegra quedó encantada con tu último trabajo. Esa pieza fue fabulosa. Estaba pensando en si me dejarías recrearla para un personaje que tengo en mente, por supuesto, te daría todo el reconocimiento necesario como creadora de la joya.

—Estaría encantada, Inder. Gracias por el honor.

—Ningún honor, es todo un placer para mí y mis personajes. De hecho, se me ocurre que podríamos crear una línea de orfebrería en base a estos personajes que estoy creando ahora.

De pronto, la conversación tomó un rumbo que Ilona no esperaba y tampoco quería parar porque ante ella se abría una nueva posibilidad que era fantástica.

—Vamos al estudio para enseñarles lo que estamos haciendo ahora.

Se levantaron y tomados de la mano, caminaron junto a Inder quien iba explicándoles el proceso de la ilustración y todo lo que hizo para llegar allí.

El estudio del hombre era impresionante según apreció Ilona.

—Guao —Max parecía un niño en una juguetería, pronto soltó la mano de la chica y empezó a recorrer la estancia observando con detalle las viñetas que estaban siendo creadas en ese momento por un equipo de personas bajo el mando de Inder.

—Será una nueva serie original de *Dream TV*. Aún estamos en discusiones y bocetos previos. Pero vamos avanzando con esto.

Los artistas seguían metidos de cabeza entre líneas y colores.

Inder los guio hasta un salón apartado que tenía una mesa de dibujo, un escritorio y un equipo digital para ilustrar impresionante.

—Esto es el proyecto privado en el que estoy trabajando ahora y que te enseño —le dijo a Ilona— porque quizá podrías invertir en él.

Tomó un control remoto y activó un sistema que selló la habitación de la luz dejándola totalmente oscura.

Una pantalla se activó en la pared y empezaron a aparecer imágenes de lo que parecía ser el diseño de un video juego.

—Aún no tiene nombre aunque ya firmamos un acuerdo de venta exclusiva con una importante compañía y con un acuerdo de indemnización sobre el 50% del total del precio de venta, en caso de que decidan anular el trato —resopló—. Pero no pagan nada de adelanto, y me exigen el 75% de elaboración y funcionamiento para ver el dinero en mi cuenta bancaria.

—¿Por qué esa exigencia?

—Capricho, acaparamiento, llámalo como quieras. Ellos saben que son los que más venden video juegos en el mundo y nadie va a decirles que no. Ya hemos tenido otros contratos con ellos, mucho más pequeños que este, sin duda. Los gráficos de este juego necesitan de tecnología y programadores que no tengo; y por la que mi socio inversionista no quiere apostar.

Max frunció el ceño.

—Es extraño que no se quiera invertir en un proyecto asegurado.

—Estamos en peleas por la empresa. Por ello estoy buscando nuevos horizontes. Mi actual socio está pasando por un mal momento a nivel personal y lo está trasladando al trabajo.

A Max no le hizo falta más explicación sobre el asunto porque entendía que su socio se estaba quedando sin dinero.

—¿Te interesaría? —Inder preguntó con suspicacia a Ilona.

—Me va bien en el negocio, Inder, mas no para ser tu socia en esto. Estoy en ese proceso de

reinversión en mi propia empresa.

—Sé de qué hablas. Hace un año hicimos lo mismo apostando por algo que no salió como esperamos y ahora, mi socio no tiene para responderme de la manera adecuada. ¿Tu padre podría estar interesado?

—Podríamos presentarle el proyecto mañana que iremos a su casa —Max intervino haciendo que Ilona danzara de la felicidad en su interior porque las cosas le estaban saliendo ese día tal como las había planificado—. ¿Tendrías algo con lo que podamos hablar con Fred mañana?

—Por supuesto, tengo varias copias del plan de negocio en mi oficina porque hemos tocado algunas puertas que aun estudian los pro y los contra. Les daré uno para que se lo des a tu padre —vio a Ilona.

La chica asintió y observó a Max que le apretó la mano con fuerza y le sonrió con nerviosismo.

—En realidad, pensaba en conversarlo con Fred para saber qué piensa de este proyecto pero quiero que sepas que no busco su inversión. Si me asegura que tiene buen futuro y tú estás de acuerdo, yo podría ser ese socio que estás buscando.

—Ilona me dijo que te encantan los comics.

—Es así, y soy pésimo ilustrador.

—Y yo soy pésimo negociador. Así que haríamos un equipo de lujo. Vamos a la biblioteca de la compañía, que allí es en donde está la verdadera diversión para los que amamos el comic. Y hablaremos de negocios antes de que se vayan —sonrió a Ilona y luego preguntó a Max—: Tengo las primeras ediciones de *La División de Habilidades Especiales* y otros más, ¿quieres verlos? —Inder hacía referencia a una serie de libros convertida a novelas gráficas que se volvieron un éxito mundial hacía más de una década—. ¿Tienes algunas primeras ediciones?

—No, pero muero por ver esa biblioteca que mencionas.

Ilona los vio caminar delante de ella, sumergidos en una conversación que los emocionaba; así como ella se emocionaba hablando con Els de zapatos o de carteras de marca.

Extrañaba a su amiga.

Sonrió con nostalgia y decidió después dejarse llevar por la felicidad que sentía y por todas las cosas buenas que estaban pasando.

Todo se alineaba siempre para crear un futuro perfecto para ella y Max aunque pareciera increíble.

Todo estaba a favor de ellos y de su felicidad.

Nada podía ir mal.

Capítulo 10

Maxwell Daniels habría imaginado la casa de Fred Davies más pequeña y menos lujosa.

Y aunque admitía que cada espacio era elegante, le parecía algo exagerado para un hombre como Fred.

Lo conocía desde hacía un tiempo, cuando tuvo la oportunidad de cerrar una buena donación para el ducado proveniente de su chequera; y luego, cuando organizaron una cena de caridad junto a otras personalidades famosas e importantes de la ciudad.

Y siempre le dio la impresión de ser un hombre inteligente, sensato y discreto.

Sencillo.

Por eso, aquellos espacios enormes, decorados con lujo no parecían en nada parte de él.

Y sí de su prometida. Quien no podía dejar de enseñar todo lo que tenía.

Existía de todo en el mundo y las personas que exhibían lo que tenían no eran sus preferidas pero teniendo en cuenta la clase de integrantes de su propia familia: egoístas y sin escrúpulos, no tenía derecho alguno de criticar, de ninguna manera, a la prometida de Fred.

Que apartando ese punto negativo, le estaba demostrando ser una anfitriona impecable y una mujer inteligente.

Fred también le recibió con gran amabilidad y tan solo llegar a la casa, le hizo sentir como si estuviera en la propia.

Pasarían el día allí.

Un día estupendo, como pocos en Inglaterra.

Y pudo imaginarse como sería el día entero, relajados en la piscina, tomando sol mientras estuviera disponible, conversando y comiendo lo que estaba asándose lentamente en la barbacoa bajo el cuidado dedicado del mismo Fred.

Sin embargo, todo el panorama cambió de forma radical cuando Anastasia les aviso de lo que ocurría en las Redes Sociales.

—¿Se enteraron?

Max abrió los ojos con pesadez porque estaba entre dormido y despierto, se tapó un poco los ojos con la mano porque el sol le encandiló.

Anastasia se sentó junto a Ilona enseñándole el móvil.

Pronto Max vio cómo el rostro de Ilona cambió a ira y se preocupó.

—¿Qué ocurre? —se sentó junto a las mujeres y alcanzó a ver la nota de prensa con el titular que decía:

«El futuro duque se consuela con Lady Elaine»

Mientras Ilona se dedicaba a leer la noticia de lleno, Max se levantó y tomó su teléfono, dominado por la rabia y la preocupación de lo que vendría para Els y todo lo que no le había informado a Ilona del destierro.

Max sintió que la sangre le bullía en el interior porque no se podía creer que la prensa fuese tan maquiavélica para enseñarse con su hermana de esa manera.

Frunció el ceño al no ser atendido por ninguno de los integrantes de su «respetable» familia.

Tenía que llamar a Elaine y darle su apoyo porque tenía que aclararle que él no estaba de acuerdo en todo lo que se le venía encima y...

—Max —Ilona lo tomó del brazo, y lo vio a los ojos—. ¿Qué ocurre?

¿Qué ocurría? ¿Cómo podía explicarle a Ilona que, de seguro, alguien estaba de camino a España para darle la misiva de destierro a Els?

—Max...

No podía seguir ocultándole el asunto a ella. No importaba ya la cláusula de confidencialidad si a final de cuentas, iba a salir por cuenta propia del ducado.

—Viene algo terrible para Els, Ilona —Anastasia seguía atenta a lo que él decía, la preocupación reflejada en el rostro y ese gesto que hacían las mujeres cuando estaban preocupadas de colocarse una mano en el pecho—. Van a sacarla del ducado.

Ilona frunció el ceño dejando aparecer la duda en esos ojos que tanto le gustaban.

Era normal que no entendiera de destierros y odios entre familias.

—Van a desterrarla —continuó explicando Max—; me lo dijeron en la última reunión familiar.

Anastasia abrió los ojos con sorpresa e Ilona, solo frunció el ceño con gran carga de rabia en su mirada. Rabia que le dedicaba a él y no podía culparla.

Después de guardarse los planes de su familia en secreto, en ese momento, en el que estaba aclarando todo lo que él sabía y que le estuvo ocultando, lo lógico era que empezara a explicarse diciendo: «mira, esto no pude decírtelo antes porque la maldita cláusula de confidencialidad y bla, bla, bla».

Pero no, era tan idiota que empezó por el lado equivocado en un día no apropiado para una equivocación de ese tipo porque estaba en casa del que él pensaba iba a ser su futuro suegro.

Ilona estaba disgustada.

Muy disgustada y también veía algo nuevo en sus ojos: ¿Frustración?

No. Decepción.

Estaba decepcionada.

—¿Lo sabías?

—Sí y no pude decirlo porque me prohibieron hacerlo.

Ilona lo vio con reprobación profunda.

—¿No te permitieron? ¿Qué eres, un niño de cinco años?

Anastasia quiso intervenir y luego recapacitó y se excusó dejándoles a solas de inmediato.

Max cerró los ojos y deseó —con todo su ser— tener una familia normal. Una que se dedicara a apoyarse y no a clavarse estacas.

Incluso aceptaría no tener familia alguna con tal de dejar de experimentar todas esas emociones negativas que se arremolinaban en su interior y que estaban lastimando a Ilona.

Se pinchó el puente de la nariz, respiró profundo porque lo que menos quería era que aquel incidente los separara.

—Ilona, entiendo que estés disgustada, pero no podía saltarme la cláusula —Ella abrió los ojos por la sorpresa—. El ducado de Lanhill se rige por reglas absurdas desde el tiempo en el que los Daniels y los Gordon empezaron con las traiciones y el odio y toda esa mierda que nos salpica queramos o no —Max no estaba para guardar formalidades en ese momento y quería comportarse como una persona normal, de las que dicen palabrotas para liberar la rabia que sienten—. Entre las muchas reglas, están las cláusulas de confidencialidad por todo. Por lo que ves, lo que escuchas, lo que dices. Y también está la del destierro. August Daniels impuso que nadie en el ducado de Lanhill pudiera relacionarse con el ducado de Bulwick y quien se atreva a saltarse esa regla, es desterrado —quiso tomarla de la manos, ella tenía los brazos cruzados en el pecho y el ceño aun fruncido, así que no era buena idea un acercamiento—. Nadie se había saltado esa regla antes. Y hace unas semanas, una noche que llegue a casa, tuvimos un consenso familiar para

discutir la situación de Els y todo porque Gordon le ayudó cuando...

—Cuando ninguno de ustedes lo hizo —Ilona fue seca al soltar eso.

Válido. No podía refutarle su afirmación porque era totalmente cierto.

—Es verdad. Creeme cuando te digo que estoy arrepentido de no haber hecho más. Ya lo hemos hablado tú y yo.

—¿De qué vale el arrepentimiento, si no empiezas a crear cambios, Maxwell Daniels? ¿Por qué ese mismo día no la llamaste y le dijiste el fabuloso plan de tu aristocrática familia?

—Porque tú y yo estamos en la mira de ellos también, Ilona. Y todo este tiempo he estado trabajando en silencio para poder librarme del ducado.

No era esa la manera en la que quería decírselo.

Debía ser muy claro porque se avecinaba tormenta.

—Y entonces tus padres te amenazan con una estúpida regla de confidencialidad y tú decides que yo no soy digna de tu confianza.

—Lo siento.

—Me alegra que lo sientas porque todo esto está muy mal. Está muy mal lo que le están haciendo a Els y es aún peor que no confíes en mí.

La decepción se reflejaba con sinceridad en su mirada.

Después de un silencio, ella se dio la vuelta y se marchó al interior de la casa.

Pensó en llamarla para seguir explicándose, o en seguirla y no soltarla hasta que le sonriera de nuevo pero sabía que todo eso empeoraría las cosas.

Ahora necesitaba calmarse, estructurar lo que tenía que decirle y decírselo más tarde, cuando estuviese calmada.

Bonita manera de visitar la casa del que quería fuese su suegro en el futuro.

Se sentó abatido en la tumbona en la que se encontraba originalmente cuando Anastasia llegó con la noticia.

Pensó en llamar de nuevo a su familia aunque sabía de sobra que no serviría de nada.

Debía hablar con Elaine porque Ilona tenía razón en que arrepintiéndose no iba a lograr nada.

Debía tomar acciones.

Respiró profundo, tomó su móvil.

Desistió de llamar cuando sintió una mano en el hombro.

—Muchacho.

Se puso de pie y se dio la vuelta.

Fred le sonrió con compasión.

—Venía para acá cuando vi que estaban discutiendo y preferí mantenerme al margen —Fred había ido a buscar algo en la casa de huéspedes—. Vamos a mi estudio si te viene bien, que tenemos algunas cosas que conversar.

Max asintió sintiéndose incapaz de mencionar algo del negocio con Inder y que Ilona puso sobre aviso a su padre nada más llegar.

No le pareció apropiado, debido, correcto.

Era una vergüenza ser un Daniels.

Se colocó el polo blanco y le habría gustado quitarse el bañador porque le parecía inapropiado aunque usara un short como bañador. Eso estaba bien para estar en el área de la piscina mas no para caminar en el interior de la casa.

O por lo menos no de la suya, porque a Fred parecía importarle muy poco cómo estuviese vestido.

Entraron al despacho del hombre y este cerró la puerta tras de sí.

—Ponte cómodo, por favor.

—Gracias —Max le agradecía la tranquilidad y sinceridad con la que le trataba. Observó la estancia y fue incapaz de detallarla como habría querido. En su mente, solo estaba la imagen de Els, devastada con la noticia del destierro y la imagen de Lawrence, su madre y su padre con esa sonrisa maldita de victoria que tanto odiaba en ellos.

¿Y si los llamaba y les decía la verdad de lo que pensaba?

¿Serviría de algo?

Resopló derrumbándose en el sofá, justo al tiempo que Fred le alargaba el brazo con un vaso lleno de escocés.

—Te ofrecería una cerveza, pero están en la cocina y no pienso salir de aquí en un buen rato por varias razones —le dio un sorbo a su trago y se sentó frente a él—. La primera, es porque me gustaría tener una conversación seria contigo, como es normal —Max asintió con respeto, le entendía y no podía permitir que sus dramas familiares dañaran esa importante conversación con Fred Davies—. La segunda razón, porque a Ilona hay que darle un poco de espacio para que sus pensamientos vuelvan a ser coherentes. Ahora está movida por la rabia. Anastasia me avisó de lo que ocurrió, así que también me gustaría entender un poco la situación de tu hermana desde tu punto de vista. Por último, no pienso dejarte salir de aquí si no me hablas de ese proyecto en el cual piensas invertir porque —suspiró viéndole con total honestidad a los ojos—, mi hija no se equivoca cuando cree en alguien. Y parece que tiene buen ojo para poner en evidencia a los Daniels que merecen la pena como seres humano. Tu hermana, y ahora tú. Me disculpas la sinceridad pero...

—Nada que disculpar, Fred. No conoces a mi familia desde hace dos días y te la han jugado varias veces.

Fred lo vio con sarcasmo.

—¿Varias? Han querido arrancarme de las manos negocios sin tener ninguna clase de escrúpulos, lo que pasa es que yo no les he dejado hacer lo que les da la gana. Ellos no dirigen al mundo, a pesar de que es lo que quieren creer.

Max asintió. Fred tenía razón en cada palabra que decía.

Se mantuvo en silencio porque no sabía por dónde empezar.

—No es fácil hablar de la familia, Maxwell. Así que voy a empezar yo preguntándote cuáles son tus intenciones con Ilona, porque nunca la he visto tan ilusionada como lo está contigo y por muy buena persona que tu me parezcas, quiero que entiendas que esa mujer aguerrida y decidida que tengo por hija y de la cual me siento completamente orgulloso, es mi debilidad y creeme cuando te digo que no vas a querer tenerme de enemigo; por lo cual, quiero saber qué pretendes con Ilona.

Max tragó grueso porque aquella declaración lo desarmó.

No de miedo. De admiración y sintió hasta envidia de que Fred hablara así de su hija mientras que su propio padre le enviaba una nota de destierro a Elaine por «traidora» porque decidió recibir ayuda o involucrarse con Pierce Gordon.

Ahora no importaban Elaine o su familia.

La pregunta de Fred estaba más que clara y Maxwell Daniels tenía que comportarse como el hombre responsable que era.

Le habló de sus emociones por Ilona. Dejando en claro sus sentimientos.

—No dudo de lo que sientes por ella, Maxwell, pero sí dudo de lo que no te arriesgues a hacer porque mi hija no tiene un título apropiado para tu familia. ¿Cómo piensas enfrentar eso?

—Como lo he hecho hasta ahora, Fred —hablaba con total seguridad—. Enfrentando a mi

madre, que es la que me está haciendo las cosas más difíciles. Mi padre y Lawrence piensan que esto es un capricho para mí. Te aseguro que no lo es —lo vio a los ojos y decidió contarle todo su plan—. La verdad es que estoy ganando tiempo para dejar el ducado.

Fred Davies se inclinó colocando los codos en las rodillas, observando a Max con interés.

—Te escucho.

—No va a ser fácil y si están haciéndole a Elaine lo que le están haciendo, mi vida también se va a volver un infierno, no me importa, Fred; porque desde hace unas semanas, desde que se hizo una votación con la que no estuve de acuerdo, me di cuenta de que aunque yo ame a Blaston House, mis raíces y la historia que hay en el ducado, no pertenezco a esa rama de los Daniels que ahora están ahí. No soy como ellos. Mi único temor era perder el respaldo del patrimonio y creo que con las cosas que he ido alcanzando en estas semanas, más este nuevo proyecto en el que quiero invertir, todo va a ir bien. Además, Ilona no está conmigo por mi dinero o mi posición, por lo que no tenemos que vivir con los lujos a los que yo estoy acostumbrado.

Fred asintió.

—Eso no quiere decir que no voy a darle a Ilona la vida que se merece.

—El dinero para mi hija no me preocupa, Max, yo puedo mantenerlos a los dos sin problemas y derrochando dinero todos los días. Me preocupa mi hija y sus emociones. Me preocupa que se le borre ese brillito que tiene en los ojos cuando te ve.

—Yo me encargaré de que ese brillo no se apague, tienes mi palabra.

Lo vio con detenimiento, estudiaba su reacción a la siguiente pregunta:

—¿Te casarías con ella? No soy hombre de formalismos, pero a ella le hace ilusión.

—Era una de las cosas que quería plantearte hoy. No lo he conversado con ella. No he conversado con calma mi idea de dejar el ducado ni de avanzar por mis medios. No sabe que quiero formalizar nuestra situación y necesito romper lazos con mi familia primero. ¿Tú lo aprobarías?

Fred le sonrió divertido.

—Muchacho, si te digo que sí, Ilona me va a colgar del cuello y no me va a perdonar jamás haber dado un sí sin antes consultarle a ella. ¿Entiendes? Nosotros no funcionamos como lo hacen en tu círculo social, aunque sin duda, te agradezco comportarte como el hombre honorable que siempre has sido y te doy gracias también por tratarla como la dama que es —Max asintió y Fred suspiró con un media sonrisa—. Y te mereces mi consentimiento —extendió su vaso para chocarlo con el de Max que respondió con nervios y una sonrisa ansiosa—. Debo confesar que nunca antes vi a Ilona tan feliz, pero tiene miedos, ¿lo sabes, no?

—Me acabo de dar cuenta de eso. Pensaba que le estaba demostrando que no debía dudar de lo nuestro ni un segundo.

—Cuando mantienes cosas en secreto, la gente no puede darse por enterada, Max.

Se tenía bien merecido que Fred le llamara idiota de la manera más educada que había visto en su vida. Bufó y luego sonrió.

—Quería tenerlo todo arreglado. Después de la gran fiesta anual de Blaston House, iba a contarle mi plan a ella. No esperaba que ocurriera esto de Elaine. De hecho, pensaba que solo amenazarían y que no serían capaces de llevar a cabo lo del destierro.

—Van a hacerlo, porque así son esos Daniels. Tu hermana es una chica asombrosa y estoy seguro de que va salir con éxito de todo. Además, tiene el apoyo de la familia Gordon —Max lo vio con sorpresa y Fred sonrió compasivo—. Ilona me ha contado algunas de las conversaciones con Elaine y tu hermana está haciendo las cosas como deben hacerse. No creo que vaya a echar de menos a esa familia que reniega de ella. Siempre quiso huir de allí solo que no se sentía capaz de

dejar a Ella Daniels.

—La abuela era una mujer increíble.

—Lo sé, tuve la oportunidad de hablar y bailar con ella en algunas cenas benéficas. Elaine es como ella. Y tú también, solo que no te habías dado cuenta antes. ¿Cuál es tu plan, Max? Porque Ilona, después de todo lo ocurrido hoy y todo lo que has conversado conmigo, va a querer un informe completo.

—Se lo daré al entero.

—Más te vale, sé que al final entenderá tu postura y la forma en la que estabas protegiendo tu relación con ella.

—La protejo a ella de mi madre, Fred. Se trae algo entre manos.

—Está bien que vayas un paso delante, tu madre cuando se propone algo, puede ser implacable. Mi consejo es que no le protejas de más, Ilona sabe defenderse, yo le enseñé y es una excelente alumna. Lo que no perdona es que la traten como tonta. No le gustan las mentiras, los secretos y no perdona que desconfíen de ella.

Max tragó grueso.

Fred sonrió divertido

—Te ama y eso le ayudará a perdonarte. Ahora, cuéntamelo todo y yo también te echaré una mano. Tengo una idea que les podría ayudar algunas semanas.

Capítulo 11

Ilona despertó en soledad y ese simple hecho, hizo que su día se volviera turbio y triste.

No por estar sola, porque antes de Max, lo estaba. Y le gustaba. No era eso.

Era porque lo extrañaba a él. Tenerlo a su lado para dormir, el beso de las buenas noches, los brazos de él protegiéndola de las pesadillas que de vez en cuando tenía.

Cada uno de esos pequeños instantes que llenaban sus noches junto a él.

Se sentó en la cama y vio por la ventana. Ni siquiera había cerrado las persianas la noche anterior cuando llegaron en completo silencio de la casa de su padre.

¿Cuánto tiempo más estarían así?

«Todo el que yo no le permita hablar» se reclamó a sí misma porque sí, estaba molesta con Max porque no le contó lo que ocurrió en esa reunión familiar en la que le prohibieron decirle a ella lo que los Daniels decidieron esa noche.

Y que ellos actuaran así, lo entendía bien, pero que Max les hubiera hecho caso...

«No es Elaine; y eso tú, ya lo sabías» se reclamó de nuevo sabiendo que ese pensamiento era el coherente y el que le invitaba a sentarse a conversar con él.

Desde la honestidad para ambos. Porque estaba claro que ella también pudo decirle que Els sí que estaba manteniendo una relación con Pierce y podía contarle también lo que le dijo su amiga, en una llamada que le hizo, acerca de las cosas que encontraron en la casa de España y lo del fantasma ese por el cual empezó todo el odio entre los Daniels y los Gordon.

Sin embargo, ella no le dijo nada a Max porque Els era su amiga y algo mencionó de que no diría nada en su familia de las cosas que sospechaban porque tenían que investigar todo lo ocurrido en el pasado para poder aclarar el presente, y Elaine no usó ninguna cláusula de confidencialidad con ella.

Se levantó molesta de la cama porque ella juzgaba a Max por algo que ella misma estaba haciendo con él.

Y no era justo.

Nada estaba siendo justo.

O ella no estaba siendo justa.

Fue al baño, se aseó y luego fue a la cocina.

Después del café, podría pensar con claridad y buscaría a Max en la otra habitación para conversar.

Cuando llegó a la cocina, se encontró a Max preparando el desayuno y recibéndola con un beso dulce, lleno de disculpas y vergüenza que ella fue incapaz de rechazar.

Después de que dejara a Max en la piscina en casa de su padre, se encerró en una de las habitaciones de la mansión de Fred y ahí se quedó recapitulando cada momento vivido con Max.

Cada palabra, cada beso; y de repente, empezó a llorar con angustia porque seguía sintiendo, a pesar de todas las declaraciones que él diera en la piscina sobre largarse del ducado y quedarse con ella, que eso no iba a ocurrir.

Lloró mucho queriendo llamar a Els para contarle lo que le pasaba pero la pobre estaría lidiando con sus propios problemas y no le pareció justo cargarla con uno más.

Ella sospechaba que su amiga aun no estaría al tanto de lo que se decía en la prensa inglesa

sobre su relación con Gordon porque de haberlo sabido, la habría llamado para desahogarse.

Y eso la frenaba aún más, porque quería protegerla y que disfrutara de la tranquilidad y libertad que consiguió en España junto a Pierce.

Esa misma tranquilidad y felicidad que deseaba para Max y ella.

Max olía a hogar, a amor, a refugio; y ella se aferró con fuerza a él sintiéndose tonta por haberse ofendido el día anterior porque él estaba cumpliendo con las normas y reglas en las que fue criado.

Así era su vida y ella ya lo conocía, sabía que a Max le costaría saltarse esas normas de su familia porque era increíblemente correcto y su sentido de honestidad y transparencia no le permitía saltarse una ley del ducado.

Max la abrazó con más fuerza y ella, ni tonta, aprovechó para sentirse protegida a su lado y dejar las inseguridades en otro sitio porque quería avanzar con él hacia un futuro feliz.

La mesa estaba servida y se sentaron uno frente al otro.

Max había preparado un desayuno ligero que agradeció porque no tenía hambre.

Aprendió que estar peleada con él, alteraba toda su existencia privándola de un sueño tranquilo y reparador y del apetito.

Tomó un sorbo de su café, le sentó genial.

Se sonrieron. Max le tomó una mano.

—Lo siento.

—Yo también.

—Quiero que conversemos de todo. Lo que no te dije porque estaba esperando el momento indicado para hacerlo, lo que ellos no quieren que te diga, lo mucho que odio hoy ser un Daniels y lo mal que me siento porque aun estás insegura de mis sentimientos por ti.

Ilona sonrió con una vergüenza enorme.

No podía decirle que no era eso porque le estaría mintiendo.

Sí, seguía sintiéndose insegura y no sabía cómo acabar con eso.

Empezaron a comer con calma. Sabían que ninguno de los dos saldría de ahí hasta haber aclarado todo porque ninguno de los dos se encontraba bien después de haber discutido.

Ella sonrió con ironía.

—Parece que esto es nuestra primera pelea seria.

—¿Habíamos tenido alguna poco seria? —Max relajó el rostro y sonrió como un niño que busca aprobación de la madre disgustada.

Ilona también empezó a relajarse.

Negó con la cabeza mientras masticaba un bocado de tostada de pan untada con queso crema y mermelada.

—La noche en la que fui al hospital —empezó a narrar Max y ella escuchó con toda la atención que requería—, llegué a casa agotado y sin ganas de hablar con mi familia, sin embargo, debía hacerlo porque tenía tiempo esquivando las reuniones de familia que requiere el ducado y lo más peligroso de todo, llevaba tiempo esquivando a mi madre —se desinfló viendo a Ilona con desasosiego—. Todavía la evito, esa es la verdad porque sí, cariño, le temo a mi madre. Sobre todo después de todo lo que he visto que es capaz de hacer y...

Ella le tomó de la mano de nuevo para tranquilizarlo. Max estaba dando declaraciones en voz alta que le asustaban y ella tenía que ayudarlo a darse cuenta de que podía enfrentarse a su madre sin problemas.

—¿Qué ocurrió esa noche?

—Tuve un enfrentamiento en casa porque me opuse a lo que querían hacerle a Elaine que, a

estas alturas, ya debe ser un hecho.

—Tu hermana temía que iba a pasar —lo vio a los ojos y él frunció el ceño. Si iban poner todas las cartas de honestidad encima de la mesa, ella también debía poner las suyas—. Hay mucho más de Els que no te imaginas, Max, pero vamos con una historia a la vez. Quiero saber qué más pasó esa noche.

Max respiró profundo.

Y continuó contando la historia de lo ocurrido desde que entró al despacho de su padre. La forma en la que le acorralaron, le amenazaron y la ofendieron a ella.

—Me llené de una ira que no había sentido antes en mi vida, Ilona, y fui directo al gimnasio y arremetí contra la bolsa de box de mala manera, por eso acabé en el hospital.

Ella asintió.

—Finges bien porque ese día creí que de verdad solo fue un simple accidente.

—Tenía que hacerlo, no te disgustes conmigo de nuevo, por favor.

—No, no. No quise sonar irónica con esto, lo estoy diciendo como una afirmación para mí. Porque es la verdad, si no hubiese ocurrido todo lo que ocurrió ayer, no estaríamos discutiendo esto.

—No ahora, pero sí lo hubiésemos hecho en unas semanas —La vio con tal intensidad que Ilona sintió ansiedad repentina—, no quería contarte nada porque estoy intentando protegerte. Más allá de las reglas del ducado, de las normas que me cuesta romper porque no es mi forma de ser, Ilona. Más a allá de todo eso —le tomó la mano y apretó con fuerza—, quiero que sepas que llevo semanas pensando en un futuro juntos. Como tiene que ser, porque contigo lo quiero todo.

Ella sintió el corazón latirle con una fuerza asombrosa y un extraño nudo en la garganta le impidió controlar su lado emocional.

Sintió el escozor en los ojos.

Max le besó el dorso de la mano sin dejar de verla y ella mantenía la mirada a pesar de que sabía que iba a romper a llorar pronto.

—Te amo y no quiero que dudes de eso. Quizá te parezco débil, es posible que a veces te oculte cosas, por favor, quiero que sepas que lo hago todo por una razón y me mata que no creas que lo hago por nosotros, por amor. Porque desde que casi te atropello no me creo la suerte que he tenido de estar así contigo después de tanto que pensé en ti en secreto, creyendo que tu solo me veías como a un hermano porque soy hermano de Els y ella es tu hermana de vida.

—Ay, Max, yo... —Ella no soportó tantas emociones dentro de si y se levantó para sentarse en el regazo de él pensando que iba a llorar como Magdalena, pero no, solo una lágrima rebelde salió de su ojo izquierdo enterneciendo a Max que la veía con tanto amor que ella podía derretirse allí.

Max demostraba las cosas que sentía a pesar de que poco hablaba de ellas y esa revelación la emocionó profundamente.

Estuvieron abrazados un rato.

Sin decir nada.

Hasta que la curiosidad de ella se removió de nuevo obligándole a separarse un poco del hombre que ella también amaba.

—Yo también te amo —ambos rieron con nerviosismo—. Aclaremos todo, por favor y planifiquemos ese futuro que deseas tener a mi lado.

Él asintió y siguió contándole todo lo que estuvo pensando hacer desde que empezaron a vivir juntos.

—Hay dos modos de hacer esto, Ilona. El primero es como lo hizo Els y el otro es como quiero

hacerlo yo; y lo he estado consiguiendo, mas necesito más tiempo —ella seguía escuchándole sentada en su regazo—. Mira, Els no tenía nada material qué perder. No conexiones, no relaciones, no negocios. Y por eso se marchó, porque en Blaston House no le quedaba nada. Los recuerdos los llevaba con ella y sabía que lo que podía ser de la abuela y que ella quisiera llevarse, mi madre no se lo iba a permitir sacar —le gustaba la forma en la que Max le hablaba esa mañana—. Por supuesto que tampoco sabía de todo lo que se venía encima cuando aceptó la ayuda de Gordon. Y tienes razón al decir que ninguno de nosotros...

Ella le puso la mano en la boca.

—Max, hay muchas cosas que no voy a entender jamás de la aristocracia. También haré un esfuerzo por entender porque sé que para ti es importante.

Él le sonrió con paz en la mirada y la besó con suavidad en los labios.

—Yo sé que, eventualmente, tendré un destierro como el que le están haciendo a Els, lo sé. Mientras más alargue la llegada a ese momento, más terreno económico aseguro.

Ilona iba a decirle que no se preocupara por el dinero y ahora fue él quien le puso la mano en la boca haciéndole sonreír.

—Tu padre ya me dejó en claro que puede mantenernos a lo grande, pero no está en mí aprovecharme de eso. En el ducado nos crían para ser la cabeza de la familia y el responsable económico de todo el ducado.

—Lo entiendo, Max.

—También está mi orgullo, el sentirme útil y seguro de ser capaz de sobrevivir sin ellos. Sin el dinero del patrimonio, sin Blaston House.

Se vieron a los ojos comprendiéndose, apoyándose.

—¿Mi padre te trató bien ayer cuando yo me comporté como una niña malcriada y ofendida?

Max rio divertido y le colocó un mechón de su pelo detrás de la oreja.

La observaba con adoración.

—Tu padre es un hombre como pocos. Me habría encantado que el mío dijera sobre Elaine, la mitad de las cosas que dijo Fred de ti. Está orgulloso de ti en todos los aspectos y me dijo que podía ser un gran enemigo si llegaba a jugar con tus sentimientos.

—Me protege.

—Lo sé, aunque sabe que no lo necesitas y eso es algo que yo no tenía muy claro —Ilona frunció el ceño porque no lo entendía—. Te veo fuerte y, como dijo tu padre, luchadora, pero te veo con amor y tengo la necesidad de cuidarte de la prensa, del que dirán, de lo que mi familia pudiera hacerte después de que se encarguen de Els.

—Tu madre es una mujer astuta, Max. Y nos iba a descubrir, incluso sin dar demostraciones en público. Por fortuna, no eres atractivo para la prensa. Lo que no te hace un blanco fácil en ese aspecto. Aunque —sonrió divertida—, Elaine les quitó a todos ese señuelo. Para la prensa ella es la única apetecible y ahora más porque Pierce se volvió el hombre del que más han hablado, no solo por lo aburrido que parecía ser si no por el show con al novia fugitiva —Hizo una pausa y lo vio con duda—: ¿Podrían sacarte del ducado? Yo no soy una Gordon y según Elaine me ha contado, esa nota especial es para los que se unan a ellos o mantengan algún contacto con ellos.

—Después de lo que escuché esa noche en el estudio de mi padre y vi la mirada macabra de Lawrence por hundir a Elaine a costa de lo que sea, creo que mi familia es capaz de mucho, Ilona; y sí, los creo capaz de sacarme a pesar de que eso también les llevará tiempo —suspiró—. Mira, tu padre ve muy bien la inversión que quiero hacer con Inder y ayer me dio la bienvenida a la familia, si tu aceptas, claro —le hizo un guiño.

—¿Me estas pidiendo matrimonio?

Él sonrió feliz.

—No me digas nada ahora. Quiero hacerlo bien, después de anunciar, al resto de los Daniels, mis salida económica del ducado.

Ilona no se creía lo que escuchaba esa mañana.

Se sintió feliz y aterrada a partes iguales porque pensaba que esa declaración de Max era lo que calmaría sus miedos de que, un día, le dijera que ya nada podía seguir adelante.

Y no todo se calmó.

Revisó en su interior y la inseguridad de que se arrepintiera seguía con ella.

Maldijo en su interior porque odiaba esa sensación después de todo lo que le escuchó decir.

—Sé que es mucho para procesar y por eso planificaba decírtelo todo poco a poco... con lo ocurrido ayer... yo...

—Está bien, cariño —le sonrió con sinceridad, obligando a sus miedos a hacer silencio, no quería escucharlos más.

—¿Hablaste con Els? —Ella negó con la cabeza—. Yo le llamé pero no me respondió y no me sentí capaz de dejarle un mensaje. ¿Sabe de lo nuestro?

—No. Y por todas las cosas que le vendrán encima con lo de tus padres, creo que no es tiempo de contarle nada. Esperaré.

—Me parece bien. Hay una idea que propuso tu padre que quiero consultarla contigo. No era mi idea original pero teniendo en cuenta todo lo que está ocurriendo y las amenazas de mi madre hacia nosotros, Fred cree que si fingimos un distanciamiento, podríamos hacer que ellos coloquen su atención en otras cosas —la mirada de Max era tan dulce que si le hubiese pedido mudarse de planeta, ella habría accedido—. No puedo salida del ducado antes de la fiesta anual de Blaston House. Yo soy el organizador del evento, el recaudador y quien da la cara por el ducado en ese acto. Es mi responsabilidad, no solo dentro del ducado sino para lo que implica en sí ese dinero que se recauda. Como bien sabes, ayudamos de diferentes maneras a los más necesitados y...

Ella lo besó con sutileza. La llenaba de amor ver lo entregado que era con el ducado, la responsabilidad, el gran corazón que tenía.

Ese ducado habría sido muy diferente si Els y él pudieran dirigirlo.

—Si mi padre dio la idea y cree que nos va a ayudar a ganar tiempo, eliminando miradas sobre nosotros. Vamos a hacerlo, Max. Solo asegúrame que, después de eso, podremos ser felices en absoluta libertad.

—Te lo prometo —con su mirada y el beso que le plantó, selló esa promesa.

Encontrarían su felicidad y entonces, podría exterminar todos sus miedos.

—Veo que alguien recobró la sensatez —comentó Lawrence cuando vio a su hermano aparecer en el comedor familiar de la mole y sentarse en su puesto habitual.

Se sintió tan extraño con esa acción que había hecho toda su vida pero no después de haber estado alejado de esa casa, de esas personas el tiempo que vivió junto a Ilona.

Desde que se marchó de su apartamento hacía tan solo unas horas, la extrañaba a morir.

Le sonrió con ironía a su hermano.

Su padre, lo observó con aburrimiento.

—¿Y mamá?

—Está ocupada con lo del evento. Algo de último momento, dijo.

Max asintió y esperó a que las criadas hicieran su trabajo como correspondía.

También a eso llegó a desacostumbrarse. Hubo un instante en el que sintió el impulso de tomar por sí mismo la comida que estaba en la mesa rectangular pegada a la pared y desde la cual iban

tomando la comida y sirviéndola a cada persona.

Golpeó a todos sus impulsos porque necesitaba mostrarse más normal que nunca.

También más decidido a cambiar según sus padres indicaran.

—Entonces, supongo que tu amante se puso exigente, y recapitaste, dándote cuenta de que tu madre y yo tenemos razón? —su padre comía y lo observaba con interés. Lo estudiaba.

Max probó la comida, que estaba deliciosa aunque le faltaba eso que podía hacer a una comida especial: sabor de hogar.

No reconocía un hogar allí.

Se sintió ajeno a todo nada más entrar a Blaston House.

—No quiero hablar de eso, padre. Conformate con saber que todo vuelve a la normalidad y que sí, ustedes tenían razón en todo. Mamá tenía razón en cuanto a Ilona y mi capricho con ella y —los vio a los ojos con seguridad—. Lo que nos hizo Elaine, es inaceptable.

Lawrence lo vio con sorpresa y su padre no pudo ocultar la satisfacción que sentía de tener a un aliado más en casa.

—Me alegra que recapitaras en todo, hijo. Eso es lo que hace un buen posible heredero.

—Hago lo que me corresponde.

—Tu madre va a alegrarse y sentirse más tranquila.

—De seguro empezará a organizarme citas de nuevo. Hablare con ella y le explicaré que no quiero pensar en casarme ahora. Creo que nos importa más arreglar el desastre de Elaine y luego, ya veremos.

—Muy bien, Max. Tienes razón con eso —afirmó su padre—. Tu madre a veces quiere dirigirnos a todos y me parece perfecto que le expliques que, ante todo, lo que más te importa es el ducado y que luego, podrás dedicarte a encontrar candidata.

Lawrence lo observaba con suspicacia.

—¿Y qué va a pensar de esto tu reciente amante?

Max quiso treparse por la mesa y llegar a él de la manera más salvaje para darle dos puñetazos como se los merecía pero no podía hacer eso.

Así que, como si nada, lo vio a los ojos y respondió:

—Me da igual lo que piense. Ahora tenemos cosas más importante de que ocuparnos, Lawrence, la fiesta y Elaine son nuestras prioridades. Así que empecemos a coordinar cómo vamos a explicarles a nuestros donantes, amigos y a la prensa, durante la fiesta, lo que ocurre con Elaine porque según lo veo, van a aprovechar para hurgar en nuestras vidas y debemos decir todos lo mismo. Solo lo que queramos que se sepa y que no se convierta eso en un hervidero de chismes.

—Me gustaría verle la cara a tu hermana cuando reciba la misiva, será esta misma semana.

—Es una gran lección para ella —secundó Lawrence—. Y estoy de acuerdo con Max en que debemos actuar con sabiduría ante la prensa porque, que Elaine se revuelque con un Gordon, es la peor ofensa que alguien ha podido hacernos.

—Tendremos una reunión familiar mañana para prepararlo todo. Podríamos mencionar las cláusulas del ducado impuestas por August y aprovechar eso para cambiar el tema dirigiendo la conversación a esa época y las cosas que hacían entonces o lo aprovechadas que querían ser las criadas. A los nuestros siempre les gustan esas historias de la antigüedad.

Max y su hermano asintieron con respeto.

—Podríamos exponer algunos cuadros de la familia. De esos que tenemos guardados en los archivos. Puedo encargarme de la selección.

—Buena idea —afirmó Lawrence.

El duque los observó complacido y después de tomar un sorbo de su vino dijo:

—Parece que volvemos a ser una familia unida. Brindo por eso.

Unas horas más tarde, Max accedía a los archivos de Blaston House con la fascinación con la que siempre accedía allí.

A pesar de que era terrible con las fechas, le gustaba saber la historia de su familia, imaginar escenarios, fiestas, negociaciones según las épocas.

Acuerdos.

Bajó por el elevador de carga porque no quería toparse de nuevo con su familia que, de seguro, estaba tomándose algo en el estudio y estarían comentando todo lo referente a su regreso.

Para hacer aún más real su postura, debía darles espacio tal como lo hizo antes de querer pasar con Ilona el resto de su vida.

Cada día, después de la cena, Max se retiraba a su habitación en donde leía sus comics en secreto y una hora más tarde, bajaba al gimnasio para hacer una rutina que lo mantuviera saludable. No se obsesionaba con su apariencia ni con los ejercicios.

Solo lo hacía para mantener la salud. Drenar el estrés y nada más.

Esa noche no leyó. Prefirió enviarse mensajes de texto con Ilona para preguntarle cómo iba todo y decirle que la extrañaba.

Ella respondió ansiosa, queriendo saber sobre su situación con los Daniels dentro de Blaston que parecía iba bien.

Eso fue lo que le dijo.

Después de pasarse en su casa conversando sobre el plan de Fred, acordaron no volver a tener contacto aunque no estaba seguro de poder aguantarse porque la extrañaba con locura; y no llevaba ni un día alejado de ella.

Tendrían que ser fuertes y aguantar todo lo necesario para luego poder ser libres.

Le preocupaba Elaine y le dijo a Ilona que la llamara. Él no podría hacerlo pero haría todo cuanto estuviera a su alcance para mantenerla informada.

Ya le habían dicho todo lo que harían.

Recibiría la misiva y luego, empezaría el papeleo.

La expulsarían del ducado y con eso, no tendría acceso a nada del patrimonio.

Vio a su alrededor sintiéndose mal porque Elaine no podría entrar allí nunca más.

No podría rebuscar en su historia, como hacía ahora Max.

Pronto su padre o Lawrence, cambiarían todas las claves de acceso de la familia y ella quedaría excluida de todos esos cambios.

Que tristeza.

Que rabia sentía.

Y pensar que le tocaría a él también, lo volvía aun más inestable.

Respiró profundo para calmarse al entrar en la sección que buscaba de los archivos.

Encontró un retrato de August junto a su esposa y su descendencia. También encontró uno pequeño de Constance.

Esa mujer...

Daba miedo nada más verla.

Admitía que ese retrato era mucho más amigable que el de la biblioteca, aquel que él pensaba que tenía vida propia.

Y se entretuvo con otros tanto retratos que estaban bien cuidados dentro de los archivos y que dejaban ver una época en la que las cosas eran tan diferentes.

«¿Lo eran?» Pensó.

Porque parecían seguir siendo la misma sociedad aristocrática de entonces solo que con objetos modernos y sin pinturas al óleo.

Negó con la cabeza observando a su alrededor de nuevo.

Se preguntó si sería esa la última vez que estaría allí.

Esperaba que no.

Quería enseñarle a Iлона ese espacio de la casa que tanto le gustaba. Así como esperaba poder compartir con ella momentos dentro de la mole y explicarle anécdotas que le contaron sus abuelos cuando le llevaban a hacer recorridos para conocer a los ancestros de los Daniels.

Sintió nostalgia de no haber estado más tiempo con ellos cuando se convirtió en un hombre.

Sintió nostalgia por el pasado, porque quería una vida tranquila sin salir de ahí.

Tenía derecho a disfrutar de cada rincón de la mole, de leer sus archivos, de elegir un ala de la casa para ocuparla con su futura familia.

Sonrió bufando porque sabía que, aunque su familia aceptara todo, de buena o mala gana, Iлона nunca podría vivir en un lugar como Blaston House ni acceder a llevar una vida aristocrática con todos los compromisos y las normativas que había que asumir.

Protocolos que ahora tampoco él asumiría.

Si estuviese en su poder, cambiara todo el sistema del ducado y lo llevaría a la vida moderna.

A hacer que las nuevas descendencias se sientan a gusto ahí.

Que sean libres asumiendo la responsabilidad de sacar adelante el ducado y cuidar del patrimonio sin tantas normas ni protocolos antiguos.

Ni odios entre familias.

Suspiró tomando lo que necesitaba y se encaminó hacia la salida de los archivos.

Cambiaría mucho, sí.

Lástima que todo se reducía a sus ganas de cambiarlo porque en la realidad, no podría hacer nada a menos de que su padre y Lawrence murieran o quedaran sin facultades para poder dirigir el ducado.

Él pasaría a ser entonces el nuevo duque de Lanhill.

Era muy retorcido ese pensamiento porque por muy malas personas que fueran los suyos, no era capaz de desearles la muerte.

Abrió la puerta, salió con los cuadros en las manos, antes de que el alumbrado automático del corredor se accionara, una sombra al final del mismo le puso los pelos de punta.

Afortunadamente, tan pronto como las luces se encendieron, la sombra desapareció y Max no quiso quedarse a investigar nada más.

Era momento de irse así tuviera que subir a la casa por las escaleras del estudio y encontrarse de nuevo con su familia.

Era mejor eso, que encontrarse con lo que creyó haber visto.

Capítulo 12

—¡Ilona! —Maxwell la llamaba desde las escaleras de la zona de carga de la parte más antigua de la casa.

Era el día perfecto para compartir con ella ahí dentro sin tener miradas vigilantes encima porque, con la fiesta, nadie estaba pendiente de lo que él haría a esa hora cuando ya todos estaban ocupados con sus respectivas actividades.

Su madre estaba como pez en el agua y nada le importaba más ese día que servir como una anfitriona ejemplar y distinguida.

Su padre y Lawrence estaban encargados de la caza y él, de agradecer a cada invitado su maravillosa donación.

Cosa que hizo tal como estaba pautado por lo que, en cuanto tuvo la oportunidad, le envió un mensaje a Ilona diciéndole que le esperaba en la puerta de acceso a la mole por la zona de carga antigua.

“Las que Els y tu usaron mucho” le escribió recordando aquella época en la que las chicas se escabullían por allí y luego Ella Daniels reprendía a Elaine porque esos no eran comportamientos de buenas jovencitas como ellas.

—¡Ilona! —le pidió que se acercara en taxi y él luego la sacaría de Blaston escondida en su propio coche. Era una aventura que iban a vivir ese día y sentía emoción por eso y por encontrarse con ella.

Claro, si era que la encontraba.

“¿En dónde estás?”

Le escribió al móvil porque no caían llamadas al teléfono de la chica, cosa que era normal en algunos lugares de Blaston House.

Bajó las escaleras con prisa, vigilando que nadie se asomara por la zona, aunque sabía que nadie estaría por ahí porque era la zona más solitaria de la casa por costumbre desde que se hizo la nueva zona de carga y descarga.

En la parte antigua, los únicos movimientos se daban cuando su madre remodelaba y llevaba unas semanas sin tocar nada de esa ala de la casa.

Ilona no estaba en la zona de carga tampoco.

Se asomó afuera y no había ni rastro de gente. Todo el mundo estaba del lado opuesto de la propiedad.

Resopló preocupado.

¿En dónde se había metido?

Subió con prisas las escaleras y tras revisar el estatus del tránsito de gente por ese lugar, era mejor ser precavido, se movió con rapidez por el pasillo principal que estaba oscuro y descuidado.

Desde que su abuela muriera y su hermana se fuera a España, aquel espacio de la mole quedó inactivo por completo.

Su madre aun se debatía qué hacer con ciertos espacios para darle mejor uso a todo.

Entraba la luz natural por las amplias ventanas que estaban por toda la casa, y aun así, no se veía con claridad al final de los corredores, lo que le hizo recordar la sombra que vio en el sótano

poniéndole la piel de gallina de nuevo.

—¡Max! —la escuchó en susurro. Corrió hacia el lugar del que provenía la voz—. ¡Max!
¡Maldición!

Sonrió en cuanto la vio con el brazo en alto intentando conseguir señal para su móvil.

Corrió, literalmente, hacia ella.

La tomó por sorpresa impidiéndole gritar gracias al beso que le estaba dando después de hacerla prisionera entre sus brazos.

¡Dios! Que bien se sentía tenerla con él.

¡Cómo la había extrañado!

Ella temblaba.

Se separó un poco de ella.

—¿Estás bien?

—¡No, idiota! Estaba aterrada. Yo me pierdo en esta casa y no tenía ni idea de cómo encontrarte.

Lo abrazó con fuerza. Estaba muy asustada, lo que le hizo sonreír divertido alzándola en vuelo para luego hacerla danzar de puntillas.

Se vieron a los ojos mientras se movían en una danza fluida por el corredor repleto de armaduras y Max, sin darse cuenta, la guiaba a una de las habitaciones que estaban abandonadas pero que aún servían de dormitorio si se quería.

Y sí que quería, porque necesitaba amarla.

La deseaba.

Entraron en una habitación que retocada por su madre.

Podía distinguirse la simplicidad de lo nuevo combinado con algunas de las cosas antiguas como los retratos.

Ilona vio a su alrededor, el juego de sombras reinaba en la estancia porque no estaba bien iluminada y la luz del exterior estaba bloqueada por pesadas cortinas.

Pero estaba todo ordenado y parecía limpio.

Max no le dio tiempo de reacción a la chica porque si la dejaba pensar, ella misma rechazaría la oferta de un encuentro sexual casual allí, ese instante.

Por lo que se puso manos a la obra y la besó con toda la pasión que le fue posible, deseando fundirse el uno con el otro.

Decididos a solo estar para ellos sin importar lo que pasaba a su alrededor.

Sin percatarse que, la mujer del pasado, los vigilaba de cerca.

Capítulo 13

En los últimos días, Ilona adoptó la mala costumbre de ver al teléfono a cada momento con la excusa de chequear si tenía algún mensaje de algún cliente importante.

Pero sabía muy bien que su ansiedad no era provocada por la falta de clientes si no por la falta de noticias de Maxwell.

Desde hacía unos días no recibía una llamada de él.

Y los mensajes, eran escasos y siempre respondiendo de forma cortante a alguno que ella le enviara.

“Estoy ocupado ahora, te llamo luego”, no lo hacía, por supuesto.

“Reunión familiar”

“Con mi madre”

“Reunión en la oficina”

Y así podía seguir, lo que estaba creando inestabilidad en sus emociones porque empezaba a pensar que quizá, Maxwell se entregaba de nuevo a su vida de hijo de los duques de Lanhill pensando que era lo más correcto que debía hacer y que, por el bien de todos, lo de ellos tenía que terminar.

No sabía cómo enfrentar esa posible realidad.

Negó con la cabeza porque sabía que el problema no solo eran los mensajes.

Estaba celosa e insegura, más que nunca, porque esos mensajes respaldaban la mentira que Max le dijo al salir de Blaston House y que arruinó el día perfecto que pasaron juntos porque desde ese momento, en el que Ilona creía que Max no le dijo nada para no angustiarse, ocasionó todo lo contrario haciendo que ella se convirtiera en una bola inestable de emociones negativas y catastróficas a punto de estallar.

«Se nos acabó la diversión, cariño, debo seguir con mi teatro. ¿Te importa regresar a casa en Taxi? ¿Te acompaño hasta la zona antigua de carga y lo esperamos allí?»

Ilona le dijo que no, que no le importaba. Porque así era. Esperaba que él le dijera más de lo que ella alcanzó a escuchar en las palabras de Lady Lanhill al otro lado de la línea:

«Maxwell, ¿en dónde estás? Me gustaría que conocieras a Lady Isobel. Es justo tu tipo de chica»

Ciertamente, Max no colocó buena expresión: Ceño fruncido y mirada de hastío pero no comentó nada al trancar la llamada con su madre; tomando una actitud seca con Ilona porque estaba nervioso.

Ilona volvió al presente encontrándose en su terraza, cerveza en mano pensando que aquella acción la relajaría.

Debía dejar de pensar en lo que ocurría con Max, debía darle el beneficio de la duda, sí, mas sin volverse loca porque tal vez, él estaba teniendo unos días muy duros dentro del ducado y debía fingir más de la cuenta.

Ella accedió a ese plan de fingir que entre ellos todo había terminado y que cada uno seguía con su vida, así que tenía que entender que él se estaba tomando en serio su papel.

Suspiró derrotada y triste. Lo extrañaba a morir.

El último día que lo vio y que se comportó como el Max que quería arrasar con el mundo junto

a ella, estuvieron en Blaston House viviendo una romántica aventura que la hizo sentirse como una adolescente alocada que se escondía con su primer amor en una de las habitaciones de la mansión, para besarse y explorarse en el rincón más alejado de esa estancia grande y bien arreglada amparados por la imponente cama, que les sirvió de escudo protector en caso de que alguien decidiera abrir la puerta y husmear dentro.

Ellos quedaban ocultos de todos los fisgones.

Se amaron con desespero y amor a partes iguales.

Se exploraron, se besaron, se unieron.

Suspiró de nuevo.

Bebió otro sorbo de la cerveza sintiendo, de pronto, unas ganas tremendas de llorar.

Así se la pasó todo el día, trabajando entre ganas de llamar a su mejor amiga y decirle que la necesitaba y que le ayudara con Max.

Y ya no eran niñas para ayudarse con el chico de turno y su amiga estaba en otro país.

Además, debían fingir que no ocurría nada entre ellos remarcó en su cabeza, y Els ni siquiera estaba al tanto de lo que habían vivido antes de ese día, antes de la decisión de «Fingir».

Por lo que tendría mucho que explicar y a ella no le apetecía ese día.

Pensó también en hablarlo con su padre cuando le la llamó en la mañana para preguntarle cómo iban las cosas, ella solo se limitó a decir «bien» y «pronto todo acabará, papá, y Max y yo, regresaremos a nuestros planes».

Porque era su esperanza la que hablaba.

Era lo que más deseaba, que todo terminara y que pudiera estar allí sentada con Max, sin temer a que los descubra Lady Lanhill y que le hagan la vida un infierno a él.

«Más» pensó indignada, porque estaban viviendo ambos un infierno de igual manera, aun sin declarar, de manera oficial, el amor que se tenían.

Lo que hacía que los Daniels se salieran de nuevo con la suya.

«Maldita familia» pensó con rabia. Sabiendo que sus pensamientos no eran los políticamente correctos, pero es que ellos tampoco eran buenas personas así que...

«Estamos a par».

Vio el teléfono y en ese instante, la luz de una llamada entrante se activó haciéndole inclinarse y tomar el móvil con el corazón acelerado pensando en Max y...

Elaine.

Suspiró con fuerza como si quisiera librarse de todo lo negativo que sentía para que su amiga no la descubriera.

—¡Els!

—Querida, ¿Cómo estás?

—Bien, bien.

—¿Molesto? —su amiga creería que ella podía estar en el taller, creando.

—No, para nada, estaba tomándome un descanso en la terraza.

—¿Descanso? ¿Conoces eso?

Ambas rieron.

—Debería ir más a menudo a España porque allí sí que podría descansar.

—No tengo amigos españoles aún y no creo que quieras salir con los amigos de Pierce que nos visiten allí.

Pensó en Max. Sacudió la cabeza.

—Uuuuu —intentó usar un tono seductor y divertido imaginando a Els volviendo los ojos al cielo y colocando sonrisa de tonta—, ya hablamos de cosas en común: Amigos, cenas, casa. No

hemos podido hablar desde hace mucho, Els. ¿Cómo van las cosas?

—Mal. Mi padre insiste con lo del destierro, Pierce está indignado y...

—Dile a Pierce que yo me sumo a su club.

—Sí, bueno, cariño, hay más.

—Cada vez que dices algo así, siento que me vas a dar la noticia de que voy a ser tía antes del tiempo en el que planeo serlo.

Ambas rieron de nuevo.

—No, Ilona, esto es una historia de hijos pero no míos; y que de ser cierta, pondrían al ducado en riesgo.

—¿A Pierce?

—No, al Ducado de Lanhill.

Ilona se llevó una mano al pecho y se sentó recta.

—Te escucho.

Elaine le contó una historia de ficción que superaba a la que le contara hacía semanas, cuando le dijo de sus conversaciones con María del Mar que, en realidad, no era María del Mar y...

Que todo tenía relación con esa historia de odio entre los Daniels y los Gordon.

Pierce y Elaine encontraron algo en la casa española que podía aclarar muchas cosas del pasado entre estas familias pero necesitaban más y por ello, tenían que acceder a Blaston House.

Al parecer, esas cosas descubiertas en la casa española y que investigaban en el Castillo de Hartington, las habían robado y buscaban al responsable del robo.

—Podría haber algo en los archivos de Blaston que nos ayude y necesito que me eches una mano para entrar allí.

—¿Y yo cómo podría ayudarte, Els?

—Con Max —«Oh» Ilona se tensó por completo porque no esperaba que Elaine estuviera al tanto de su relación con Max y que, además, le perdonara de tan buena manera que se lo ocultara—. ¿Crees que podría usar tu casa para encontrarme con mi hermano allí? No tengo mejor lugar que ese, nadie lo va a relacionar contigo y yo soy tu amiga que, supuestamente, está en España. Nadie sabe que estoy aquí y te pido discreción con Max porque de seguro te conté más de lo que pienso decirle a él.

Ilona se relajó.

Els no sabía nada.

Se sintió mal también por ocultarle algo tan importante en su vida cuando ella era un libro abierto con la suya y confiaba sin dudarle.

¿Y si le decía?

No.

No.

—¿Ilona?

—Sí, Els, lo siento, lo siento; es que estoy distraída hoy.

—Ya lo veo, ni siquiera me has reclamado el hecho de estar en casa y no haberte avisado nada.

Ilona aprovechó esa carta.

—Pues sí que lo escuché, solo que estoy siendo una amiga comprensiva. Ya me lo cobraré — ambas rieron—. Mi casa es tu casa y puedes reunirte aquí cuando quieras.

—Bien, voy a llamar a Max ahora mismo y te aviso en un mensaje de texto hora y día.

—Perfecto.

Colgaron e Ilona empezó a frotarse las manos en los muslos de los nervios porque iba a estar en la misma estancia con Max y con Els y tendría que ser una campeona en actuación para que su

amiga, que la conocía muy bien, no la descubriera.

Su mente empezó a maquinarse un millón de planes con respecto a Max y ella el día en el que acordaran la cita, porque Max podría llegar antes así tendrían la oportunidad de conversar y de verle los ojos mientras le asegura que no tiene que dudar o temer de nada con respecto a ellos porque nada va a separarlos.

Se frotó de nuevo las manos en los muslos.

Recibió el mensaje de Els.

“Mañana en tu casa a las 10:00 p.m. ¿Te viene bien? Max no puede antes”

Sonrió emocionada, sospechando que esa excusa de Max solo había sido para poder tener tiempo a solas con ella antes de que Els y Pierce llegaran a la cita.

“Nos vemos mañana. ¿Vendrás antes para ponernos al día?”

Debía asegurar todo el terreno para avisarle a Max.

“Era mi idea, pero los Gordon quieren repasar muy bien el plan. Te aviso si podemos llegar antes”

“Cruzando los dedos. Besos”

Els respondió que ella esperaba lo mismo con *emojis*.

Sonrió emocionada presintiendo que Max la llamaría para coordinar todo.

Fue a la habitación y se echó en la cama a esperar la llamada.

Sin embargo, el cansancio de todos los días anteriores en los que se sintió angustiada, le jugó una mala broma sumergiéndola en un sueño tan inmediato y profundo que no pudo responder a la llamada más importante de Max.

Capítulo 14

Max sintió ganas de mandar todo a la mierda, recoger su ropa y abandonar Blaston House porque todo se le estaba complicando de una forma que le estaba angustiando.

Era la segunda vez que intentaba llamar a Ilona para hablar con ella con calma porque no había podido hacerlo antes debido a que sus padres tuvieron que abandonar repentinamente Blaston House y al no estar Lawrence dentro del ducado tampoco, Max tuvo que asumir la responsabilidad al completo.

Un negocio en no sabían en dónde, le dijo su padre; y Lawrence, estaba atendiendo un «no sé qué»; y su madre... volvió los ojos al cielo agotado... su madre siempre se subía a cualquier avión con cualquier excusa.

Esa vez, dejándole con una cita a ciegas en el día más inoportuno del mundo.

Cuando su madre le dijo que, en su ausencia, debía recibir a Lady Charlotte, la sobrina del conde Charles III que estaba de visita y que ella misma se ofreciera para hacerle un tour por la casa, pero que debido a su sorpresivo viaje, tendría que hacerlo él y Max, como era de esperar, le dijo que no.

Ella lo vio con suspicacia, lanzándole una amenaza que no podía permitir que llevara a cabo. Solo él parecía haber creído que iba a ser capaz de engañarla con respecto a Ilona.

La duquesa se olía toda su farsa y se lo demostró en esa conversación.

—Lady Charlotte es fan de los accesorios de tu amante. Sería una lástima que le llegara a los oídos algún mal comentario de la calidad o originalidad del producto, ¿te imaginas, Max? ¿Eso sería algo fatal para el negocio de tu... amante.

Y él, como un idiota, como la estúpida marioneta que siempre había sido dentro de esa casa, cedió y se mostró débil una vez más.

La mirada fría, vengativa y calculadora que usó su madre parecía la misma que ahora notaba en el cuadro de Constance Daniels que estaba sobre la chimenea.

Se encontraba solo en la biblioteca, escoces en mano y tratando de entender por qué no había tomado todo y se había largado.

¿Por qué seguía atado a ese sentimiento de responsabilidad y peor aún, porque se dejaba controlar por esa responsabilidad que solo iba a traerle problemas?

Faltaba tan poco y todo parecía ponerse de cabeza intentando poner a prueba su resistencia.

Esa semana debía ser la semana en la que él dejara todo en orden y se largara del ducado pero el cierre del trato con Inder estaba tardando más de lo esperado y surgieron otras buenas oportunidades que le retuvieron dentro del ducado, dándole la oportunidad al destino de que todos se largaran endosándole las responsabilidades que ahora tenía y ayudando a su madre en su plan de separarlo de Ilona.

Tomó un trago fijando su mirada en el cuadro.

Sí, le ponía los pelos de puntas.

Tanto como el hecho de pensar que su madre podría poner en riesgo lo que tanto le costara conseguir a Ilona.

Eso no iba a permitirlo y tal vez a Ilona no le importaba perder algunas clientas o que su madre empezara a correr rumores entre sus amistades, pero a él si le importaba porque esa mala fama la

habría provocado el y lo llenaba de amargura nada más pensar en eso.

—Queda menos, amigo —se dijo en voz alta—. Tienes la cena y esperas a que ellos regresen para irte.

Ya tenía casi todo lo que se llevaría bien seleccionado en su habitación.

Aunque aun no estaba en maletas.

Solo unos días más de farsa por Ilona y después le diría toda la verdad.

Ella entendería estaba seguro.

Dios, se había convertido en farsante. Engañaba a su familia y a Ilona porque le estaba mintiendo a ella también.

La fiesta era cosa del pasado y ella no sabía porqué el seguía allí. No sabía lo de la amenaza de su madre, no sabía que el día de la fiesta cuando la estaba pasando tan bien y su madre lo llamó, era para presentarle a la hija de...

Volvió los ojos al cielo porque ya ni recordaba de quien era la hija.

Logró zafarse de ella gracias a que los hombres regresaron de la cacería y él se sumó a la contabilización y celebración masculina mientras las mujeres seguían entre pastelitos y tés.

No supo cómo manejar la petición de su madre, el hecho de estar con Ilona a escondidas dentro de Blaston aumentó su nerviosismo y desde entonces no hizo más que comportarse como un maldito adolescente que le miente a la novia de turno.

El asunto es que era la mujer de su vida no la novia de turno.

Se frotó el rostro con desespero y bebió de golpe lo que le quedaba en el vaso.

Vio el reloj, no era tarde pero si Ilona no respondía tal vez era porque estaba trabajando en el taller y no quiso insistir.

Le envió un mensaje breve diciéndole que no podría ir antes de la cita con Els por «compromisos» no iba a explicarle a su chica lo del «compromiso» que le adjudicó su madre y sabía que tampoco se lo podría decir en persona porque la haría dudar.

Y era lo menos que necesitaba.

Quizá era mejor que no respondiera la llamada. Así no se sentiría tentado a contarle lo que le estuvo ocultando y la verdadera razón por la cual no podría llegar antes de la cita con Elaine a su casa; sabía que Ilona estaría esperando esa llegada anticipada porque lo extrañaría tanto como él la extrañaba y frente a su hermana debían seguir con la farsa de ser solo conocidos.

¿Y si cancelaba la cita con la mujer esa?

Negó con la cabeza porque sabía que todo llegaría pronto a oídos de su diabólica madre y otra vez temía que si pudiera llevar a cabo sus amenazas sin él habérselas dicho primero a Ilona.

No. Además, la cita con la mujer era en Blaston y podía sentirse tranquilo de que nadie del medio los vería accidentalmente confundiendo las cosas y haciendo llegar a oídos de Ilona cosas que no eran las reales.

Si lo ocultaba todo, la mantendría segura y protegida. Sin dudas ni ansias.

Él no tenía interés alguno en otra mujer e Ilona lo sabía, pero él había demostrado un actitud poco común hacia ella en los últimos días y no quería sumarle más cosas negativas que la llevaran a pensar lo que no era.

Intentaría llamarle de nuevo en la mañana.

Negó de nuevo con la cabeza.

—No porque se te escapará algo —sintió rabia y quiso desaparecer dejando todo tal como estaba en Blaston, en el ducado y pasar todo el día junto a Ilona para luego sorprender a Els cuando se reuniera con ellos.

Algo en ese pensamiento lo incomodó de inmediato.

¿Un presentimiento?

Pensó de nuevo en su hermana y la llamada que le hizo.

Suspiró.

Sonaba nerviosa y angustiada.

Le aseguró que estaba bien y él intentó disculparse por las acciones de su padre; Els le pidió que lo dejara para otro momento porque había cosas que urgían.

¿Qué podía urgir?

¿Y por qué tenía que hablarlo con él?

Se levantó de su asiento para servirse más escoses. Sintiendo de pronto una brisa fría que le erizó los vellos de la nuca.

Cuando levantó la mirada, lo primero que vio fue la mirada de Constance y por un segundo, uno de esos que son tan fugaces que te hacen dudar, le apreció ver que sonreía maliciosamente con la mirada.

Se bebió todo el contenido del vaso y salió de ahí tan pronto como soltó el vaso.

Esa mujer le ponía los pelos de punta.

Y su situación actual, también.

—Te queda muy poco, Max. Aguanta. Aguanta.

Murmuró mientras se dirigía en silencio y a oscuras hacia su habitación sin percatarse que, Constance lo seguía.

Ilona corrió a la puerta cuando el timbre sonó.

Y se llevó una sorpresa grata, aunque inesperada, a las 9:45 p.m.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Elaine borrando la sonrisa de alegría del rostro cuando vio el de ella no recibirla como debía.

Parpadeó un par de veces y sonrió abrazando a su amiga.

—Ahhhhhh estás aquí —Elaine, por fortuna, respondió como ella esperaba y entre abrazos, besos y saludos, entraron al apartamento.

Pierce las observaba divertido.

—Por favor, siéntense. Pierce, por favor, primero abre la botella de vino que dejé en la cocina.

Pierce asintió y fue a hacer lo que le pedían.

Ilona abrazó con fuerza de nuevo a su amiga.

¡Cuánto la había extrañado!

En esos últimos días, había extrañado muchas cosas.

A mucha gente.

Gente que le decía que estaría quince minutos antes y que luego, no cumplían.

Gente que no insistía en las llamadas.

Gente que...

—¿Qué diablos te pasa?

A su amiga no había quien la engañara pero la función de ella y Maxwell debía continuar así es que no podía delatarse.

—Cansancio. Estoy agotada porque no he hecho más que trabajar por estos días como si no hubiese mañana y... —la vio a los ojos— te extrañaba muchísimo.

Elaine la analizó con suspicacia.

—¿Solo trabajo?

Pierce irrumpió e Ilona lo agradeció cambiando de tema.

—Que emoción tenerlos aquí, verlos juntos —vio a su amiga—; tenemos tanto de qué hablar.

Auch.

—Ya lo creo —Els seguía observándola raro.

Ellos se sentaron en el sofá largo, uno junto al otro. Pierce se mostraba cariñoso con ella y eso le encantó a Ilona.

Su amiga se merecía alguien que la respetara y valorara por la gran mujer que era.

—¿Han avanzado en lo del robo?

Ambos negaron con la cabeza.

—Siguen investigando —comentó Pierce—. Pero no descansaremos hasta saber quién y por qué robó las piezas.

Elaine vio a su amiga con duda e Ilona supo lo que significaba esa mirada.

—¿Crees que ellos...?

Elaine asintió con vergüenza y Pierce le tomó de la mano con amabilidad.

—Quiero hablarlo en persona con Max porque me gustaría saber qué piensa él. O si sabe algo y les está guardando el secreto.

—Imposible —sentenció Ilona y Els la observó de nuevo con duda. Era momento de reparar su espontaneidad—. Si fuese Lawrence, ya te diría yo que lo amarráramos a la silla y lo interrogáramos con tortura, Maxwell es más parecido a ti.

—Yo pienso igual —Pierce parecía sincero.

—Sí, puede que sea más parecido a mi, mas eso no quiere decir que no haría lo que padre y madre le obliguen. Max es manipulable.

«¡Ja! ¿No me digas?» pensó con gran ironía Ilona.

—¿Qué ocurriría con el ducado si apareciera descendencia de August? —Ilona aún no se creía la gran historia que Els le contara el día anterior por teléfono.

—No mucho —empezó a explicar Pierce—. En la época de August, los hijos bastardos, aun siendo primogénitos y reconocidos, no podían heredar el título.

—¡Oh! Es una lástima que tu padre no pueda tener una piedra en el zapato de manera permanente —comentó Ilona viendo a su amiga, avergonzándose por su sinceridad—. Lo siento, cariño. Es tu familia y...

—Y sabes cómo son —Elaine era una mujer sensata aunque Ilona no dudaba de que le dolía tener una familia como la que tenía.

Ilona vio el reloj.

Empezaba a impacientarse de mala manera porque estaba realmente disgustada con Max por no acudir a la hora prometida.

—Le enviaré un mensaje a Max porque es muy raro que se retrase de esta manera.

Ilona asintió bebiéndose de un trago lo que le quedaba en la copa y sonrió a Pierce con nerviosismo.

Odiaba sentirse así y engañar a su amiga.

Sonó el intercomunicador que Ilona atendió de prisa.

Había llegado.

Espero con impaciencia de nuevo hasta que el timbre de casa sonó y abrió la puerta encontrándose al hombre que amaba viéndola a los ojos con vergüenza, miedo y cansancio.

Max le escondía algo. Esa mirada...

—Hola.

Ella le sonrió a medias y le dio paso a la casa en donde Elaine lo abrazó con fuerza nada más verlo entrar.

Pierce se colocó de pie, y como el caballero que era, le tendió la mano.

Max le sonrió asintiendo y respondiendo a su saludo como era debido.

Ahí estaba el aristócrata que Ilona recordaba y que sabía que no podría alcanzar jamás.

Si tenían un plan en el que ellos quedaban felices por siempre, por qué diablos tenía en la boca del estómago la asquerosa sensación de que eso no iba a ocurrir.

Ni en una semana, ni en un mes ni...

Tragó grueso, se sirvió vino y tomó un trago.

Después se sentó en un sillón individual que estaba junto al que Ilona ocupaba frente a Elaine y Pierce.

—¿Quieres vino, Max? Es español te va a encantar... —Elaine le preguntó al ver que Ilona no tomaba acción y que estaba pensativa, viendo a Max con ojos de cordero.

—No, Els, gracias. Debo seguir trabajando cuando llegue a Blaston House porque estoy solo —Pierce y Elaine se vieron con complicidad—. ¿Cómo han estado ustedes? —Vio a su hermana —. Tú, con lo de papá y...

Pierce levantó la mano.

—Hablaremos de eso en otra oportunidad porque no pienso permitir que a Elaine la saquen de lo que por derecho le pertenece.

—Y yo los apoyaré cuanto pueda. Nunca estuve de acuerdo en las reuniones —vio de nuevo a su hermanita que le agradeció el apoyo con la mirada.

Max necesitaba ver a Ilona también pero no se atrevía porque se sentía indigno de ella.

No es el momento, concéntrate».

—¿Que es lo que urge si no es lo de tu destierro, Els?

En cuanto Elaine y Pierce empezaron a explicarle lo del robo en el Castillo, lo de sus suposiciones hacia lo Daniels, lo que querían buscar en los archivos...

Max se inclinó colocando los codos en sus rodillas, frotándose los ojos porque no sabía si era el cansancio, la presión de las amenazas de su madre, la responsabilidad de llevar todo el ducado por su cuenta, las mentiras que le estaba diciendo a Ilona, su mirada entristecida y apagada por su comportamiento, la rabia por no poder para con el sufrimiento de ambos o solo era que le sonaba ridículo y hasta ofensivo que Elaine pensara que la familia de ambos era capaz de hacer lo que ella decía.

La vio con el ceño fruncido.

Estaba furioso.

—No voy a darte acceso a nada porque, Elaine, papá y mamá podrán ser lo que sean pero no son ladrones —¿o sí? Pensó recordando todo lo que eran capaz de hacer para salirse con la suya y aquello lo enfureció más, subiendo el tono de voz mientras empezaba a caminar como león enjaulado—: ¿Cómo puedes llegar a pensar algo así? No voy a ayudarte, lo siento.

Resopló enfurecido.

—Max —se dio la vuelta para responder al llamado de Ilona y cuando vio sus ojos se sintió miserable. Ella no estaba bien y si él seguía con todo eso, la iba a perder—. Por favor. Ayuda a tu hermana en esto.

No le hizo falta decir más con palabras porque en los ojos de su chica leyó el resto de lo que ella le quería decir y que por estar fingiendo una vida que ninguno quería llevar, no podía.

«Siempre dices que la ayudarás, ahora es el momento de reivindicar lo que no has hecho antes».

Se vieron un par de segundo más hasta que fue ella quien rompió el encanto.

—Voy al baño.

Max la vio alejarse y se llamó idiota mil veces.

Vio a su hermana y Suspiró.

—¿Cómo piensas hacerlo?

Mientras Elaine le explicaba lo que necesitaba, Max solo podía pensar en que todo eso que Elsie podía retrasar su salida de Blaston House mucho más.

¡Maldición!

Y quiso negarse de nuevo pero sabía que Ilona se sentiría aún más decepcionada de lo que la veía ese día y era mejor no empeorar las cosas.

Tendría que buscar la manera de poder encontrarse con ella mientras sus padres estuvieran fuera y explicar todo.

Debía decirle la verdad de todo y que le esperara el tiempo que fuera necesario.

Capítulo 15

Unos días más tarde, Ilona decidió volcar toda su tristeza en su trabajo porque si no, iba a volverse loca.

Tras la visita de Max a su casa, Ilona no volvió a saber de él.

Esa última noche, Ilona sintió que Max era un desconocido.

Empezó a pensar que, quizá, sí había decidido volver a ser el títere de su familia y que, al no tener pantalones, no sabía cómo carajo decirle en su cara que todo fue un error entre ellos.

Le escondía cosas, lo vio en su mirada, y eso fue lo que peor le hizo sentir.

Encontraba un poco de consuelo en saber que ayudó a Els en todo lo que le pidió para acceder a Blaston a hurtadillas; e Ilona sentía que ese gesto, lo reivindicaba un poco.

O solo era que ella quería aferrarse a cualquier esperanza y darle siempre el beneficio de la duda porque se negaba a creer que Max decidiera apartarse de ella para siempre.

Por más que tratara de excusarlo de mil maneras y de entenderlo otras mil más, le ocultaba algo que a ella no le iba a gustar porque, otra vez, lo vio en su mirada.

Llena de anhelo por ella ya la vez, llena de miedo de verla con sinceridad.

¡Dios, que incertidumbre! Estaba realmente agotada de pensar y pensar en Max.

“¿Nos vemos en tu casa más tarde? Tarde de chicas, lo necesitamos”

Sonrió a medias, su amiga del alma parecía que presentía su tristeza en la distancia.

“Síiii” le respondió y se dijo que esa tarde iba a ser sincera con Els no solo porque no podía seguir fingiendo con ella, que de seguro se percató el intercambio extraño de miradas entre ella y Max y la forma seca en la que ella lo recibió al llegar; o lo consternada que quedó al salir del baño y darse cuenta de que Max se había marchado sin siquiera despedirse de ella.

Sí, Ilona tardó en el baño porque estuvo controlándose para no llorar de la tristeza de saber que lo perdía.

O de no saber con exactitud qué diablos ocurría entre ellos.

Pero tampoco tardó tanto como para que él se fuera con esas prisas.

Se recostó de la silla y vio su agenda.

No encontraba forma de concentrarse ese día y tenía que hacer un gran esfuerzo.

Sonó el intercomunicador que la conectaba en directo con su asistente.

—Ilona, aquí está la cita de las 11.

—Hazla pasar.

Ilona se levantó y esperó para recibir en el medio de su oficina a una cliente habitual.

La oficina de Ilona estaba diseñada para ser algo parecido a un lugar de exhibición muy exclusivo para personas como la que iba a recibir en ese momento.

Citas que duraban más de lo previsto porque eran clientes que se les debía consentir con mimo para que quedaran satisfechas.

Ilona disfrutaba de ese proceso porque le permitía conversar con ellas, conocerlas y luego, diseñar piezas a medida. Y de ahí provenía el gran éxito que tenía.

Ella conectaba con sus clientes.

La mujer, elegante y alegre entró acompañada de otra chica, mucho más joven, más baja y con mayores curvas.

Físicamente no se parecían y no la había visto con ella antes, pero parecía que compartían el gusto en el estilo de vestir y en la forma de ser.

Violet Trembley era la esposa del conde de Banbury, una mujer que nada tenía que ver con la aristocracia y que, sin embargo, era amada por todos dentro de ese círculo social.

No por sus modales, porque Violet era conocida por ir contra corriente y a su marido no le importaba porque la amaba con devoción y lo único que quería era: hacerla feliz.

Era una mujer honesta, con un porte seductor y siempre sonriente.

Le saludó con un abrazo.

—Ilona, cariño, que alegría verte.

—Violet, nos vimos hace un mes —hacía una cita cada mes en el taller de Ilona para poder renovar sus accesorios—. Te veo divina.

—Gracias, cielo. Es el amor y la tranquilidad lo que me hace ver así, siempre lo digo.

Ilona se vio en el espejo que tenía a la izquierda.

Estaba claro que ella no tenía ni amor ni tranquilidad. Su aspecto lo decía todo a pesar de su vano intento por verse lo mejor posible esa mañana.

Se sentía como un disfraz.

—Esta es la sobrina de mi esposo Lady Charlotte, vino a pasarse una temporada con nosotros.

La chica le sonrió y le tendió la mano.

—Encantada de conocerte, Ilona, me encantan tus piezas y ya que estaba aquí, le rogué a mi tía que me trajera.

—Un honor tenerlas —Ilona las fue guiando por toda la estancia presentándoles accesorios de todos los modelos y materiales, explicando procesos de elaboración y enseñándoles bocetos de las piezas nuevas que elaboraría.

Era un gancho perfecto para empezar a vender antes de producir porque sus clientes siempre buscaban tener la primera pieza elaborada o pagar más para que Ilona les vendiera la pieza en exclusiva, así nadie más podría tener algo igual.

Su padre siempre le decía que fuera inteligente al negociar.

Acordaron suavizar líneas o cambiar materiales para personalizar todavía más las piezas que les gustaron a las mujeres y al finalizar, como era costumbre, Ilona las pasaba a un área externa en su oficina que tenía una acogedora sala para tomar el té y comer pasteles mientras las conocía mejor.

—¿Cuánto tiempo planeas quedarte?

Lady Charlotte la vio con diversión.

—El tiempo que le tome a los candidatos elegidos por mi madre, pedirme matrimonio.

Ilona, aun conociendo el funcionamiento de la aristocracia desde cerca, no soportaba que en esa época todavía las chicas hablaran de esa manera sobre su futuro marido.

Sobre su propio futuro, lo que era más importante. Porque se le ponían los pelos de punta nada más de pensar que hubieran seleccionado por ella a los jóvenes más destacados para ver si alguno le elegía a ella como buena mujer para ser buena esposa.

Sonrió por compromiso porque al final de cuenta, no era su problema

—Y parece que vamos mejor de lo que creíamos porque la cita que tuvo con Maxwell Daniels fue de maravilla.

Ilona, al escuchar el nombre de Max, no pudo evitar la expresión de sorpresa.

—¡Claro! —dijo Violet cayendo en cuenta—, tú los conoces porque creo que una vez me dijiste que eres la mejor amiga de Elaine. ¿Qué tal le va a ella? Me parece que su relación con Pierce es auténtica y el chico se lo merece después de ese plantón que le dio Nathalie en...

Ilona no supo cuándo dejó de escuchar.

Solo sabía que no hacía más que ver la ilusión y emoción en los ojos de Lady Charlotte cada vez que mencionaba a Maxwell porque estaba contando algo y...

Sus oídos se afinaron justo cuando Lady Charlotte les explicaba la impresionante velada romántica que vivió con Maxwell Daniels en Blaston House, a solas, a la luz de las velas, con un recorrido privado por la mole.

Una cena que cerró con un beso casual.

La noche en la que encontrarían él y Els en casa de Ilona.

La noche en la que se suponía que ellos iban a encontrarse un poco antes para reafirmar los sentimientos que se tenían.

Sí, esa misma noche que Max actuaba como un completo desconocido porque no podía ocultar que le estaba mintiendo.

Que la había traicionado.

Después de recibir semejante noticia, Ilona no quiso saber nada más.

—Cancela todas mis citas por hoy y mañana, Linette —indicó a su asistente sin decir nada más y salió del edificio en automático.

Estaba en *shock*.

Y empezaba a sentir cómo la presión en el pecho, la ansiedad, la tristeza, la iban dominando.

Se subió al coche y condujo hasta su casa sin saber cómo.

No tenía cabeza para ser consciente de actividades rutinarias y agradeció en algún punto, de no haber tenido un accidente o haber causado alguno.

¿Qué estaba ocurriendo con su vida y esos sueños que se rompían a pedazos?

Apareció el nudo en la garganta y con él, la frustración.

En cuanto abrió la puerta de casa, rompió a llorar como una niña pequeña.

Ni siquiera de pequeña llegó a llorar así. Los llantos más intensos y privados habían sido los dedicados a su madre pero eso que ella liberaba en ese momento, no tenía comparación con nada que hubiera sentido antes en la vida.

Sentía que empezaba a romperse.

Era como si en su interior, hubiese dos personas trabajando en objetivos diferentes y sintiéndose igual.

Una parte de ella estaba frustrada, molesta, ahogada, triste, decepcionada y empezaba a romperse por dentro pensando que, lo mejor, era mandar todo al infierno con Maxwell incluido.

La otra parte de ella, se sentía exactamente igual solo que intentaba mantener una esperanza y, en su interior, corría de un lado al otro para reparar los daños que los sentimientos negativos estaban causando.

Era como si esa parte ilusa en ella, que se aferraba a la esperanza, estuviese sosteniendo una pared de cristal que se resquebrajaba poco a poco porque se negaba a no creer.

Se negaba a no darle el beneficio de la duda a Max.

Estuvo a punto de cancelar su cita con su mejor amiga pero esta se habría presentado en ese mismo instante y la verdad era que Ilona no quería hablar con nadie.

Y sabía que, más tarde, cuando drenara la tristeza, necesitaría hablar con Els aunque sin decirle todo, porque hasta que no arreglara las cosas con Max, seguiría llevando todo en secreto.

Lloró todo lo que pudo.

Sollozó fuerte, y cuando sentía que se quedaba sin respiración, se recostó en el sofá en donde se quedó profunda por un par de horas.

Cuando despertó, estaba confusa. Pensaba que todo lo había soñado y cuando se vio los ojos en el espejo del baño se dio cuenta de que no, todo fue real.

Dolió de nuevo, tan fuerte como cuando Lady Charlotte le contó la cena romántica con Max.

Se desvistió y se metió en la ducha.

Respiró profundo.

El dolor no se iba y sabía que tardaría mucho tiempo en irse, sobre todo si no conseguía dejar las cosas claras con él.

Después de la ducha, se vistió, se colocó unas gotas de colirio en los ojos para quitar el enrojecimiento del llanto y luego fue a la cocina, cortó unas rodajas de pepino que metió en el congelador por unos minutos en tanto se preparaba una taza de té.

Cuando todo estuvo listo, fue de nuevo al sofá, bebió del té y se colocó las rodajas frías en los ojos.

Sintió alivio y aquello, le produjo cierta calma.

Fue como colocarse un paño fresco también en la mente y en el corazón.

Su lado cargado de esperanza no dejaba de sentirse traicionado pero estaba dispuesta a hablar y tratar de entender todo.

Lo único que quería era la verdad de las cosas y a qué debían enfrentarse.

Respiró profundo.

Después de un rato, no podía decir que estaba como nueva porque eso solo ocurriría si Max se presentaba ante ella para mantener una seria conversación.

Sin embargo, estaba un poco mejor y justo a tiempo para la llegada de Els.

Ilona no se había percatado de la hora cuando sonó el intercomunicador.

Le abrió y la recibió luego en el interior de la casa.

Se fundieron en un abrazo de los que extrañaba.

—¿Te apetece vino?

Caminaron hasta la cocina.

—La verdad es que no —Elaine se veía bien aunque angustiada—. Tengo cosas serias que contarte y lo que me apetece es pizza, café y chocolate.

Ilona agradeció la elección de su amiga porque para las penas, la comida basura, el café y el chocolate, siempre eran un bálsamo.

Pidieron las pizzas.

Ilona preparó una buena jarra de café y cuando estuvo listo, lo sirvió en dos tazas.

Sacó también de la despensa: galletas de mantequilla, bizcocho de vainilla, un bote de chocolate con crema de avellana y varias tabletas de chocolate negro.

—¡Vaya! Si no solucionamos los problemas del mundo con esto, no sé cómo más podremos hacerlo.

Amabas rieron divertidas del comentario de Els, que se sentó en el sofá largo y vio a su amiga con detalle.

—¿Estás bien?

Ilona asintió como si nada pasara.

—¿Qué es eso tan importante que tienes para contarme?

Ilona de inmediato supo que lo que Elaine Daniels iba a contarle no era bueno.

—Mis sospechas son ciertas y alguien del ducado es el responsable del robo de las cosas en el castillo de Hartington —Ilona se llevó una mano al pecho sin saber cómo sentirse esa noticia iba a...—. Y eso no es todo —Elaine llamó a su atención de nuevo—. Vendrán tiempos duros para mi familia, Ilona. Encontramos una prueba de que hubo descendencia de August por lo que tendremos

que investigar y saber en dónde está esa rama de los Daniels.

Ilona resopló abatida porque la esperanza que mantenía en su interior con respecto a ella y Maxwell, pareció perder fuerza en ese momento imaginando todo lo que vendría para los Daniels con la implicación del robo y la aparición de nuevos familiares.

La visita de Elaine se vio abruptamente interrumpida a causa de una llamada que Pierce le hiciera indicándole que la policía tenía en custodia al chico que era el responsable del robo en el Castillo y el que, según la misma Elaine le contara, también estaba involucrado con el ducado de Lanhill.

Por supuesto, aquello dejó a Ilona a la espera de noticias.

A la una de la madrugada, después de recibir un mensaje Elaine diciéndole que se había descubierto todo, y que su padre estaba involucrado, Ilona no se resistió más y llamó a Max.

—¿Sí? —la voz de Max era seca, distante.

No se atrevió a culparlo en ese instante, porque no debía ser nada fácil atravesar por lo que él y el resto de los Daniels, Elaine incluida, estaban atravesando.

—Max —Ilona escuchó un suspiro que la confundió aún más porque parecía que su llamada no era bien recibida—. Solo llamaba para decirte que lamento mucho por todo lo que estás pasando. Elaine acaba de enviarme un mensaje y...

Ilona escuchó a la madre del hombre que amaba sollozar con desespero y hablar con alguien más en la habitación en la que se encontraban, con la voz nasal característica de estar llorando como ella misma lo hizo en la tarde de ese día.

Sollozos.

—Escucha... podemos... —Max estaba nervioso y hablaba en susurros. La voz le temblaba. Y parecía que no coordinaba. ¿Podía culparlo por eso? No.

—Claro —se mostró comprensiva—. Hablaremos otro día. No hay problema. Si necesitas algo de mí, sabes en dónde encontrarme.

—Ilona...

—Está bien, Max —hizo una pausa con una inspiración profunda porque sabía que no era día para preguntarle cosas personales y mucho menos, montarle una escena—. Entiendo la situación actual y... —negó con la cabeza, no podía. No era el momento pero no podía seguir quedándose con la duda—. Solo dime algo, por favor —su voz salió como un susurro lleno de súplica—. Una cosa: en qué situación nos encontramos porque casi no hemos hablado y sé que Lady Charlotte y tu... —fue incapaz de terminar la frase porque la voz se le quebró.

Él resopló con cansancio, de nuevo.

—Solo dime la verdad. Por favor.

Max se quedó en silencio unos segundos que a Ilona le parecieron eternos. Después dijo:

—Ilona... solo confía en mí, por favor.

Le rogaba que confiara y no podía hablarle con la verdad.

¿Cómo funcionaba eso?

Para ella poder confiar plenamente tenía que sentirse segura y no se sentía nada segura de él.

No podía seguir así.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Adiós, Max.

No dijo más, solo colgó el teléfono y se acostó en la cama abrazando sus propias piernas, dejando que la tristeza la envolviera de nuevo y le hiciera llorar a cántaros porque, sin importar cuánta esperanza tuviese una mitad de ella, la mitad racional le estaba confirmando lo que horas

antes conversó con su amiga cuando le contó —a medias— lo que pasaba entre ella y Max.

Todo acabaría tarde o temprano entre ellos porque Max perdió la fortaleza de largarse de Blaston y con todo lo que pasaba ahora, se sentiría más atado a cumplir sus responsabilidades dejando que, su madre, como siempre, lo manejara a su antojo.

Sí, parecía que todo era un adiós entre ellos y aquel pensamiento dolía como el infierno.

Pero lo superaría.

Con el tiempo, lo superaría.

Capítulo 16

Maxwell Daniels se había convertido en un hombre sin ganas de seguir adelante.

Finalmente consiguió lo que tanto necesitaba para poder salir de Blaston House: su independencia económica; y todavía seguía en la mole atrapado por todo lo que ocurría.

¿Cómo se dejó someter de esa manera?

«Para protegerla a ella», pensó.

Proteger a Ilona era su principal objetivo.

En principio, lo hizo de su madre pero ahora las cosas eran diferentes porque no quería involucrarla en toda la mierda de los Daniels.

Abogados, investigadores, policías, la prensa que estaba siendo implacable.

Ni pensarlo.

Cada vez que pensaba en ella y la última llamada que tuvieron, el corazón se le arrugaba.

Porque ella, mostrándose solidaria a pesar de estar llena de dudas, miedo y tristeza por su culpa, le llamó para darle su apoyo, coincidiendo con el ataque de nervios que tenía su madre cuando llegó el abogado a darles un informe real de la situación de su padre y lo involucrado que estaba en el robo del castillo de Hartington.

Le dolía el pecho, el corazón, el simple acto de respirar.

Le dolía el alma porque no la tenía a ella.

Porque para protegerla, tenía que mantenerse alejado hasta que Elaine encontrar algo con los genealogistas que indicara si debía largarse de una vez del ducado o no.

No iba a esperar más.

Eso era lo último que haría por el ducado.

Luego, trabajaría duro por recuperar a la mujer que amaba que, de seguro, lo tenía en un puesto deplorable y lo trataría a las patadas.

Se lo tenía merecido.

Muy merecido, por haberla engañado tanto para protegerla.

Quizá si le hubiese dicho todo...

Negó con la cabeza como hacía cada vez que pensaba en esa opción porque de haber hablado Ilona, ella misma lo habría sacado de inmediato del ducado así su carrera terminara y él, no iba a permitir eso.

Las cosas en el ducado eran cada vez peor con el asunto de la posible descendencia de August.

Se respiraba tensión en cada rincón de la mole.

No le sorprendía porque por lo que le contó Elaine, estaba convencido de que Lawrence fue el autor intelectual de todo el robo y que cuando dio un paso en falso, su padre, salió al rescate.

Como siempre hacía.

Max negó de nuevo, pero esta vez para decirse a sí mismo que esa protección hacia su hermano mayor no era por amor, era por interés porque creían que Lawrence era el indicado para heredar el puesto del actual duque y que si iba a prisión, el único candidato que les quedaría sería él, al que siempre consideraban débil, la marioneta, el que no tenía nada parecido a ellos.

Por lo que no podían permitir que algo así pasara.

Y fue la misma razón por la que Max poco quiso saber del asunto del robo porque no quería

involucrarse de más para protegerse a sí mismo, al ducado si debía hacerlo y lo más importante: no meter a Ilona en problemas de complicidades y cosas parecidas.

Mientras menos supiera, mejor.

Elaine y Pierce investigaban, junto a genealogistas, lo de la descendencia de August y él solo esperaba recibir noticias pronto que le permitieran salir de ahí o cambiar de estatus porque si encontraban descendencia, la mitad de todo el ducado pasaría a manos de esa nueva rama de los Daniels y él quería formar parte de ese cambio. Así lo negoció Els con su padre para liberarle de prisión.

Lo dejó sorprendido.

En realidad, había sorprendido a toda la familia con la agilidad para aprovechar esa situación del duque y presionarlo a cambiar las cosas dentro del ducado.

Lo que le permitiría a él, estar en esa mitad nueva de parientes. Y en caso de no encontrarlos, la mitad del patrimonio pasaría a la caridad tal como lo acordó Elaine.

Él le ayudaría a gestionar todo.

Esperaba que si encontraban descendencia fueran más parecidos a ellos y no a los personajes que observaba ahora en el estudio de Blaston House.

—Lady Charlotte sigue en casa del conde, quizá sería buen momento de salir con ella de nuevo, Maxwell, podría desviar la mirada de la prensa del asunto de la otra descendencia del idiota de August Daniels.

Max estaba cansado.

—No creo que sea...

—Mamá tiene razón.

—Lástima que mamá no pensara en el estúpido plan que tuviste del robo.

Lawrence lo vio con odio y Max se sintió victorioso. Estaba cansado de callar y aguantar.

—Creo que ese asunto yo lo aclararé en la comisaría y hasta estuve preso, la policía hizo muy bien su trabajo, Maxwell, así que no está bien que levantes falsas acusaciones.

Max los vio con hastío.

Su madre le dedicó una mirada perspicaz:

—Te organizaré algo con Lady...

—¡No! —se sorprendió al escuchar su propia voz mucho más alta de lo que era correcto. Su madre lo observó con altivez y confianza. Estaba harto de seguir fingiendo—: Hasta que se sepa algo de la nueva descendencia me mudaré al ala antigua de Blaston. Sigo aquí porque tengo todo el derecho a estar —vio a su padre rentándole a amenazarle como estaba acostumbrado a hacer con lo del destierro que quedaba sin efecto gracias a Elaine. Luego volvió la cabeza para ver a su madre a los ojos como el hombre que era—: y no voy a salir con nadie más. Te guste o no. Cuando todo esto acabe, tomaré nuevas decisiones.

Lawrence rio con sarcasmo.

—¿Y es que ahora tomas decisiones?

Maxwell cerró un puño con ganas inmensas de estrellarlo en el rostro del imbécil de su hermano pero se contuvo.

Su teléfono sonó.

Lo levantó y vio que, casualmente, era Elaine la que llamaba.

—Habla en otro momento.

Salió con prisa del estudio para responder a la llamada aunque sabía que no llegaría a tiempo.

No le importó, llamaría a Els en cuanto estuviera seguro y alejado de los oídos de todo el resto de la familia.

Caminó con prisa pensando en llegar cuanto antes a su habitación.

Habían pasado semanas desde la última vez que habló con Els, cuando se marchó a España de nuevo con Pierce, una vez su padre quedó libre.

Le dijo que le llamaría cuando supiera algo importante y esperaba que esa llamada fuese «algo importante»

Cuando recorría el corredor a su habitación, pensó que mejor sería seguir y meterse en una habitación de las muchísimas que tenía la mansión y que nadie usaba.

La idea de mudarse a la antigua sección de la mole, se le instaló en la cabeza unas semanas atrás, y ahora lo tenía muy claro porque podía vivir como lo hicieron su hermana y abuela en el pasado: alejadas de la maldad y el control del resto de los Daniels.

Siguió su camino hasta entrar en la parte antigua, el corredor estaba oscuro —y hasta siniestro— debido al descuido que tenía.

Desde que se hablara de la posibilidad de encontrar una nueva descendencia de August, y tras el trato legal que cerrara Elaine con el duque Lawrence para sacarlo de prisión, la duquesa Joanne no podía tocar nada del ducado sin tener la mayoría de votos en el consejo familiar.

Sin la nueva descendencia, estaba claro que aun podía ganar y reformar cuanto quisiera porque tendría su voto, el del duque y el de Lawrence, pero Elaine fue muy astuta en exigir que todo quedara como estaba hasta que se aclarara esos descendientes, en caso de existir, y que estos tomaran una posición con respecto a su participación en el ducado.

Hasta entonces, la sección más antigua de Blaston House sería intocable, a menos de que fuese para restaurar alguna pieza importante de la mansión o para limpieza de la misma.

Aprovecharía su paso por allí para ver cuál de las habitaciones podría servirle mejor como refugio y pensó en la de su abuela.

Fue hasta allí, abrió la puerta sintiendo de inmediato el olor a encierro y humedad.

Encendió las luces.

Estaba casi todo el mobiliario tapado con sábanas.

Lo que no lo estaba, tenía las sábanas a un lado en el suelo, como si las hubieran arrancado con prisa.

Vio a su alrededor.

La habitación de su abuela era de los poquísimos espacios de la mole que aun conservaba la decoración original. Con piezas y tapices en las paredes originales.

A Ella Daniels le gustaba restaurar y conservar todo tal como fue creado. A menos de que se necesitara reemplazar por algo que no fuese reparable de ninguna manera.

Recordó la noche en la que Elaine entró. Él se refugió en el gimnasio mucho rato y luego subió a su habitación de donde no salió hasta el día siguiente.

Todo para no levantar sospechas de su complicidad con Elaine. Complicidad que estuvo dispuesto a rechazar porque le parecía una completa locura lo que Elaine creía de sus padres y de Lawrence.

Ahora pensaba que él era un ingenuo.

Todavía había muchas cosas del robo que no entendía y huecos que se imaginaba llenaría cuando, en el futuro, pudiera sentarse a conversar con calma y en persona, con su hermana.

Porque estaba claro que sus padres y hermano jamás le dirían la verdad de lo ocurrido y cómo o por qué se implicaron.

Y de nuevo, pensó que mejor así, mientras menos supiera de la boca de ellos, mejor.

Resopló irónico.

Sacó el móvil y llamó a Elaine.

—Max, que alegría que me respondas ahora. No te vas a creer nada de lo que te cuente —la sintió sonreír y tuvo un buen presentimiento—. Los encontramos, Max, sabemos en dónde está la otra descendencia de August Daniels.

Los días siguieron pasando para Max consiguiendo llevarlos de otra manera, porque desde que su hermana le contara que fue encontrada la otra descendencia de August Daniels, apareció en él algo que creyó haber perdido en todo ese tiempo que estuvo de regreso en Blaston House para planificar bien su salida y vivir su vida junto a Ilona.

Esperanza.

Emoción.

Expectativa.

Y miedo. Sí, mucho miedo porque no sabía exactamente qué iba a pasar entre él e Ilona cuando ella recibiera lo que encargó que se le enviara en unos días.

Sus negocios por fuera del ducado marchaban de maravilla y pensó en llamar a Fred Davies para empezar a aclarar las cosas, explicarle el motivo de mantener a Ilona alejada, más allá de la idea original que el mismo Fred le diera, el modo en que todo se le salió de las manos y todo lo que pensaba hacer para recuperar a Ilona.

Pero luego de mucho meditarlo, prefirió esperar hasta hablar con ella y saber en qué punto se encontraban porque tal vez, ella no le había comentado nada a su padre y no quería ocasionarle algún inconveniente.

Sabía que Ilona tampoco habló de eso con Elaine porque esta lo trataba con total naturalidad y su hermana no era de las que podían fingir o disimular.

Elaine Daniels era auténtica y lo que sentía, lo sacaba sin filtros.

Por eso siempre se metió en problemas dentro de su círculo social y de haber sabido lo que pasó entre ellos, la forma en la que él trató a Ilona, le habría cantado unas cuantas en su cara para ponerlo en su sitio.

Pronto acabaría todo y él iba a encargarse de retomar los planes con Ilona.

Elaine consiguió hablar con la descendencia recién descubierta y era cuestión de tiempo antes de que viajaran todos a Inglaterra para conocer las instalaciones y todo lo referente al ducado.

A conocer el patrimonio y formar parte de todo porque se les hizo asombrosa toda la historia y más allá del dinero que estaba en juego y que les pertenecía, quería involucrarse y asumir la responsabilidad que venía adjunta a ese 50 por ciento que les correspondía.

Y él sintió ganas de conocerlos porque le pareció admirable que alguien ajeno a tanta aristocracia e historia, reglas y normas, mostrara más interés por el legado que por el dinero.

Eso hizo que esas personas, aun sin haberlas visto, se ganaran su respeto.

Además, su hermana hablaba maravillas de ellos porque les conocía. Otra historia asombrosa de esas que últimamente rodeaba a los Daniels y que Elaine le explicaría con detalle en persona.

Se asomó por el ventanal largo y elegante, con los bordes de oro, con el cristal reluciente.

Ese día en particular, el cielo sobre Blaston House estaba despejado y el sol calentaba un poco.

Los días así ahí eran de buen augurio.

El corazón le palpitó con fuerza pensando en que Ilona le llamaría y accedería al encuentro que tanto estuvo planificando con sumo cuidado entre ellos.

La habitación que empezaría a ocupar pronto, estaba lista; y la servidumbre estaba empezando a trasladar todo allí.

La humedad en esa área de la propiedad hizo estragos y no quiso instalarse en ella hasta que

estuviera todo libre de moho, gran parte lo estaba, faltaban tantos arreglos por hacer.

Esa ala de la casa aun parecía haberse quedado congelada en el tiempo dando la impresión de abandono.

En ocasiones, daba miedo.

Se acostumbraría, sin duda, hasta que todo estuviera listo prefería acostumbrarse a los escenarios de película de terror que a veces evocaba ese lado de la casa a tener que encontrarse con su familia, quienes sin le daban miedo del real.

Harían buenas reformas para hacer habitable al cien por cien esa área de la casa.

Sonrió satisfecho al pensar en que no se iría de Blaston House en un buen tiempo; al menos tanto sacrificio, estaba resultando positivo en algo.

No tendría que abandonar nada. Ni la casa ni el patrimonio.

Todo cambió con la aparición de la nueva descendencia y la rapidez de Elaine para poner en marcha los nuevos estatutos del ducado.

Que su padre, madre y Lawrence se negaron a aceptar aunque ahora resultaban minoría en el nuevo consejo familiar por lo que no tenían mucho qué aportar aunque su padre seguía manteniendo el título y Lawrence lo heredaría.

No tenían más el poder absoluto y eso era lo más importante.

Estaba de acuerdo con todas las reformas legales que le dio su hermana al ducado.

Mantuvo las más tradicionales como la de la línea de herencia del título; agregó unas más modernas y eliminó otras que eran ridículas; como la del destierro.

Le parecía injusto con la nueva descendencia mantener lo de la línea de herencia del título pero era una tradición en la aristocracia que a ellos les parecía importante mantener.

Pensó en Ilona de nuevo rezando en su interior para que le aceptara la disculpa que tenía planificada darle y luego, quisiera vivir allí, aunque dudaba que aquello fuera posible.

Al menos tenía que intentarlo. Tal vez no debía tentar a su suerte si conseguía con éxito lo primero.

Sonrió nervioso caminando por uno de los corredores que, esa mañana, estaban todos alumbrados por la luz del sol.

Vio por las ventanas que avanzaban los trabajos por hacer que la entrada de esa sección de la mole, fuese tan elegante como la puerta principal de la sección que usaban normalmente.

Sí, era mucho lo que faltaba por hacer y cuando todo estuviese listo, esa parte de la casa sería una completa reliquia.

Elaine iba a sentirse feliz del resultado.

Se sintió orgulloso de formar parte de esa conservación.

Bajó las escaleras para transitar el último corredor que era el que unía la parte antigua con la que habitaban los Daniels, cuando una nube en el cielo tapó el brillo del sol en su recorrido, dejando el corredor sumido en una halo oscuro que incómodo a Max.

Y sin saber por qué, de repente, sintió que los pelos de la nuca se le erizaban haciéndole volver hacia el extremo por el cual entró en ese pasillo.

La nube en el cielo, arrastraba su lado más espeso haciendo que una gran sombra cayera sobre la propiedad y oscureciera todavía más el espacio en el que se encontraba Max.

El aristócrata, al darse la vuelta, entrecerró los ojos porque le pareció que...

¿Había alguien al otro lado? Imposible porque él era el único allí, no se encontró con ninguna sirvienta ni con trabajadores de las obras de reparación.

La figura se balanceó con suavidad de un lado al otro como si estuviese asomándose para ver con mayor claridad a Max.

Los pelos de la nuca se le erizaron de nuevo.
Y decidió que era el momento oportuno para salir corriendo de ahí.

Capítulo 17

—Ilona —Linette, su asistente, estaba en la puerta. Ilona despegó la mirada de la pantalla para ver qué ocurría—. Hay afuera un mensajero que te trae algo.

La orfebre frunció el ceño preguntándose qué sería lo que iba a recibir y quién lo enviaría porque no estaba esperando nada.

—Hazlo pasar.

La chica le sonrió con emoción haciéndole señas al mensajero.

Cuando este entró, Ilona sintió un ligero temblor en las piernas porque, al ver la elegancia y belleza de ese ramo de rosas rojas que llevaba el hombre en la mano, sospechaba quién podía enviarlo.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —Ilona saludó con cordialidad mientras su asistente la veía con los ojos abiertos, esperando tener la oportunidad de saber quién enviaba el ramo—. ¿En dónde lo dejo?

—Aquí —Ilona escuchó su propia voz débil y temblorosa como sus piernas. Señaló el sitio en su escritorio justo frente a ella.

El chico fue hasta allí, lo apoyó con cuidado; después, sacó de su bolsillo un sobre pequeño de cartulina color crema.

Se lo extendió.

Ilona lo tomó intentando controlar el temblor de sus manos, pero no le era del todo posible.

—Necesito que firme esto, por favor —el chico le extendió, con la otra mano, una máquina en la que Ilona debía dejar su firma digital o el garabato que se hacía valer como firma en esos casos. Nunca le encontró el sentido a esas máquinas.

Lo firmó y el chico le sonrió en agradecimiento recibiendo de vuelta la máquina.

—Que pasen buen día.

Ella levantó la mano que tenía vacía observando al chico salir de la oficina.

Se quedó un rato allí, de pie con la vista en el sobre y, sin quererlo, el lugar en su interior en el que consiguió encerrar todos sus pensamientos con respecto a Max, sus sentimientos y todo el daño que le hacía no estar junto a él, sufrió un quiebre considerable que dejó escapar todo lo contenido.

Recuerdos, emociones, ilusiones.

Todo.

Y se dio cuenta cómo su cuerpo fue respondiendo con rapidez.

El corazón latía de prisa, la ansiedad se hacía presente, empezaban los problemas respiratorios por las emociones y sentía las piernas como gelatina.

El nudo en la garganta; la tristeza que, en cierto modo, nunca pudo llegar a encerrarla por completo.

Y de nuevo, el miedo a que todo fuera una ilusión. A creer y luego tener que dejar ir.

A sentir y luego tener que olvidar.

¿Se podía llegar a olvidar alguna vez?

Porque a ella no le funcionó nada de lo que intentó.

Ni siquiera la cárcel en la que encerró a todo lo que le hacía sufrir.

Seguía viendo el sobre.

—Ilona, ¿Quieres que lo abra por ti?

Parpadeó un par de vez obligándose a volver al presente para darse cuenta de que su asistente seguía allí esperando a que ella abriera el sobre y pudiera enterarse quién lo envió.

Sonrió pensando en que no le iba a dar el gusto. Esa chica era excelente en su trabajo pero un tanto chismosa y eso a Ilona no le hacía ninguna gracia.

Mantuvo la sonrisa y después de verla a los ojos, volvió la mirada a la puerta de la oficina.

—Te dejaré a solas —era indiscreta, sí, y sabía también cuando debía dejar de serlo.

La vio salir y cerrar la puerta.

Entonces fue cuando se sentó frente al ramo.

Era de un color rojo intenso.

Intenso como lo que sentía por él.

Las flores estaban frescas y se daba cuenta que lo que sentía por él, también seguía fresco. Como si el tiempo no hubiese pasado y las mentiras no hubiesen empañado la felicidad entre ellos.

El aroma era embriagador, seductor. Cautivador.

Como el de él.

Dulce, como sus besos.

Ahí estaba de nuevo el nudo en la garganta porque tenía mucho miedo de dar otro paso en falso.

A duras penas pudo recuperarse de esa última llamada que tuvo con él.

Y temía de un nuevo contacto, porque si no era positivo, no iba a soportarlo.

Se desinfló, dejando el sobre en la mesa frente al ramo.

Suspiró.

Estaba siendo todo tan surreal que temía pronto darse cuenta de que era un sueño.

Que en cualquier momento, despertaría en su cama.

Vio por la ventana. Quería organizar sus pensamientos y era imposible.

Elaine a veces mencionaba a Max y buscaba saber cómo iban las cosas entre ellos, por lo que se daba cuenta de que Max no le había contado nada y ella no se atrevía hacerlo tampoco.

Era curioso porque estaba dolida y al principio con ganas de mandarlo al infierno, pero luego recordaba su petición: «confía en mí» y aquello automáticamente la lanzaba a otro rincón para verlo todo en otra perspectiva.

Como ahora.

Que pensaba que nada podía llegar a ser verdad y que, a la vez, sospechaba que Max por fin hablaría de todo, sincerándose con ella.

Y ella estaba dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva solo si Max decidía estar con ella contra viento y marea.

Sabía cómo iban las cosas en Blaston House porque Elaine le informaba.

Era una historia loca y que parecía propia de una novela.

No de la vida real.

Otro suspiró salió de ella.

Tomó el sobre y lo abrió.

Sacó la tarjeta interior elaborada en la misma cartulina elegante del sobre.

“Hemos fingido tanto, que pensaba en que podríamos volver al inicio y fingir que se repite el «casi» atropello que nos unió.

¿Qué me dices? ¿Me darías una nueva oportunidad?

¿Te parece bien en Blaston House, mañana a las 8 p.m.?

Enviaré un coche por ti y... no respondas de ninguna manera a esta invitación porque es lo mínimo que me merezco por ser un idiota.

Déjame con la duda de saber si accederás o no a permitirme entrar en tu vida de nuevo.

Con amor,

Max.”

Ilona sonrió a medias.

Olió la cartulina encontrando un rastro de la fragancia de él en el papel y cerró los ojos.

Se imaginó llegando a la zona antigua de Blaston House. Elaine le contó que Max estaba recién instalado en una de esas habitaciones y que todo estaba muy abandonado aun pero que lo irían arreglando.

Entonces, visualizó la entrada elegante con la puerta a medio reparar, la poca luz al acceder al interior de la mole porque esa zona no tenía ventanas y el alumbrado eléctrico no era óptimo.

Max lo haría brillar porque la estaría esperando de pie, con las manos a los lados en una perfecta y aristocrática postura.

Y entonces la miraría a los ojos y se acercaría a ella para tomarla de la mano con delicadeza, besarle el dorso sin dejar de verla a los ojos y decirle en un susurro:

«Te extrañé»

Después, se fundirían en un abrazo.

Se aseguró a sí misma que si las cosas se daban como las imaginaba, todo pararía allí, después del primer contacto y le obligaría a mantener distancia antes de besarla porque sabía que si la besaba, su sentido racional iba a ser minimizado por el emocional y no lo podía permitir.

Ella ahora iba a ponerle condiciones porque sí, lo amaba con locura pero no iba a permitir que le hiciera sufrir de nuevo.

Maxwell Daniels tendría que tomar decisiones serias y radicales esta vez si quería permanecer junto a ella.

Lady Lanhill entró a la sala de espera de la cocina y llamó a Mary Rose.

A los segundos, el Ama de llaves estaba frente a ella.

—¿En qué le puedo ayudar, señora?

—Recibiremos invitados pronto y es probable que se queden a dormir. Que empiecen los arreglos, por favor, de las habitaciones de invitados de la segunda planta y dale instrucciones al chef de que prepare a su equipo para cenas que nos representen durante esos días. Me gustaría empezar a hacer pruebas desde mañana mismo —hizo una pausa observando con curiosidad a la mujer porque la notaba incómoda—. ¿Algún problema?

—Sí, señora. Es que el joven Maxwell, en persona, le dio órdenes al chef de dedicarse por completo a una cena especial que tendrá mañana.

A la duquesa empezó a hervirle la sangre.

—Supongo que no será en mi comedor.

—No, señora, nos dio órdenes de habilitar con todo lo necesario, el comedor que él mismo ha estado ocupando hasta ahora, el mismo que mandó a hacer su difunta suegra.

Lady Lanhill se pinchó el puente de la nariz con el pulgar y el índice de su mano derecha. Cerró los ojos y respiró profundo.

—Dile al chef que está despedido. Y contrata uno nuevo, con urgencia.

—No puedo hacerlo, señora, el joven Maxwell nos explicó la situación del ducado y nos dijo que...

—¡Con un demonio! ¡Maldita sea Maxwell Daniels! —Lady Lanhill gritó de manera tan brusca

y con los ojos tan desorbitados que la misma Ama de llaves temió salir lastimada.

Prefirió hacer silencio porque sabía que cualquier cosa que dijera, la duquesa iba a arremeter contra ella.

—Dile al chef que resuelva esto de alguna manera. ¿Entendiste? Y dile que puede darle prioridad a mi cena, porque soy la señora de la casa., La duquesa de Lanhill ¿Quedó claro?

—Señora... yo...

—¡Callate, Mary Rose porque me estás decepcionando! ¡Yo me encargaré de Maxwell!

—Como usted diga, señora —la mujer prefirió seguirle la corriente en todo momento. No haría nada de lo que le había pedido porque el joven Maxwell fue muy claro con ella y con el resto del personal.

La duquesa subió con prisa las escaleras. El corazón le latía desbocado por la rabia.

Le habría encantado tener un poder que desintegrara a sus hijos inútiles y traidores.

«¿Por que me castiga la vida con ese par de imbéciles?»

Entró a la biblioteca histórica y vio a su marido con odio.

—¡Esto se nos salió de las manos! —estaba gritando y moviendo los brazos de forma frenética —. Ahora resulta que también debo compartir con él a la servidumbre. ¡Es mi maldita servidumbre!

—¡Madre! —El duque se volvió a ver con reprobación a Lawrence por levantarle la voz a su madre—. No voy a tolerar este comportamiento de su parte, padre —después vio a su madre— ¡Tranquilízate! Y explica, como una dama que eres, qué diablos es lo que pasa.

A Lady Lanhill le llevó un buen rato encontrar un poco de calma.

Explicó la situación que vivió en la sala de espera de la cocina.

—Es inaceptable. Estoy de acuerdo contigo, pero no hay nada que podamos hacer si queremos seguir disfrutando de todo esto.

La duquesa vio a su hijo con confusión y luego a su marido.

—Él tiene razón. Aunque queramos librarnos de todos y quedarnos con todo, legalmente es imposible a menos de que quieras que yo vuelva a prisión o en su defecto, lo haga el mismo Lawrence; porque es un secreto a voces que fue él quien orquestó el robo sin consultarme los pasos que iba a dar antes.

—¿No vas a dejar de sacármelo en cara jamás? —Lawrence le hablaba con ironía a su padre.

—No, porque te comportaste como un novato, no como el hombre frío y calculador que sé que eres.

—¿Podemos hablar de qué es lo que vamos a hacer con Maxwell?

—¡Nada! —ahora fue el duque quien levantó la voz. Estaba exhausto de todas las cosas que estaba viviendo, de todo lo que su propia hija le quitó; de lo que tuvo que sacrificar por culpa de la ineptitud de Lawrence.

Estaba cansado de pensar solo era el señor de la casa, el duque en papel porque la autoridad absoluta de la que gozó en el pasado, la perdió por culpa de todos.

Y tenía que seguir adelante como si nada, con compromisos sociales que no hacían más que remover sus peores emociones ya que siempre acababa dando la explicación de lo ocurrido y de la estúpida nueva descendencia hallada; y todo eso le llevaba al mismo lugar: miradas de lástima, personas que se alejaban porque ya no era el hombre importante y de gran poder que fue y de seguro que hasta se burlaban de él.

La agenda del ducado debía mantenerse.

Todo debía mantenerse porque él era el duque.

Se bebió el vaso de escocés de un solo trago. Estaba bebiendo más de la cuenta y no le

importaba.

Ya nada le importaba.

Se levantó, vio a su mujer y a su hijo con odio y resentimiento.

Si debía reconocer algo, era que subestimó a Elaine pensando que era una inútil y caprichosa niña.

Demostró una fuerza e inteligencia que ni él ni Lawrence ni la duquesa, poseían.

Debía admitirlo, solo que lo hacía para sí mismo. Jamás le daría el gusto de decirle que fue admirable la forma de proceder y la manera en la que supo negociar con él todo lo que negoció.

Estaba hart.

—¿Padre?

—No quiero que nadie me moleste —salió del estudio dando un portazo que los hizo sobresaltar.

—Lawrence...

—Madre, ya basta. Demuestra que sigues siendo la mujer que eres y supera el asunto de Maxwell con la mujercita esa.

Lawrence también estaba hart, queriendo siempre estar a la altura de su padre y no ser suficiente jamás porque el duque remarcaba, una y otra y otra vez, sus malditos errores.

Que a veces, eran insignificantes.

Por eso no le dijo nada de lo que planificó con lo del robo, por eso no le contó de la gente infiltrada dentro del Castillo.

Todo se había derrumbado, sí, pero no por su culpa. Todo era culpa de su hermanita idiota.

¡Cuánto la odiaba!

Por arrebatarle el poder de todo cuando su padre no estuviera, que si seguía bebiendo como lo venía haciendo desde que salió de prisión, acabaría enfermo muy pronto y él tendría que velar por un ducado que era la burla de toda la aristocracia inglesa.

Le daba asco seguir ahí.

Se negaba a ponerle las cosas fáciles al resto de la junta familiar.

Esa sería su venganza.

Estaría para ellos, porque su simple presencia los perturbaría.

Se levantó sin ver a su madre y se largó del estudio.

La duquesa se sirvió un trago de escoces doble y lo bebió tan pronto como lo sirvió.

Se sirvió otro y se sentó frente al cuadro de Constance Daniels.

Todo el mundo, su marido incluido, le temía a ese cuadro y ella no entendía el por qué si esa mujer allí retratada lo que hacía era enviar un mensaje claro de prestigio y seguridad.

Era una mujer admirable, siempre decidida a hacer cualquier cosa por salvar al ducado.

Cualquier cosa.

Recordó la vez que vio al fantasma de Constance en el sótano de la propiedad.

Estaba recién llegada a la familia y había estado en los archivos buscando información relevante sobre los Daniels en el siglo XVIII.

Todavía recordaba el pánico que sintió al verla porque nunca antes había visto un fantasma en su vida.

Constance, ese día, le dio una lección que aprendió pronto porque gracias a ese aterrador encuentro, Lady Lanhill fue capaz de descubrir que el sótano, tenía una pared falsa a una habitación que ocultaba un enorme secreto.

Secreto que encontró después, en unas cartas que estaban en el archivo de la propiedad y que indicaban que la antigua duquesa, descubrió a su marido en actitudes impropias con una doncella.

El duque entonces, era despiadado y tomaba lo que quería cuando lo quería; eso aparecía en todos los documentos de la época. Y al parecer, cuando se emborrachaba, se convertía en la pesadilla de cualquier mujer.

Bajaba al sótano, lugar en el que mantenían la comida fresca, para sorprender a las doncellas que iban solas. Las amenazaba, como de costumbre y las pobres no se atrevían a decir nada ni siquiera a modo preventivo a otras doncellas que nunca habían bajado allí pero que, eventualmente, lo harían.

La antigua duquesa de Lanhill se enteró de todo y un día lo sorprendió en pleno acto repulsivo, lo que la cegó de ira y la llevó a cometer dos crímenes.

Mató a su esposo y a la víctima del hombre.

Su doncella le ayudó a subir al duque hasta la habitación sin que nadie les viera, y dejarlo en la cama con un golpe secó en la cabeza que lo mató al instante.

La actual duquesa de Lanhill entendía que, en esa época, nadie sería capaz de rebatir que al duque le diera algún infarto debido a la vida de abusos que llevaba con el alcohol y la comida.

Con respecto a la chica, en la carta, quien quiera que la escribiese, aclaraba que la duquesa también tuvo que sacarla de en medio, lógico, y no podía hacerlo con dinero porque, su hijo, August, sería el nuevo duque y a quien debía pedirle todo el dinero que necesitara.

Al parecer, August, antes de conocer a Alma y de creyera que la chica le había traicionado, era un hombre justo y racional.

«Como la estúpida de Elaine y el bueno para nada de Maxwell» pensó Lady Lanhill con odio.

No soportaba a esos dos.

Y por mucho que su marido e hijo le dijeran que dejara las cosas como estaban, se negaba a hacerlo.

Vio de nuevo a los ojos a Constance. Le habría encantado poder verla alguna otra vez en el sótano. Muchas veces se imaginaba pudiendo entablar una conversación para pedirle consejos y llegar a ser como ella porque esa mujer era de las duquesas que no quedaban en el olvido en la familia.

Y ella quería eso. Ser recordada en la eternidad como una figura de poder y capaz de llevar el ducado con maestría.

La nueva duquesa estaba más que dispuesta a hacer cualquier cosa por poner las cosas en orden.

Solo ella conocía esa historia de Constance porque aquella carta que encontró, la cambió de sitio para seguir guardando el secreto de la difunta duquesa; en ese entonces, el archivo estaba siendo reestructurado y las cosas ahí almacenadas, estaban siendo catalogadas de nuevo.

La dejó en una sección que ya habían catalogado y que nadie miraría de nuevo.

No se equivocó, el secreto aún permanecía guardado, así como seguía sellada la habitación del sótano que la misma Constance mandó a sellar al día siguiente de los hechos, bajo estricta supervisión de su doncella porque, en esa habitación vacía, en la que su marido estuvo cometiendo asquerosidades, yacía el cuerpo de la doncella y allí quedaría oculto para la eternidad.

Lady Lanhill sonrió de lado y levantó su vaso lleno de escocés.

Lo levantó en dirección al cuadro.

Brindaba con Constance porque eran cómplices y las únicas capaces de mover piezas estratégicas para que el destino del ducado fuese el correcto.

Bebió su trago y se puso en marcha porque debía llevar a cabo el plan que tenía en mente y que le pondría fin, de una maldita vez, al enamoramiento absurdo de Maxwell con la amigueta de su

hermana.

Y así, le demostraría a su hijo que ella siempre ganaba.

Capítulo 18

Ilona iba nerviosa a la cita.

Más nerviosa que nunca.

Estaba siendo todo muy extraño pero parecía que en un solo día iba a poder aclarar todo y sabría al final de la noche, si iba a ser feliz o no con Max.

Que todo apuntaba a que sí, mas no quería emocionarse sin tener la certeza.

Estaba en la oficina cuando recibió una llamada de la duquesa de Lanhill que la dejó sorprendida.

Aunque no se mostraba muy amable, la duquesa le pidió que, antes de su cita con Max, pasara a verla porque quería decirle algunas cosas en persona.

Y después agregó:

—Si vamos a vernos más, seguido, es mejor para todos que conversemos.

Aquella llamada de la mujer revolucionó todo el sistema de Ilona tal como cuando recibió el ramo de flores el día anterior y tal como pasó toda la noche sin dormir, con unas ganas horribles de llamar a Elaine o su padre, a quien también había mantenido bastante al margen de todo, y contarle lo que estaba ocurriendo de repente porque seguía son creerse que después de tanto sufrimiento, en un solo día, el sol empezaría a brillar y ella volvería a sentirse plena.

El simple hecho de que Lady Lanhill la llamara y la invitara a hablar ya decía cosas muy buenas de cómo iba a resultar todo.

Acordó con la duquesa encontrarse antes de su cita con Max. El chofer pasaría por ella con un buen raro de anterioridad porque Max siempre era precavido y eso le daría tiempo de tener la conversación con la mujer que le aseguró sería breve y luego, iría a donde Max.

Pensó en que, avisaría a Max si notaba que la conversación se extendía y le pidió al chofer que le dejara en la parte principal tal como acordó con la duquesa y que por favor no le mencionara nada a Maxwell.

Ella se encargaría de explicarle si hacía falta antes de que Max notara un retraso en su llegada.

El chofer aparcó en la parte principal de Blaston a la hora acordada con la duquesa y mientras este le ayudaba a bajar, vio cuando se abría la puerta apareciendo el mayordomo ante ella.

La sincronización de la servidumbre en esa casa era algo siempre le llamaba la atención.

Salió del coche y caminó a la puerta, Williams le saludó amablemente.

Pasaron y el hombre, a dios gracias, le guio hasta el estudio principal de la mole.

Extraño, porque era el lugar predilecto del duque para estar y le daba un poco de nerviosismo estar entre los padres de Maxwell sin estar el presente.

Respiró profundo y se comportó como la chica valiente y decidida que era.

—Señora, la señorita Davies —la anunció y luego le dio paso.

Ilona no se esperó el abrazó con el que la sorprendió la duquesa de Lanhill.

¿Habría abrazado a Elaine alguna vez así? Porque no recordaba un comentario de ese hecho de parte de su amiga y ahora esa mujer ante ella parecía otra persona totalmente diferente a la que ella conocía.

Quizá todo lo ocurrido en el ducado le había servido de...

—Ilona, gracias por venir, cariño.

¿Cariño?

¿Estaría soñando?

—Siéntate, ven, conversemos.

La mujer sirvió el té en unas tazas y puso a la disposición de Ilona unos pasteles.

Ella no tenía apetito y tampoco quería té. Sin embargo, debía comportarse y reconocer la amabilidad de la madre de Maxwell.

La gente podía cambiar y ella debía darle una oportunidad.

—¿Cómo has estado?

—Bien, gracias. ¿Ustedes? Con todo lo que ha pasado...

—No hablemos de eso, querida, que ha sido todo tan repentino, tan abrumador y tan revelador —Ilona no supo cómo interpretar la mirada de la mujer en ese momento porque parecía que por instantes, reflejaba emociones negativas,

Resentimiento.

¡Ilona, una oportunidad, vamos! Se reprendió.

—Te cité hoy aquí, antes de que vayas a tu encuentro con Max porque —hizo una pausa en la que su mirada cambió por completa y se volvió triste como si le tuviera ¿lástima? Pero... sintió un nudo en el estómago—... cariño, Max no tiene la voluntad para decirte que ha cambiado de parecer y que asumiría el compromiso del que tanto le he insistido con Lady Charlotte.

Ilona sintió que le echaron un balde de agua fría.

¿Qué estaba diciendo?

—No entiendo...

La mujer se sentó a su lado y la tomó de las manos negando con la cabeza.

—Me canse de decirle que no jugara contigo, cielo; lo siento tanto, de verdad, así son los hombre y ahora, no sabe cómo salirse del asunto.

Ilona no se creía lo que escuchaba. Y no encontraba la forma de reaccionar.

—A Lady Charlotte le encantan tus joyas y de seguro pedirá que le hagas los aros de boda, yo puedo hablar con ella para persuadir la porque sé que esto será muy duro para ti...

Alguien llamó a la puerta y abrió de inmediato.

—¿Ilona?

Ilona se dio la vuelta con rapidez al sentir la voz de Max.

Y notó como se le aceleraba la respiración si no salía de ahí pronto, iba a desmayarse y no..

Él la vio con preocupación.

—Maxwell, te dije que yo podía aclarar todo con ella. Ya sabe de tui compromiso con Lady Charlotte y lo poco valiente que eres para decírselo en su cara.

Max la vio con arrepentimiento y confusión.

Ilona negó con la cabeza notando un pitido en los oídos y que empezaba a faltarle la respiración.

Negó de nuevo y en cuanto las lágrimas empezaron a salir, ella corrió y salió de la habitación.

Corrió sin rumbo porque lo que quería era llorar.

Se iría de la ciudad, se largaría porque no quería saber más nada de Maxwell.

Sacó su móvil y llamó a su asistente mientras intentaba encontrar la puerta por la cual accedió a la mole.

—Ilona.

—Linette, voy a salir de la ciudad. Te llamaré en unos días.

—Estás bien.

—Sí, adiós.

Colgó y guardó el móvil en el bolso para correr aún más porque sentía que el peso de la mole se le venía encima.

«Confía en mí, por favor»

Recordó la voz de súplica de él y se activó esa alarma en su interior que vio las pequeñas señales malintencionadas que dio Lady Lanhill y que ella no vio por estúpida.

Porque pensaba que todo iba a acabar como un cuento de hadas.

En paz con la familia.

Pensaba que todos merecían una oportunidad, pero no era así.

«Confía en mí» de nuevo la voz de Max que la impulsó a dar marcha atrás sobre sus pasos para ir hacia él y pedirle que deje todo y que se vaya con ella.

Pedirle que sea el quien le diga qué demonios pasa y cómo diablos van a quedar las cosas entre ellos.

Sí, eso iba a hacer, lo enfrentaría allí en ese momento.

Pronto se dio cuenta de que no sabía en qué parte de la mansión se hallaba y al darse la vuelta, al fondo del corredor, le pareció ver movimiento de alguna persona, aceleró el paso para alcanzarles y pedirles que le llevaran a donde Max.

El corredor se oscureció de pronto, notando que una niebla espesa apareció de la nada en los jardines. Se le pusieron los pelos de punta.

Ese lugar siempre le ponía los pelos de punta.

Siguió por el siguiente corredor y por algún otro hasta darse cuenta de que no sabía en donde diablos estaba y la persona que le parecía haber visto antes no estaba en ningún lado.

Quizá en las habitaciones.

El frío se apoderó del lugar de pronto y se sintió tiritando.

Abrió un par de habitaciones sin éxito y en la tercera, se asomó por la ventana para saber en qué punto de la casa estaba pero era tanta la niebla que no lograba ver nada.

Sacó el móvil, sin señal.

Y el frío se intensificó, haciendo que Ilona se abrazara a sí misma.

Se frotó los brazos y cuando dio la vuelta.

La puerta de la habitación se cerró de golpe.

Sin explicación alguna.

Corrió a ella y tiró.

La golpeó, intentando llamar la atención de alguien que estuviera al otro lado.

Nada parecía resultar; y entonces, lo sintió.

Un pequeño viento en la nuca que la paralizó.

Había alguien más con ella allí.

Cerró los ojos con fuerza, aferrándose al pomo de la puerta y rezando a todo el que podía para que le ayudara a salir de ahí.

El viento de nuevo; y se atrevió a girarse lamentándolo al instante porque, ante ella, estaba una mujer salida de otra época que flotaba en el aire y la veía con una maldad que la heló obligándole a desconectar todo su sistema porque ya no podía soportar más.

—¿En qué demonios pensabas? —Maxwell gritaba a su madre con desespero.

—Te estoy pagando con la misma moneda que nos han pagado tu hermana y tú. Si nos querían infelices, ahora lo seremos todos. Me falta solo tu hermana.

Max salió de ahí con ganas de arrasar todo a su paso.

Llamó a Ilona al móvil

No respondió.

Obvio.

Llamó al chofer y le pidió una explicación.

El hombre le dijo lo que Iona le pidió al subir y que también, le pidió que no le avisara porque ella misma le llamaría si se retasaba para la cita.

Maxwell salió de la mole hecho una fiera.

Se subió a su coche y lo puso en marcha vigilando toda la zona porque conocía bien a la chica y sabía que no le pediría ayuda a nadie más en Blaston House para salir de ahí. Preferiría quedarse toda la noche afuera esperando por un taxi cosa que era una maldita locura porque el clima cambió repentinamente y la neblina empezaba a envolver toda la zona.

No se veía nada y Max temía que Iona estuviese por ahí, pasando frío al peligro de animales salvajes o de algún hombre malintencionado y...

Le dio un golpe al volante que le hizo recordad el día del accidente con la bolsa de Box en el gimnasio.

Y odió a su madre.

Recorrió varios kilómetros del patrimonio. Se bajó del coche sin ver más allá de su nariz y gritando el nombre de su chica para ver si estaba por allí y podían aclararlo todo.

¿Cómo no se dio cuenta de que su madre le estaba tendiendo una trampa?

«¡Idiota! Tu hubieses caído igual si ella se hubiese comportado como tú lo hiciste»

Y se odió a sí mismo por eso.

Fue hasta la casa de ella, llamó al timbre. Iona no estaba dentro, y su vecino le indicó que la vio salir antes de las 7 p.m.

Casi a punto de amanecer, Max desistió de seguir ahí esperando y se fue a casa.

Llegó a su habitación y empezó a recoger todo lo que le cabía en las maletas.

Iría tras ella.

A donde estuviese, le daba igual.

Llamaría a su oficina también y si no la hallaba en ningún lado, llamaría a Fred y la buscarían así fuese debajo de las piedras porque tenía que hablar con ella.

¿Cómo dejó que todo llegara tan lejos para que su madre igual les hiciera tanto daño?

No se lo iba a perdonar jamás.

De repente, tuvo que sentarse y meter la cabeza entre las piernas porque un miedo lo invadió al instante.

La tristeza fue insoportable en su pecho, empezó a llorar como un niño pequeño porque no solo no tenía a Iona con él, sino que se aterroró de pensar que pudiese pasarle algo malo por su culpa.

Capítulo 19

Elaine dejó la cámara sobre el taburete de apoyo que tenía en el césped para los momentos en los que se tomaba un descanso.

Su teléfono empezó a sonar y supo por el *ringtone*, de quién se trataba.

—Estaba por llamarte, porque...

Un ruido estático, muy fuerte, hizo que Elaine se separara de inmediato el teléfono de la oreja.

No por ello dejó de percibir la voz de Ilona entrecortada y parecía... ¿nerviosa?

—Els.. Necesi... por fav...

—Ilona, cariño, muévete un poco porque no entiendo que es lo que...

Otra interferencia.

—¡Els, por favor, ayúdame! —Ilona lloraba, hablaba en susurro y estaba aterrada—. Viene de nuevo... y no sé cómo...

La comunicación era terrible y estaba haciendo entrar en desesperación a Elaine.

—Ilona, ¿en dónde estás?

—Es Constan... Els, ayúd... Es... ella.

La llamada se cortó al instante en el que a Elaine se le erizaban cada uno de los vellos de la nuca; como cuando tenía que atravesar a oscuras uno de los pasillos de la sección más antigua de Blaston House.

No entendía qué pasaba con su amiga y mucho temía que corría peligro y ella desde allí no sabía cómo diablos ayudarla.

Las manos empezaron a temblarle.

Corrió al interior de la casa en tanto marcaba de nuevo el teléfono de Ilona.

La llamada parecía no activarse.

Colgó. Sacó su portátil y lo abrió.

Marcó una vez más el número, pidiendo en lo más profundo de su ser que Ilona le atendiera y le dijera en dónde estaba; pero no, esta vez respondió la operadora automática de la compañía de teléfonos indicándole que el móvil estaba fuera de cobertura.

¿Qué diablos estaba pasando?

El ordenador se encendió y activó el buscar para buscar un pasaje de inmediato a Inglaterra.

Pierce entró en casa a tiempo.

—¡Hola cariño! —Elaine lo vio a los ojos y su fortaleza flaqueó unos segundos, diciéndole a Pierce con solo verlo que algo no iba bien—. ¿Qué ocurre?

—Voy a casa en el primer vuelo que encuentre —Pierce la vio con lógico desconcierto—. Algo ocurrió con Ilona y tengo un mal presentimiento, Pierce.

Ella tomó el móvil de nuevo y marcó el número de la oficina de Ilona en tanto el ordenador arrojaba resultados de vuelos próximos a Londres.

Linette, la asistente de Ilona, respondió la llamada con la formalidad que la empresa requería.

Elaine no estaba para formalismos en ese momento.

—Linette, soy Elaine.

—Elaine, encantada de saludarte. ¿Estás bien? —la chica de inmediato notó que Elaine no era la misma de siempre. Lo usual era que le saludara con cortesía antes de pedirle lo que necesitara.

Elaine no quería alarmar a nadie más hasta no saber qué diablos pasaba.

—Necesito hablar con Ilona y no la encuentro en su móvil, ¿sabrás en dónde estará?

—Mmmm, no. Yo también intenté comunicarme con ella ayer pero no lo logré. Tal vez esté en algún lugar apartado, sabes que ella a veces lo necesita.

Aquello pintaba peor de lo que Elaine pensaba.

—Nunca se va sin avisar, Linette —le habló con fuerza e ironía. Necesitaba que la chica le diera datos sin ella tener que explicar nada.

—Oh, sí lo hizo. Me llamó hace dos días... ¿o tres? —se preguntó a sí misma en voz alta porque obviamente no lo tenía muy claro—. Me indicó que saldría de la ciudad por unos días, que lo necesitaba. Ahora que lo pienso, no la escuché del todo bien.

«¿Lo pensaba ahora?» Elaine sintió exasperarse.

—¿Sabrás qué hacía cuando te llamó? —No era propio de Ilona irse a tomar un respiro con tanta prisa—. En su agenda seguro podemos deducir algo. Es bastante urgente que hable con ella. Un asunto personal que solo ella...

—Ok, no te preocupes, te diré qué está escrito en su agenda de ese día. Ilona siempre me ha dicho que te facilite todo cuanto pidas. Solo déjame aclararme primero si fue el... —se quedó pensando, intentaba deducir cuándo fue que habló con ella—... ¡Ajá! Sí, lo tengo. Estoy segura que la llamada me la hizo ante de ayer porque se fue antes de lo previsto. Ese día estaba ansiosa. Y cuando decidió marcharse, me sorprendió, porque aún no terminábamos la jornada; solo me dijo que había surgido algo importante y que tenía que irse antes de tiempo. De hecho, ahora que lo recuerdo, dijo que era una reunión importante con alguien que no era de su completo agrado pero que no tenía más alternativa... —esta chica era capaz de saberse toda la vida de Ilona y sabrá Dios de cuánta gente más. Ilona la mantenía en su puesto por la eficiencia con la que dirigía todo cuando estaba sola—... Elaine, no sé si su agenda va a ayudarnos, solo tiene dos siglas: BH. Nada de dirección ni...

—Gracias, Linette, eso es suficiente. Adiós.

No le dio tiempo de respuesta a la chica y colgó.

Observó a Pierce inmóvil y con el ceño fruncido. Estaba tratando de poner en orden sus pensamientos.

—¿Y? —Pierce la vio con desespero—; ¿qué te dijo?

Elaine estaba ocupada observando como su cerebro hilaba algunas cosas de la conversación con Ilona y luego, con su empleada.

—Pierce, esto es demasiado extraño —seguía viendo en su cabeza las coincidencias y así mismo, seguía sin entender—. Cuando Ilona llamó, la llamada tenía muchísima interferencia y ruidos extraños que hacía que la voz de Ilona se alejara y se entrecortara. No llegué a entender nada... me pedía ayuda, Pierce. Nunca la había escuchado tan aterrada.

Pierce la escuchaba a ella con toda la atención del mundo, como solía hacer siempre.

—Linette me dijo que no volvió a saber de ella desde que salió de la oficina con prisas para una cita importante —Pierce no pudo disimular su preocupación—. Y la última cita que tuvo fue antes de ayer. ¿Lo que no entiendo es por qué tenía una cita en su agenda para ir allí?

—¿En dónde era la cita? Dos cabezas piensan más que una, Els

Elaine sacudió la cabeza como si quisiera despejar sus pensamientos con esa acción y atraer a ella a los hilos que estuvo atando hacía unos segundos.

Recordó que antes, entre las interferencias, Ilona mencionó a... ¿Constance?

¿Constance Daniels?

—En Blaston House —Pierce la vio con clara confusión—. Exacto, y eso no es lo más raro.

Cariño, cuando Ilona me llamó, entre lo poco que pude escuchar, me decía que la ayudara porque «Constan...» —usó la palabra exacta que salió de los labios de su amiga—; venía de nuevo. «Es ella» me dijo en un susurro —finalizó Elaine anunciando en voz alta y de nuevo, textualmente, lo que Ilona le dijo.

Pierce abrió los ojos recordando su encuentro con Constance Daniels hacía unos meses. Cuando tuvo que ayudar a Elaine a buscar algo que les diera una pista con respecto a Alma y August.

Él estaba acostumbrado a ver los fantasmas del castillo, sin embargo, admitía que nunca vio uno como Constance.

Esa mujer, desde el más allá, destilaba maldad.

—Quizá Maxwell podría ayudar a aclarar todo, Els.

—No lo creo —comentó ella; igual, no descartaría ninguna opción, tomó su teléfono de nuevo para llamar a su hermano—: ¿podrías hacer lo de los boletos?

—En cuanto hables con Max, tomaremos decisiones.

Elaine negó con la cabeza pensando que no quería darle la razón a Pierce aunque admitía que existía la posibilidad de que la cita de Ilona en Blaston House pudiera ser en referencia a Maxwell.

«Me comentó, antes de salir de aquí, que tenía una reunión importante con alguien que no era de su completo agrado pero que debía mantener la cordialidad porque le convenía y...»

No, aquello tenía que ser con otro Daniels.

—Elaine —respondió su hermano en ese tono en el que intentaba mostrarse alegre de recibir su llamada y que a la vez quedaba opacado ante la seriedad y la educación que tenía que demostrarle al mundo al ser un Daniels—. Me alegra que me llamas porque nece..

—Max —lo cortó en seco—; si quieres luego te hago una vídeo llamada y nos tomamos algo mientras nos ponemos al día. Ahora es urgente y necesito tu ayuda.

Maxwell que no estaba llevando su vida nada bien en esos días, se quedó en silencio, se incorporó en la cama y frunció el ceño.

«No más problemas», pensó en Ilona de nuevo y rezó que no fuera nada malo referente a ella. Seguía sin noticias de la chica y esperaba que solo se debiera a que ella no quería saber nada más de él.

—¿Qué diablos te ocurre?

—No es a mí, Max. Es Ilona...

Max sintió que el corazón se le redujo a una bola. Y salió de la cama con prisa.

—Els, te juro que yo solo... —resopló— yo solo... —no le salían las palabras y empezó a temer lo peor cuando su hermana se echó a llorar.

—¡Els! ¡Con un demonio! ¿Qué le pasó?

—No lo sé, no lo sé, solo me llamó, había interferencia y yo esperaba que estuviera contigo y...

Se metió en la ducha mientras Elaine intentaba coordinar sus pensamientos. Necesitaba espabilar y buscara su chica en donde sea que estuviese metida.

Ni siquiera Fred Davies sabía nada.

El día anterior, Max no aguantó más la angustia y le llamó explicándole todo lo ocurrido, escuchando a Fred preocuparse y enfadarse con él.

«Tal vez es solo que quiere estar sola» «Estoy fuera del país y no me haces ningún favor con esta llamada, me dijiste una vez que serías incapaz de lastimar a mi hija. No lo estás haciendo bien, muchacho, así que arregla todo esto y esperaré atento tu llamada diciéndome que mi niña

está bien. ¿Entendido?»

También le dijo que pondría alguien a buscarla antes de dar parte a la policía cosa que Max quería hacer la misma mañana en la que dejó de vigilar el edificio en el que vivía la chica.

—¿Te estás duchando?

—No es el momento para hablarte de mi estado, Els. ¿Qué fue lo que te dijo Ilona? —Hablaban por el altavoz del móvil que Max lo dejó encima del lavabo—. Cálmate y cuéntame, todo, desde el principio.

Se lo decía a su hermana pareo también era un buen consejo a seguir para él mismo porque con esa angustia que arrastraba no iba a ver las cosas con claridad.

Elaine respiró y empezó a contarle lo poco que escuchó al otro lado de la línea cuando su amiga la llamó.

Max se encontraba fuera de la ducha, estaba a medio secar y le importaba una mierda si se resfriaba al salir así del baño en medio de ese maldito clima que siempre abrazaba a Blaston House cuando las cosas no estaban bien.

Se colocó una camiseta, un short y salió de la habitación aun atendiendo la llamada de Elaine.

Max, se preparó para salir a algún lugar de la ciudad o las afueras o a otro planeta si se lo hubiesen pedido para rescatar a Ilona. Cuando Elaine le contó lo de la cita en Blaston House y que no aparecía desde hacía dos días, más la llamada que le hizo mencionando al fantasma, notó que eran demasiadas coincidencias.

—¿Por qué iba a mencionar a Constance, Max? ¿Y qué hacía ella en casa?

Max corrió por el corredor que conectaba con el ala principal de Blaston House para luego bajar con prisa por la gran escalera y entrar en la biblioteca de la mole.

Abrió la puerta.

—¡Ilona!

No hubo respuestas, no por eso Max no iba a registrarlo todo.

—¿Por qué la buscas en casa y por qué me dijo su asistente que tuvo una cita en Blaston House?

—Ay, Els —sintió su propia voz temblar de miedo y tristeza—. Reconozco que no he hecho las cosas como he debido hacerlas con ella —respiró con una mezcla de miedo y rabia—. He debido seguir tu ejemplo y cortar todo raíz. Esto fue un maldito movimiento de mamá, tomándonos desprevenidos a los dos —recordó cuando entró a la biblioteca y vio los ojos de Ilona conteniendo la confusión porque no entendía lo que su madre decía si ese mismo día se suponía que ellos tendrían una cita para aclarar todo—... no te imaginas la cara de ella... —Max también recordó la expresión de su madre, esa sonrisa malévola que solo sacaba a la luz cuando conseguía salirse con la suya.

—¿Qué le hizo mamá, Max? ¿Por qué sigues buscándola en la casa?

—Voy a resumirlo, Elaine, porque ahora no tengo tiempo para hablar de eso, ni ganas —Elaine escuchaba con gran atención y sintió temor por lo que ocurriría. Nunca antes escuchó a Max tan alterado por algo—: Mamá, no sé cómo, se enteró de que había citado a Ilona en Blaston para cenar y fue un paso por delante, diciéndole que quería hablar con ella. No sé cómo la convenció pero Ilona accedió y mamá, una vez estaban juntas, solo clavó un puñal y ahora no sé cuánto daño emocional hizo. Le dijo que yo no tenía la valentía de decirle adiós y hasta mencionó un compromiso que solo está en su imaginación —estaba enfurecido con su familia, cada vez que pensaba en esa escena...—: te juro que se salvan de no estar en casa ahora porque no sé qué sería capaz de hacer y la van a pasar muy mal como a ella le ocurra algo malo

Hubo un silencio en el que Max entendió que su hermana intentaba procesar la información que

acababa de recibir.

—¿La amas, Max? Solo respondeme a eso.

—Sí, Els. Por supuesto, solo es que no he sabido cómo manejar todo, pensé que lo mejor era separarnos y fingir que nada ocurría entre nosotros hasta que se calmaran las cosas con lo que ocurrió del robo y todo lo de la separación del ducado con la descendencia de August...

—Encuétrala, Max, y lucha —Elaine no dejó que Max siguiera dándole excusas—. ¡Lucha! ¿Entendiste?

Max respondió un agitado «Ujum»

Empezaba a sentir que el aire le faltaba porque iba corriendo, entrando y saliendo de las habitaciones mientras hablaba con Elaine.

Intentaba controlar su angustia por no saber en dónde estaba Ilona.

Se le ocurrió ahorrar tiempo yendo al cuarto de seguridad para ver la salida de Ilona y lo que hizo cuando volvió a ingresar.

—Lo que no entiendo es porque volvió a casa si yo mismo la vi salir de la biblioteca.

Elaine dejó escapar el aire, recordando lo mala que era Ilona dentro de Blaston House para ubicarse y la biblioteca no estaba cerca de la puerta principal, sin embargo, habría podido llamar a alguien para que la ayudara.

—Ilona nunca ha sido buena ubicándose en Blaston House. Tal vez no supo cómo salir de ahí... aunque se habría cruzado con alguien a menos que... no haya pasado eso y entonces, ¿por qué no ha gritado? —Els levantó la voz mientras escuchaba a su hermano teclear en el cuarto de seguridad de la mole.

—¡En efecto! —Confirmó Max viendo las imágenes en pantalla sintiéndose un poco aliviado de tener algo ¿cómo no se le ocurrió antes?—; estoy viendo cómo se interna en el corredor que conecta con la parte antigua. Te llamo luego, Els.

Max no le dio tiempo a su hermana de reacción.

Lo único que le importaba era Ilona y nada iba a conseguir hablando con Elaine por teléfono.

Salió del cuarto de seguridad para correr hasta el punto en el que observó que Ilona era absorbida por la oscuridad del antiguo corredor.

Se e puso la piel de gallina al recordar su sensación hacía unos días en ese mismo corredor.

Recordó lo dicho por su hermana que a su vez, Ilona le dijo a ella: Constan...

No estaba completo pero era posible que estuviera hablando del fantasma de esa mujer.

¿Sería el mismo que él estuvo sintiendo y viendo?

¿Qué quería con ellos?

Le llevaría un buen rato registrar todo. Quizá si ponía a la servidumbre a ayudarlo...

Sacó su móvil para llamar al mayordomo y darle la orden.

—¿Señor?

—Williams, por favor, que todo el personal se ponga a buscar a la señorita Davies en Blaston y los alrededores. Saca a los perros. Usa todos los recursos, ¿está claro? Que no quede un rincón ni dentro ni fuera de la mole sin revisar.

—De inmediato, señor.

Ese día, el corredor que ahora transitaba se veía más lúgubre y triste que nunca.

Max negó con la cabeza. Sintiendo la presión en el pecho.

—¡Ilona!

Gritó más no obtuvo respuesta.

Un frío repentino caló en sus huesos.

Dobló en la esquina del corredor y se quedó en el sitio al ver que, al final del nuevo corredor

que tenía que transitar, le pareció ver una sombra que doblaba a la derecha.

—¡Ilona!

El frío empeoró.

Temía por la chica y ese ambiente.

—¡Ilona!

Llamó de nuevo al abrir una de las puertas y al echar un vistazo al interior, sus oídos pudieron percibir un leve sollozo.

Corrió hasta la esquina de la habitación que permanecía oscura y tenebrosa.

Parecía la habitación del horror entre tanta oscuridad y objetos tapados con enormes mantas blancas.

—Max... —fue apenas un susurró, aterrado, ahogado y la guía perfecta para sus oídos que le hicieron llegar a ella.

La había encontrado.

Bañada en lágrimas y temblando de pánico.

Quería decirle tanto, mas no dijo nada, no era el momento y menos, el lugar.

Solo se sintió agradecido de encontrarla bien físicamente aunque no estaba tan seguro de que en lo psicológico, estuviera tan bien.

La tomó entre sus brazos y caminó hasta la puerta para sacarla de ese lugar.

No sin antes darse cuenta de que alguien más estaba con ellos en la habitación.

En otra ocasión, se habría meado encima del miedo al verla allí con tanta nitidez.

Pero no ese día.

El fantasma de Constance Daniels iba a tener que esperar porque primero estaba Ilona; y cuando la chica estuviera sana y a salvo, él mismo le daría caza a esa mujer, fantasma o lo que fuera y la mandaría al infierno en el que debía estar desde hacía muchísimos años.

Ilona despertó de un salto y soltando un pequeño grito.

Le llevó un rato entender que no estaba en la habitación oscura, perdida y junto al fantasma que la aterrorizaba.

Estaba temblando y alguien la rodeaba con sus brazos.

—Max.

—Si cariño, estoy aquí contigo y no voy a despegarme ni un segundo de ti.

Se removió para cerciorarse de que estaba despierta y de que realmente era Max.

Lloró cuando comprendió que sí, todo había pasado. Estaba a salvo y junto a él.

Max le dio un beso suave y cariñoso en una mejilla y luego la invitó a acostarse de nuevo para que se acomodara sobre su pecho.

Ilona siguió sus indicaciones con naturalidad y confianza.

Estaba con él y eso era lo único que le importaba.

—Me tenías muy preocupado.

La respiración acompasada de él y su voz retumbando en su interior le hizo sentirse segura.

Estaba con él.

Es-ta-ba-con-él

Sonrió. Y se acurrucó más junto a él, si era posible.

Él suspiró.

—Max fui una tonta, lo siento. No he debido creer nada de...

—Shhhh —Max le acaricio el brazo que ella tenía apoyado sobre el torso de él.

—Escuchame —el tono era de súplica absoluta y ella asintió con la cabeza—. Todo el asunto

de fingir que nos separamos se me fue de las manos y no supe cómo manejarlo sin hacer que te sintieras insegura. Pensaba que lo estaba haciendo bien, al ocultarte ciertas actitudes de mi madre, o ciertos compromisos a los que me obligó a ir dejando en claro amenazas que no podía permitir que llevara a cabo.

—Cuéntamelo todo desde el principio, Max.

Y entonces escuchó con atención cada palabra que él empezó a decir.

Todo lo que le protegió de Lady Lanhill.

Esa mujer era una arpía a quien le debían tener pánico. Más que a la propia Constance Daniels. Cerró los ojos recordando el primer encuentro con el fantasma cara a cara.

Tembló.

—¿Estás bien?

—Sí, continúa por favor.

—Tuvimos mala suerte en coordinar las llamadas y los mensajes, Ilona. Ese fue el primer error. Sentí la necesidad de mantenerte alejada para que mi familia creyera que tú eras una historia pasada de verdad. Yo asumí que esto iba a ser solo hasta la fiesta, y que después de eso íbamos a estar juntos de nuevo y para siempre, pero todo empezó a complicarse retrasando mi salida del ducado.

—Lo sé, Els y yo hemos hablado sobre el tema, pero no de ti. Aun no le digo todo.

—Mmm, me di cuenta cuando hablé con ella que me llamó para pedirme ayuda porque le habías llamado y estabas aterrorizada.

Ilona sacudió la cabeza pensando de nuevo en Constance.

—Hablares de eso luego. Vamos a ponernos al frente de todo el pasado que envuelve a esta familia, por favor. Seamos los primeros antes de que algo del pasado nos alcance de nuevo.

E suspiró.

—La noche que nos encontramos en tu casa fue una de las peores noches de mi vida. Pensaba entonces que había sido la peor; la verdad es que después, lo superó la última llamada que tuvimos y luego, estas últimas noches que pasé sin saber nada de ti —un beso pausado sintió Ilona en la coronilla—. Dios, no sabes todo lo que legué a pensar que te podía haber ocurrido. Llamé a tu padre...

—Max, no, de seguro está muy preocupado —Ilona levantó la cabeza y Max, con delicadeza, la acomodó de nuevo en su pecho.

—Después de que te ducharas y te metieras en la cama, lo primero que hice fue llamarle. Está en Asia y sí, lo preocupé mucho. Ahora sabe que estás bien y que estaremos arreglando todo —lo sintió sonreír—, también le avisé a Els porque estuvo a punto de venir en el primer vuelo que encontrara para buscarte.

—Pobre. No era mi intención hacerles pasar por esto. Es solo que salí tan confundida del estudio que quería irme de Blaston pero luego, recordé que me pediste que confiara en ti y necesitaba aferrarme a ese rayito que apareció ante mí, por ello me detuve, no sé en qué parte de la casa e intenté buscar señal que no encontré. De pronto vi movimiento en un pasillo y seguí ese movimiento entrando a una habitación de la que no pude salir de nuevo hasta que tu entraste a buscarme.

—¿Gritaste?

—Max, intenté romper los cristales pero cada vez que intentaba hacer algo ella aparecía y se acercaba tanto a mí que del miedo me bloqueaba. No sé cuántas veces estuve sin conocimiento porque hubo momentos en los que realmente casi me da algo. Es espeluznante y parecía que disfrutaba con mi miedo. Esa mujer era maldad pura. No quiero hablar más de ella —hicieron

silencio—. Max, por qué no viniste a casa como acordarnos la noche en la que te reuniste con Els.

—Tuve una cita aquí acordada por mamá. Fue cuando empezó a amenazar tu carrera y no podía permitir que dañara tu reputación como orfebre, la marca que has hecho crecer con tanto esfuerzo.

—¿La besaste?

Él se quedó en silencio y ella levantó la cabeza para verle a los ojos.

—Charlotte intentó el acercamiento y hubo un roce de labios que me encargue de que no ocurriera de nuevo. ¿Cómo lo sabes?

—Fue a mi oficina unos días después con la esposa del conde que es mi clienta.

—Mmmm.

—¿Por qué no me dijiste lo que ocurría?

—¿Te habrías quedado más tranquila sabiendo que estaba en una cita con otra mujer y que no llegaba a tiempo a la nuestra por eso?

—Creo que fue peor enterarme como lo hice.

—Tienes razón y te pido disculpas.

—También me ocultaste lo que tu madre te pidió cuando llamó por teléfono el día de la fiesta que estábamos aquí, en algún lado de la mansión.

—Ay, cariño, ¿por qué no me preguntaste sobre tus dudas?

—Porque no entendía por qué me ocultabas cosas si no había necesidad.

—Lo siento tanto, soy un imbécil, Ilona.

Ella sonrió feliz con el comentario porque sí, lo era.

—Eres mi imbécil y eso me tranquiliza —levantó la cabeza de nuevo para verle a los ojos—. Además, yo también dude mucho de ti por lo que fui una idiota.

—Te amo tanto, cariño.

—Y yo a ti, Max.

Sus bocas se encontraron y el tiempo pareció congelarse a su alrededor.

No importaron más los fantasmas, los odios, las dudas, las amenazas, la tristeza, el rencor, la responsabilidad ante el ducado, la protección hacia ella. Ya nada de eso importaba porque ese beso revivía la magia entre ellos.

Los unía de nuevo haciéndoles avanzar al futuro, juntos.

Porque nada ni nadie iba a separarlos.

A partir de ahí, solo serían capaces de amar, reír y vivir.

En libertad y para siempre.

Epílogo

Varios meses más tarde, Ilona y Maxwell eran los anfitriones de un desayuno familiar que hicieron al aire libre para celebrar todos los cambios positivos en el ducado en ese tiempo y recibir en grande a la otra parte de los Daniels que, interesados en sus raíces, querían saber el funcionamiento de todo.

Maxwell se sorprendió al ver a esa rama de descendientes tan diferentes a ellos.

Y tan felices entre sí.

Decidieron quedarse una temporada en Blaston House y Maxwell estaba encantado porque quería conocerlos a fondo, enseñarles la historia del lugar y ser el anfitrión que un lugar tan magnífico como Blaston House se merecía.

Vio a Ilona con complicidad.

—Gracias por ayudarme en esto. Todo quedó estupendo y sin ti no lo habría conseguido, cariño —le estampó un beso divertido en los labios.

—Son encantadores —comentó ella viendo a los hermanos recién llegados, uno de ellos con su esposa e hijo recién nacido—. Elaine tenía razón cuando nos contó de la historia llena de casualidades que les llevó a ellos. Yo no me lo creo todavía.

—Será que la verdad siempre debe salir a la luz sin importar cuánto tiempo pase.

—Sí, debe ser eso —la chica lo vio con amor. Las miradas de Ilona lo derretían.

Se sentía el hombre más afortunado del mundo de haber podido conseguir otra oportunidad con ella que no desperdició ni un poco, porque desde que la encontró aterrorizada en aquella habitación de la mole, no la dejó marcharse por completo de Blaston House.

Le costó que aceptara mudarse con él ahí definitivamente y, por fortuna, terminó cediendo; perdiéndole el miedo a la mole, aprendiendo a ubicarse dentro de ella y también, tratando a sus padres o a Lawrence con una mortal y educada indiferencia.

Era un momento digno de ver cuando se encontraba a alguno de ellos en la propiedad.

Los trataba con la educación necesaria pero sin darles importancia, dejándoles sin opciones más que responder de la misma manera al saludo.

Parecía ella la señora de la casa, aunque por la vía legal aun no lo era y Max tenía el propósito de cambiar ese estatus ese mismo día.

Bueno, no se casarían ese día, sin embargo, empezaría con algo para llegar a ese punto.

Iba a proponerle matrimonio. Era un día perfecto, rodeados de las personas que más le importaban y se moría de los nervios, a pesar de que sabía que su chica no iba a rechazarlo.

Lo amaba y él a ella, se sentían seguros el uno del otro.

Atrás quedaron las dudas, los miedos.

Un mesero trajo champaña y brindaron con complicidad.

Luego ella le dio un beso y fue a conversar con Elaine y Nathalie que estaban en mesa adorando al pequeño de Nathalie.

Observó a Pierce excusarse con las damas, darle un beso cariñoso a Els y caminar hacia donde él se encontraba.

—Te noto pensativo hoy —comentó cuando estuvieron uno junto a al otro. Max sonrió, dejando aflorar sus nervios y Pierce detectó el destello en su mirada de inmediato—. ¿Es lo que estoy

pensando?

Max asintió recibiendo una aprobación de parte del futuro duque de Bulwick que se mostró discreto para no delatar sus intenciones y lo agradeció.

—¿No has pensado hacer lo mismo con Elaine?

Pierce sonrió con sarcasmo y diversión viéndole a los ojos.

—Lo hemos hablado y aun no quiere que haga nada formal.

—Lo hará pronto, en cuanto vea que Ilona está eligiendo vestido y ella no. Siempre han hecho todo juntas.

—Tienen una gran amistad.

—Y yo tengo una suerte inmensa de tenerlas a las dos en mi vida.

Pierce le palmeó la espalda.

—No sabía que eras tan sentimental.

Ambos hombres rieron a carcajadas.

—Estoy siendo consciente de lo que tengo, cosa que no hice antes y me arrepiento.

—Las cosas pasan cuando tienen que pasar, Max, ni antes ni después. Para muestra, todo los cambios en el ducado de Lanhill.

—Pusimos fin a la guerra con ustedes, finalmente.

—Así es y tenemos un futuro brillante uniendo esfuerzos.

—Lo haremos, Pierce, lo haremos.

Elaine se acercó a ellos.

—¿Qué se traen ustedes entre manos?

—¡Curiosa! —Pierce le dio un beso pasándole luego el brazo por el cuello haciendo que ella se abrazara a su cintura.

—¿Han vuelto a ver a Constance?

Max negó con la cabeza.

—Desde que encontramos la carta que hablaba del asesinato y echamos abajo la pared para descubrir que todo es cierto —levantó los hombros y curvó las comisuras de la boca hacia abajo, negando con la cabeza—. Nunca más la vimos.

—¡Que hallazgo!

—Tu hermana es una profesional —hizo referencia a Kristen y su equipo cuando fueron llevados a Blaston House para hacer una auditoría de los archivos y recatalogar algunas cosas.

—Mi abuelo siempre me contaba que, cuando los fantasmas se quedan en una especie de ciclo, es porque algo los retiene así. Quizá, al descubrir lo del cuerpo en el cuarto que estaba sellado, ella quedó liberada de ese cargo de consciencia.

—Espero que su libertad esté en el mismo infierno —acotó Max—, porque era aterradora en vida y como fantasma; y la pobre Ilona la pasó mal cuando se encontró con ella.

—Me lo contó —comentó Elaine con preocupación—. Tal vez, Constance la vio como una intrusa o sintió su miedo. He leído de fantasmas últimamente para entender a los nuestros y parece que pueden alimentarse del miedo.

—Te diría que estás loca de no haber pasado nada de lo que ocurrió y encontrarte leyendo sobre fantasmas.

—¿Habrá más? —preguntó ella curiosa.

—Seguro, cariño. El castillo está lleno de ellos.

—Bueno, espero que si hay más, yo no tenga el gusto de verlos ni sentirlos —Max no quería más visitas del más allá.

Todos rieron de nuevo.

Y Max vio hacia donde estaba Ilona con nervios.

—¿Qué ocurre Max? —Elaine no perdía detalle nunca.

Buscó la mirada de su hermana y dejó ver picardía en la propia.

—¿Crees que me diga que sí?

Elaine Daniels abrió los ojos con sorpresa abrazando a su hermano al instante, mandando al diablo la discreción que Pierce había mantenido momentos antes.

Ilona se dio la vuelta en la silla en la que se encontraba sentada para ver por qué su amiga celebraba y cuando sus ojos se cruzaron con los de Max, entendió todo.

—¡Oh no! —dijo en un hilo de voz mientras notaba que aparecía el escozor en los ojos y notando como, poco a poco, todas las miradas se posaban en ella.

El corazón se le aceleró y las manos empezaron a temblarle.

Elaine lloraba, Pierce sonreía divertido y Max le observaba con un amor tan profundo que la llenaba de emoción.

—¡Qué emoción! —festejó Nathalie aplaudiendo, la rubia seguía sentada a su lado y le hizo señas a su esposo y cuñados que estaban alejados en el jardín, para que no se perdieran de nada de lo que estaba por ocurrir porque Max, caminaba hacia Ilona decidido.

Sonriente y nervioso.

Expresándole con la mirada todo lo que quería seguir viviendo junto a ella.

Ilona quería ponerse de pie pero no lo conseguía y agradeció que todo lo que veía, ocurría en cámara lenta para así poder apreciar en su mente la proyección rápida de todas las cosas que vivió junto a Max desde que él casi la atropellara aquella noche que salía de la fiesta del actor.

Era como una recapitulación de cada instante vivido junto a Maxwell Daniels.

Las emociones del primer encuentro, las promesas de un futuro juntos, las decepciones, todo lo que tuvieron que aguantar y sacrificar por el ducado.

Le sonrió a Max con ternura.

Sí, sacrificaron mucho pero había valido la pena y consiguieron escapar de un pasado que solo traía amargura para los Daniels.

Ahora, Maxwell Daniels y ella eran libres para amarse y para seguir creando momentos importantes juntos dentro del ducado de Lanhill que pasarían a formar parte de la maravillosa historia de Blaston House.

Fin.

¿Te gustaría saber cuáles fueron mis referencias para crear Blaston House y el Castillo de Hartington y otras cosas de la historia real en las que me inspiré para dar vida a toda esta novela?

Pincha este enlace: <https://bit.ly/3bXoZNS>

Y si quieres acceder a la ZONA de DESCARGA en mi web para poder leer relatos, novelas y descargar otras cosas GRATIS, pincha este enlace y suscríbete <https://bit.ly/39N08vN>

Querido lector:

Siempre te estaré agradecida por tu apoyo, por tu fidelidad hacia mis historias y por compartir conmigo tu experiencia como lector.

Recuerda que tus **comentarios** son importantes para que otros lectores se animen a leer esta o cualquier otra historia. No tienes que escribir algo extenso, no lo tienes que adornar, solo cuéntalo con sinceridad. Los nuevos lectores lo agradecerán y yo me sentiré honrada con tu opinión, bien sea para festejar por obtener muchas estrellas o para aprender en dónde estoy fallando y mejorar.

Puedes dejar tus comentarios en Amazon, Goodreads y/o en la web [pinchando aquí](#).

¿Sabes que por suscribirte a mi blog recibirás **ACCESO INDEFINIDO a la ZONA de DESCARGAS** en la que encontrarás relatos, novelas, plantillas y mucho más **GRATIS**? [RELLENA YA ESTE FORMULARIO](#) para recibir el enlace a la Zona de Descarga y así también podrás estar al tanto de mis novedades, lanzamientos, concursos y material gratuito que pienso obsequiar a mis lectores. No spam. Envío uno o dos correos, máximo, por mes :)

Me encanta tener contacto con todos mis lectores. No dejes de seguirme en las redes para que podamos estar en constante comunicación ;-)

¡Mil gracias por todo, sin ustedes, esto no sería posible!

¡Felices Lecturas!

Grupo de Facebook: [Los noveleros de Stefania Gil](#)

Facebook Fan Page: [Stefania Gil – Autor](#)

Instagram: [@Stefaniagil](#)

Twitter: [@gilstefania](#)

Email: info@stefaniagil.com

Otros títulos de la autora:

[La casa española](#)

[Redención + Castidad](#) – Guardianes de Sangre I y II (Pack)

[Perfecto Desastre](#)

[Entre el deseo y el amor](#)

[Deseos del corazón](#)

[Ecos del pasado](#)

[No pienso dejarte ir](#)

[Estamos Reconectados Reenamorado](#)

[Romance Inolvidable](#)

[Pide un deseo](#)

[Un café al pasado – Naranjales Alcalá I](#)

[El futuro junto a ti – Naranjales Alcalá II](#)

[EL Origen – División de habilidades especiales I](#)

[Contacto Maldito – División de Habilidades Especiales II](#)

[Misión Exterminio – División de Habilidades Especiales III](#)

[Las Curvas del amor – Trilogía Hermanas Collins I](#)

[La melodía del amor – Trilogía Hermanas Collins II](#)

[La búsqueda del amor – Trilogía Hermanas Collins III](#)

[Siempre te amaré](#)

[Mi último: Sí, acepto](#)

[Presagios](#)

[Sincronía](#)

[Colección Completa Archangelos](#)

Stefania Gil

Stefania Gil es escritora de novelas de ficción romántica: contemporánea, paranormal y suspenso.

En su canal de Youtube deja ver su lado profesional, con vídeos relacionados a la escritura y gestión de tiempo para alcanzar el éxito; así como también, deja ver su lado personal, con vídeos más informales en los que cuenta sobre su obsesión por la planificación; su amor por la lectura; y cómo ha hecho para encontrar un balance entre su profesión y esa mezcla caótica y divertida que es la maternidad.

En 2017 fue invitada a participar como ponente en la mesa redonda organizada por Amazon KDP España para celebrar el mes de la publicación independiente en la ciudad de Málaga, lugar declarado «Capital de la literatura indie» #MesIndie

En 2012 su relato Amor resultó ganador en el Certamen literario por Lorca y forma parte del libro Veinte Pétalos. Ese mismo año, también obtuvo un reconocimiento en el I Certamen de Relatos de Escribe Romántica y Editora Digital con su relato La heredera de los ojos de serpiente.

Stefania forma parte del equipo editorial y creativo de la revista digital Amore Magazine, una publicación trimestral dedicada al género romántico. Y fue colaboradora de la revista digital Guayoyo En Letras en la sección Qué ver, leer o escuchar.

Le encanta leer y todo lo que sea místico y paranormal capta su atención de inmediato.

Siente una infinita curiosidad por saber qué hay más allá de lo que no se puede ver a simple vista, y quizá eso, es lo que la ha llevado a realizar cursos de Tarot, Wicca, Alta Magia y Reiki.

Actualmente, reside en la ciudad de Málaga con su esposo y su hija.

Y desde su estudio con vista al mar, sigue escribiendo para complacer a sus lectores.